

# Geografías del pastoreo

Territorios, movilidades y espacio  
doméstico en Susques [provincia de  
Jujuy]

Vol 1

Autor:

Tomasi, Jorge Miguel Eduardo

Tutor:

Zusman, Perla

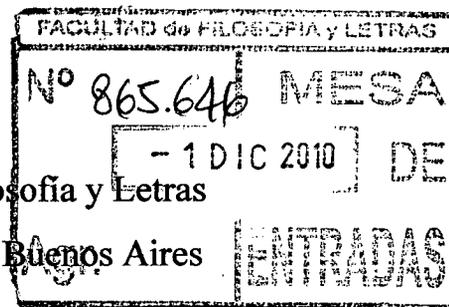
2010

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la  
obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Geografía

Posgrado

Tesis  
15.2.2.1

Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires



***Geografías del pastoreo***  
Territorios, movilidades y espacio doméstico  
en Susques (provincia de Jujuy)

**Tesis de Doctorado**  
Orientación Geografía

**TOMO I**

Aproximaciones

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
Dirección de Bibliotecas

Arq. Jorge Miguel Eduardo Tomasi  
DNI: 25.918.437

Directora: Dra. Perla Zusman  
Co- director: Dr. Daniel Schávelzon

Diciembre del 2010

## Introducción general

---

Probablemente uno de los aportes más importantes de la Geografía Humana contemporánea al pensamiento social ha sido el reconocimiento y puesta en evidencia de la centralidad del espacio en la vida social y la diversidad de espacialidades que coexisten. Al considerarlo como un producto y un proceso socialmente construidos mostró que las distintas sociedades pueden tener concepciones, percepciones y vivencias muy específicas tanto del espacio como del tiempo (Harvey 1994). Como observó Massey (2005), debe ser pensado precisamente como una esfera que posibilita la existencia de la multiplicidad, en la que coexiste la heterogeneidad de expresiones y construcciones. De hecho, la esencia del espacio es múltiple y diversa, tal que contiene distintas trayectorias no siempre convergentes y puede constituirse desde el conflicto.

Con estos puntos de partida fue posible la incorporación a las discusiones de “otras geografías” (Nogué y Romero 2006), aquellas sesgadas por la pretensión de un espacio homogéneo y único propio del capitalismo y los Estados Nacionales; las geografías de los grupos subalternos, de las minorías, de los pueblos originarios, entre muchas otras, que construyen sus territorios y lugares en el marco de relaciones desiguales de poder; aquellos grupos que, en el mejor de los casos, han sido un espacio vacío en los mapas. Esta es, precisamente, una tesis enfocada en una de estas “otras geografías” posibles, la de los grupos pastoriles en la Puna de Atacama, desde un enfoque en el que esperamos aproximarnos a sus propios puntos de vista, a su lógicas y modos de concebir los espacios. No se trata de una mirada orientada sólo a analizar la subjetividad de la mirada de los actores en Susques sino también la importancia de los referentes materiales “que expresan la producción cultural de la geografía como objeto, y por ende de sus formas de representación individual y colectiva” (Escolar 1999:12). De ahí que las referencias a la materialidad de la vida social serán constantes, a través de la topografía de los espacios y la existencia física de las casas.

Intentaremos orientarnos hacia un espacio que es complejo, dinámico, y que está conformado desde la superposición de intereses diversos. Frente a la mirada unidimensional asociada a un relato único, es necesario pensar en un espacio producido por

diferentes historias e identidades múltiples en permanente construcción. Un espacio entonces que no existe *a priori* sino que se construye desde la diversidad de identidades dentro de un proceso que implica una constante transformación desde la recreación de lo existente. Esto significa que si bien el pastoreo recorre toda esta tesis, necesariamente tendremos que considerar que estos pastores están insertos y han jugado sus papeles en distintas pertenencias familiares, comunitarias, regionales o nacionales.

### **Problemas y objetivos**

En esta tesis nos ocuparemos de abordar la espacialidad construida en relación con la dinámica del pastoreo extensivo de rebaños mixtos de llamas, cabras y ovejas en las tierras altas de los Andes Meridionales, a partir del caso de Susques, una localidad ubicada en la Puna de Atacama, dentro de la provincia de Jujuy. Pero a su vez, es una tesis en geografía que tiene la particularidad de asumir un enfoque etnográfico en tanto lo que nos interesa es el punto de vista nativo sobre el espacio. *Pastoreos, lugares y casas*<sup>1</sup>, son nociones espaciales que los susqueños emplean recurrentemente, que dan cuenta de determinadas porciones, fragmentos del espacio, y que están imbuidas en una densa trama de significados. Aunque asumiendo diferentes roles, las tres son fundamentales para la organización de esta tesis.

Para aproximarnos a las lógicas de producción del espacio tendremos que recorrer también otras esferas de la vida social de los susqueños. El espacio no es simplemente una consecuencia ni una mera expresión de las formas de organización social, ni tampoco de las características de las actividades productivas, pero su producción sí está profundamente imbricada con éstas y otras dimensiones. Tal es así, que a lo largo de los capítulos iremos desarrollando diferentes aspectos de la actividad pastoril en Susques tal como hemos tenido la posibilidad de reconocerla a lo largo de siete años de trabajo.

El pastoreo extensivo es, por definición, una actividad esencialmente dinámica, asociada con los ciclos de desplazamientos del grupo doméstico con su rebaño. En relación con esta movilidad, el pastoreo implica una particular apropiación del espacio marcada por los

---

<sup>1</sup> A lo largo de la tesis utilizaremos las cursivas sólo para los términos y expresiones nativas. Cuando escribamos *casa* nos referiremos a la definición nativa, mientras que *casa*, sin cursiva, remite a la categoría analítica usada por distintos investigadores a los que nos referiremos. Algo similar ocurrirá con *familia* y familia y con el *pastoreo* que se refiere al territorio familiar y que diferenciaremos del pastoreo como práctica.

desplazamientos. De hecho, los desplazamientos periódicos y la disposición de los lugares de asentamiento son elementos fundamentales dentro de la estructuración del espacio pastoril. En el caso de Susques desarrollaremos cómo las *familias* junto con sus rebaños se desplazan a lo largo del año siguiendo un cierto ciclo anual que involucra recorridos entre los diferentes asentamientos, un *domicilio* y las *estancias*, que tienen dentro del territorio familiar. Estos asentamientos se ubican a distancias variables que pueden ir desde menos de una hora hasta un día de caminata y su ubicación está en relación con una compleja trama que involucra aspectos productivos pero también tiene una fuerte carga simbólica. La territorialidad pastoril está asociada con las características de este espacio doméstico discontinuo que se organiza a través de diferentes asentamientos. Los *pastoreos*, los *lugares* y las *casas*, como hemos dicho, son algunas de las categorías que los susqueños utilizan para denominar y significar ciertos espacios.

En paralelo con la movilidad cotidiana y estacional propia del pastoreo deberemos considerar también otras dimensiones: una territorialidad y dinámica familiar en relación con la construcción de un colectivo llamado Susques que involucra a distintas familias, la realidad de vida urbana en el pueblo y sus vinculaciones con el trabajo con la *hacienda*<sup>2</sup>, la relaciones que se dan con otras localidades a través de viajes de intercambio y peregrinaciones; la inserción de Susques dentro de un corredor bioceánico como es el que atraviesa el Paso de Jama. De esta manera, las personas tienen diferentes pertenencias simultáneas y juegan distintos papeles en diversos escenarios. Esto nos enfrenta a un contexto multiescalar en el que lo familiar, local, regional, nacional e incluso transnacional se superpone y cada uno de ellos está marcado por su propia espacialidad.

El caso de Susques nos plantea una situación de particular interés para indagar en esta forma particular de territorialidad asociada con una movilidad permanente del grupo. Nos enfrenta también a un panorama importante respecto a un espacio doméstico que se compone como tal a partir de diferentes asentamientos dispersos que son utilizados en diferentes momentos del año. La interacción entre estas dos esferas es el problema en el que se inserta esta tesis. A su vez, nos presenta una serie de interrogantes importantes: ¿Cómo es percibido, concebido y vivido el espacio a partir del pastoreo? ¿Cómo se construyen y superponen las territorialidades asociadas al pastoreo? ¿Cuál es el rol que

---

<sup>2</sup> Como veremos, a diferencia de otros sectores de los Andes, el término *hacienda* se utiliza, al igual que *tropa*, para designar al rebaño de animales sin distinguir si se trata de llamas, ovejas o cabras.

juega la movilidad en la construcción de dichas territorialidades? Finalmente, ¿Cuáles son las prácticas y valores concretos a partir de los cuales se producen los espacios en sus diferentes escalas?

En síntesis, la pregunta central de esta tesis, y de la investigación, es cómo es pensado, producido y vivido el espacio en Susques a partir de la lógica del pastoreo. En este sentido el objetivo general que nos planteamos es el de contribuir al conocimiento de la espacialidad pastoril en las tierras altas de los Andes meridionales a través de un enfoque etnográfico que permita reconocer los puntos de vista nativos. De este objetivo general surgen tres objetivos específicos principales, desdoblados a su vez en sendos objetivos secundarios, que están vinculados con las tres categorías espaciales que pondremos en juego en el análisis:

1. Analizar las distintas territorialidades que se superponen en Susques en el marco de las movilidades pastoriles.
2. Comprender la construcción del espacio doméstico pastoril como una de estas territorialidades.
3. Comprender la apropiación simbólica de los distintos espacios a partir de la categoría nativa de lugar.

Estos objetivos están vinculados entre sí en tanto constituyen diferentes aproximaciones a la espacialidad pastoril en Susques. En estos tres objetivos está presente la puesta en relación de las categorías espaciales analíticas con las nativas. En este sentido, los diferentes conceptos analíticos nos permitirán pensar y acceder a las diferentes lógicas espaciales nativas. Es importante observar que tanto la construcción de los territorios familiares y comunitarios, la constitución del espacio doméstico y la producción de *lugares* están absolutamente atravesados por la movilidad de la población y así intentaremos plantearlo a lo largo de la tesis.

El primer objetivo específico principal, contiene los siguientes secundarios,

- 1a. Analizar la conformación de los territorios familiares y su relación con el territorio colectivo de Susques.
- 1b. Reconocer los cambios en el rol del espacio urbano de Susques en el contexto de la territorialidad estatal.

- 1c. Identificar las lógicas de movilidad tanto del pastoreo propiamente dicho como aquellas asociadas con la construcción de dinámicas colectivas.

El primero de estos objetivos secundarios se orienta hacia el estudio del modo en que los diferentes *pastoreos* se configuran como tales y cuáles son las estrategias y prácticas materiales y simbólicas que hacen a esta “territorialidad familiar”. A su vez buscaremos observar cómo se conforma un territorio colectivo a partir de la suma de estos diferentes territorios familiares. El segundo objetivo se orienta hacia el rol que ha ocupado el pueblo de Susques observando cómo ha pasado de ser un centro para celebraciones, que las personas visitaban en ocasiones muy puntuales, a convertirse en un centro urbano con población permanente y una cierta importancia regional. El último de estos objetivos atraviesa los anteriores, puesto que tanto la territorialidad familiar, como la colectiva y el rol del pueblo están marcados por la movilidad constante de las personas.

El segundo objetivo principal, por su parte, se compone de los siguientes secundarios,

- 2a. Analizar la unidad del espacio doméstico que conforma el sistema de asentamiento.
- 2b. Identificar las diferentes unidades que lo componen y su construcción en el tiempo.
- 2c. Reconocer la constitución de lo doméstico del espacio en sus aspectos simbólicos y sociales

A través de estos tres objetivos nos proponemos aproximarnos a distintas dimensiones del espacio doméstico. En el primero de los casos a través de la comprensión de su totalidad, cómo los distintos asentamientos distribuidos a lo largo del territorio familiar y en el pueblo conforman un único espacio doméstico. El segundo se enfoca puntualmente en el análisis, por un lado, de las diferentes *estancias* que tiene cada una de las *familias*, por el otro, del *domicilio*, que es la casa principal en el campo, y, finalmente, de la *casa en el pueblo*. El tercero de estos objetivos, relacionado con los anteriores, se orienta a comprender el fuerte simbolismo que está asociado con el proceso de construcción de un espacio que debe constituirse como doméstico. Esto es indisociable, además de las vinculaciones entre la configuración espacial y configuración social.

Finalmente, el tercer objetivo principal, referido al lugar, se desdobra en los siguientes:

- 3a. Reconocer la significación de los *lugares* tanto en una escala familiar como comunitaria.
- 3b. Identificar las prácticas asociadas con la construcción dinámica de los *lugares* como centro de significados socialmente compartidos.
- 3c. Analizar la noción de *lugar* en el contexto de la territorialidad pastoril

De estos tres objetivos orientados al *lugar*, a partir del primero buscamos aproximarnos a los significados históricamente asociados con determinadas porciones del espacio, entendiendo que los *lugares* tienen una existencia física. Esto implica reconocer que existen *lugares* con una significación particular sólo para la construcción identitaria de cada grupo familiar y otros que tienen una relevancia para la identidad susqueña colectiva. El segundo objetivo está vinculado con el reconocimiento de las prácticas materiales y simbólicas a través de cuales se cargan de sentido los *lugares* entendiendo que no existen significaciones de hecho que sean intrínsecas al espacio. Finalmente, el tercero de estos objetivos secundarios, está asociado a reconocer el rol de los *lugares* en el marco de la territorialidad pastoril tanto familiar como comunitaria.

Algunas de las temáticas relacionadas con la construcción del espacio doméstico las hemos tratado en una tesis de Maestría en Antropología Social defendida recientemente (Tomasi 2010). Esta tesis tuvo como objetivo el estudio exclusivamente del espacio doméstico entendiéndolo como un “hecho social total”. En este sentido, lo hemos analizando considerando la importancia del pastoreo fundamentalmente a la luz de las relaciones de parentesco y organización social, y la dimensión ritual de la construcción material del espacio doméstico. Los resultados de ese trabajo se constituyeron como un punto de partida para el desarrollo de esta tesis de doctorado. La vinculación entre ambos trabajos es importante en tanto y en cuanto esta tesis, y nuestra investigación en general, tiene un fuerte carácter interdisciplinario y se ubica en un punto donde se encuentran y confluyen los intereses de tres disciplinas: Geografía, Antropología y Arquitectura. Con matices, en diferentes momentos las tres se han ocupado de las problemáticas espaciales. De hecho, como veremos en el capítulo 2, en las primeras décadas del siglo XX investigadores provenientes de las tres participaron en la construcción de un campo de estudios heterogéneo orientado al espacio doméstico como objeto de estudio.

### **Aspectos metodológicos: El enfoque etnográfico e histórico**

Como hemos indicado en el punto anterior, esta tesis se orienta hacia la comprensión de los puntos de vista nativos sobre el espacio. En tanto y en cuanto existe un vínculo indisociable entre el objeto, la teoría y el método (Escolar 1998), los objetivos de esta investigación, y el marco teórico-conceptual que emplearemos, tienen una estrecha e inseparable relación con el trabajo de campo etnográfico desde el que en buena medida se construyeron. En este sentido, debemos pensar en el campo no sólo como un espacio en el que se obtiene, con diferentes metodologías, una cierta cantidad de información, sino también como un espacio en el que se construye parte de la investigación en interacción con la realidad a analizar. Tal es así, que esta realidad no debería ser considerada como un elemento pasivo y ajeno al investigador. Como ha observado Escolar, “el objeto se construye deliberada y metódicamente y la construcción de la información se corresponde siempre con las preguntas que se le formulan a lo real” (1998).

Tanto las preguntas como el material que presentaremos en los distintos capítulos son el resultado de un trabajo de campo que comenzó en el año 2004 y que de hecho continúa. Es decir que son siete años de trabajo en Susques con una permanencia promedio de unos tres meses por año, con diferentes estadías, de al menos dos semanas cada una, que se encararon en diferentes momentos del año. Este es un punto importante si consideramos la fuerte estacionalidad de la actividad pastoril, puesto que no es lo mismo trabajar con una *familia* durante la temporada de lluvias en el verano que hacerlo durante las *pariciones* de las cabras en el invierno. En cada uno de estos momentos el grupo está literalmente viviendo en un asentamiento diferente, y lo mismo ocurre prácticamente mes a mes. Ello llevó a que las preguntas y los objetivos se fueran modificando en el contexto del trabajo de campo. Podríamos hacer propias las observaciones de Escolar cuando sostuvo que “el investigador se transforma y su conocimiento de lo real es también un nuevo conocimiento de un real que ya no es el mismo que se planteó inicialmente” (1998). Este proceso de construcción dialéctica del conocimiento sin dudas requiere de una vigilancia epistemológica continua.

La aproximación etnográfica constituye una forma particular de trabajo de campo que implica el reconocimiento de los sentidos y los puntos de vista nativos. Lejos de poder pensarse la etnografía como una práctica de conocimiento que busca “extraer” una cierta cantidad de datos que de hecho existen en la realidad, el material surge y se construye

desde la interacción con la realidad de las personas con quienes se trabaja. Esto implica necesariamente un alto nivel de reflexión sobre la posición del investigador en el campo. A lo largo de estos años hemos recurrido tanto a la realización de entrevistas no dirigidas como a la observación participante. Respecto a esta última técnica, implicó por un lado la convivencia con diferentes familias tanto en el campo como el pueblo y la participación en tareas de pastoreo, en la construcción de casas y diferentes celebraciones anuales como los carnavales, las *señaladas* o distintas peregrinaciones. En este sentido, la aproximación que hemos realizado desde el campo ha involucrado los eventos extraordinarios pero especialmente la cotidianeidad.

En paralelo hemos encarado un intenso relevamiento sistemático de distintos *pastoreos*, *estancias*, *domicilios* y *casas en el pueblo*. Al respecto cabe mencionar dos caminos en este trabajo. El primero fue el relevamiento territorial que involucró el mapeo con GPS de más de 50 asentamientos diferentes el campo y unas 30 *casas en el pueblo*. Esta información nos permitió construir una cartografía de los sistemas de asentamiento y la movilidad que, si bien no cubre la totalidad, nos ofrece una muestra por demás representativa. Respecto a la movilidad, en diferentes momentos se mapeó la trayectoria de diferentes recorridos. En el contexto del pueblo se elaboró una planta completa y detallada que nos ha permitido, al cruzar esa información con los datos históricos, reconocer los procesos de transformación urbana. En conjunto con estas acciones, y en una escala diferente, se relevaron numerosos asentamientos realizando planos y croquis detallados. Este material se cruzó con información censal, de fuentes locales y nacionales, y con los relatos familiares. De esta manera hemos podido construir una suerte de “mapas en el tiempo” de numerosas *casas*.

Si bien la información documental no constituye la fuente fundamental sobre la que se ha estructurado nuestro trabajo de investigación, ella ha complementado el material surgido del trabajo etnográfico. Hemos analizado los documentos obtenidos en diferentes archivos como el Archivo General de la Nación (Fundamentalmente sobre el Corregimiento de Atacama en el siglo XVIII y sobre el Territorio de Los Andes durante el siglo XX, incluyendo el material fotográfico), el Archivo y Bibliotecas Nacionales de Bolivia en Sucre (Para la información del siglo XIX cuando Susques formaba parte de Bolivia), la Mapoteca del Archivo de la Casa de la Libertad en Sucre, Bolivia, y el Archivo del Arzobispado de Santiago de Chile (Para los Libros Parroquiales de San Pedro de Atacama, de donde dependía Susques eclesiásticamente). Aunque, como hemos dicho, este no

material no es el centro de nuestra investigación, los datos surgidos de los documentos puestos en relación con el registro etnográfico nos permite darle profundidad histórica al análisis sobre las transformaciones en el espacio susqueño.

Dada la centralidad que tiene el trabajo de campo en esta investigación, entendemos que es importante plantear dos cuestiones en los próximos puntos. La primera se refiere al lugar que ha ocupado, y ocupa, el trabajo de campo dentro de la geografía y por ende en nuestra investigación. La segunda se orienta puntualmente a marcar algunas cuestiones específicas sobre el enfoque etnográfico.

### *El trabajo de campo en la Geografía*

Poner el foco en “otras geografías” implica disponerse a reconocer formas diferentes de pensar y producir el espacio, formas que muchas veces pueden ser radicalmente diferentes a las del investigador. El trabajo de campo, como metodología, no genera automáticamente conocimiento geográfico, pero sí nos permite “generar análisis y contar tipos de historias específicas” (Hyndman 2001:262. Traducción propia). En este sentido, se constituye como una puerta, una vía, para aproximarnos a otras lógicas posibles. Tal como planteó el propio Hyndman, el trabajo de campo es un lugar “para criticar, deconstruir, y reconstruir consideraciones más responsables, aunque parciales, de lo que está pasando en el mundo” (1995:200. Traducción propia). Sin que sea inevitable, nos permite poner en discusión nuestras propias concepciones a la hora de aproximarnos a otras realidades posibles.

Con diferentes objetivos e intencionalidades, el trabajo de campo ha sido históricamente una parte fundamental de la práctica de un geógrafo. El conocimiento geográfico, de hecho, se construía tradicionalmente desde la vivencia directa del investigador, partiendo de lo que podía reconocer con sus propios sentidos “estando allí”. Sin embargo, tanto el modo de encarar el trabajo de campo como su importancia han cambiado significativamente con los años. Si bien los estudios de la geografía radical (en los países anglosajones) y de las geografías críticas (en América Latina, España, Francia e Italia) pusieron en cuestión esta perspectiva ya en la década de 1970, a partir de la necesaria discusión que dispararon los estudios poscoloniales y de género entre los años 80 y 90 el trabajo de campo entró en crisis en las distintas disciplinas. Su condición de práctica colonialista en la que se definía con límites duros un sujeto que estudia y otro que es estudiado llevó a una profunda revisión de los enfoques.

En todo caso, el trabajo de campo fue desde un comienzo una parte inseparable de la práctica de la geografía. Mathewson (2001) rescató, por la influencia que tuvo en la escuela norteamericana, a Alexander von Humboldt, quien recorrió, describió y analizó distintos sectores de las áreas tropicales de Sudamérica, como el iniciador del trabajo campo geográfico. La influencia alemana en general, de acuerdo al mismo autor, fue fundamental de la mano de Friedrich Ratzel y Carl Ritter. En este contexto Mathewson mencionó también la figura de Isaiah Bowman como uno de los que continuó con la tradición iniciada por von Humboldt de la exploración en tierras lejanas.

La particularidad de Bowman (1878-1950), que lo hace importante para esta tesis, es que durante su trabajo de campo atravesó la Puna de Atacama, publicando en 1924 su libro “Desert Trails of Atacama”<sup>3</sup>. Este fue el informe, con una buena dosis de crónica, del recorrido que realizó en 1913 por el Desierto de Atacama en Chile, aunque también atravesó brevemente la Puna de Atacama. A diferencia de otros viajeros-científicos, Bowman no participaba de una misión gubernamental sino que era una investigación propia, aunque financiada por la “American Geographical Society”, asociación en la cual se desempeñara como presidente (1915-1935). A propósito de la relevancia y el rol del trabajo de campo, un punto interesante a analizar es por qué un geógrafo de principios del siglo XX se interesaba en realizar una “expedición” a este lugar del mundo. De acuerdo a su propia explicación,

“El explorador geográfico no busca solamente cosas nuevas o maravillosas; en realidad, su principal objeto no es ese, en lo absoluto. Si dirige su marcha a tierras lejanas es porque desea, ante todo, hacer descubrimientos más allá del dominio de la vida habitual, sean éstos maravillosos o no, habitual, o como dijo el Coronel Roosevelt para llevarla ‘más allá del borde del mundo conocido’” (1942:8).

“¿Ha terminado con estas hazañas la edad de los descubrimientos? Antes de que podamos responder a esta interrogación debemos saber lo que constituye un *descubrimiento*. Es sin duda alguna una realización que llena un espacio vacío del mapa; pero el descubrimiento no ha terminado cuando el espacio vacío se ha llenado, pues, después de todo, el mapa es sólo una hoja de papel sobre la cual trazamos símbolos y líneas que pasan por realidades y la disposición de su superficie, tales como un río, una montaña o una ciudad (...) El escenario sobre el cual la humanidad representa el gran drama de la vida es una cosa importante, pero la representación es mucho más importante. No pueden darse por terminados los descubrimientos hasta que hayamos estudiado cada pueblo del mundo en su cuadro físico peculiar, hayamos hecho que las

---

<sup>3</sup> Hemos utilizado la edición en castellano publicada en 1942 por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, “Los senderos del desierto de Atacama”. Consideraciones más amplias sobre Bowman pueden encontrarse en Smith (2003), Benedetti (2005) y Castro (2007).

naciones se conozcan unas a otras y tal vez hayamos disminuido nuestras congojas revelándonos a nosotros mismos” (1942:9. Resaltado en el original).

“El desierto ha proporcionado uno de los cinco principales campos de exploración en los tiempos históricos, siendo los otros cuatro las regiones polares, las montañas desconocidas del mundo, las florestas tropicales y las islas del mar” (1942:10-11)

Los lugares considerados extremos, para el pensamiento occidental, como por ejemplo la Puna, se presentaban como atractivos por dos cuestiones principales<sup>4</sup>. La primera era la idea de descubrimiento, la aproximación a aquellas zonas en las que el “mundo civilizado” todavía no había podido acceder, las que permanecían desconocidas. No casualmente los desiertos quedaban en conjunto con los polos. El segundo atributo que compartían los cinco “campos de exploración” es que el ser humano estaría en todos estos casos particularmente expuesto a condiciones extremas de vida. La relación entre el ser humano y el medio, o cómo se hace para vivir en ciertos lugares, era una incógnita a desentrañar. En relación con esto, su texto, aunque abundante en descripciones ambientales, tiene una singular cantidad de información respecto a aspectos sociales, económicos, históricos y culturales.

El trabajo de campo era una manera de reconocer la existencia humana en el terreno mismo, relevarla y luego trasladarla para llenar el gran mapa de la humanidad pareciera ser una posible síntesis. Aquello que no se ha visto, y descripto, permanece como un “vacío en mapa” que debe ser llenado a través de la investigación científica. Con diferencias, los trabajos de muchos geógrafos durante las primeras décadas del siglo XX en Argentina, desde Kühn a De Aparicio o Ardissonne, estaban signados por esta perspectiva del trabajo de campo.

Como mencionamos en los primeros párrafos, las revisiones del accionar científico en el contexto de las discusiones postcoloniales pusieron en discusión el rol que jugaba el trabajo de campo y en buena medida tuvieron como consecuencia una pérdida de prestigio, particularmente en el caso del trabajo de campo etnográfico. Estas mismas discusiones permitieron una revisión del modo en que se encaraba este trabajo de campo a partir de la consideración de la reflexividad, la responsabilidad y compromiso de los investigadores en

---

<sup>4</sup> Veremos en los capítulos 2 y 3 cómo estos exploradores-viajeros- científicos participaron de la construcción de lo extremo e imposible de ciertos lugares del planeta y contribuyeron en buena medida a su estigmatización.

el campo y hacia los grupos con los que trabaja (Stevens 2010). Esto planteó al menos dos cuestiones: por un lado la autoconciencia del investigador en el campo como parte activa de la construcción de conocimiento; por el otro, el compromiso político con las problemáticas que se reconocen y ante las demandas de los grupos con los que el investigador interactúa. Este último punto sujeto a posiciones muy diferentes que van desde quienes defienden una cierta independencia y quienes sostienen que la investigación y la acción no pueden ser separadas.

En todo caso, el trabajo de campo sigue siendo central dentro de la geografía en general, y en la geografía humana en particular. La incorporación de diferentes discursos sobre el espacio también implicó el acercamiento a un trabajo de campo que hoy en día no se limita a las poblaciones campesinas e indígenas de distintos rincones del mundo sino que ha incorporado a otros actores dentro de la misma realidad urbana de las grandes metrópolis. Las temáticas trabajadas desde el campo contemplan intereses diversos y distintas metodologías (DeLyser y Starrs 2001). Stan Stevens, un geógrafo estadounidense que trabaja con poblaciones indígenas en Nepal sobre temas de ecología cultural y manejos del medio ambiente, resumió su acción en el campo de la siguiente manera,

“Este trabajo involucra entrevistas amplias, observaciones, reconocimiento de unidades domésticas, y mapeo de muchas facetas de la vida local, incluyendo: conocimiento geográfico, ambiental, y agropastoril indígena; prácticas agrícolas y pastoriles y uso de los bosques; conservación y manejo de los recursos naturales a partir de la comunidad; comercio interregional y trans-Himalaya; asentamientos, economía, ambiente, paisaje, e historia cultural y cambios recientes; desarrollo turístico e impactos; y las distintas problemáticas creadas por el establecimiento y el manejo de áreas protegidas y parques nacionales habitados en tierras indígenas” (Stevens 2010:67. Traducción propia)

La variedad de temáticas trabajadas en particular por los geógrafos desde el campo es sumamente amplia. El trabajo de campo se constituye como un camino para aproximarse a otras formas de conocimiento y a otras maneras de pensar el espacio incorporando las voces de otros actores a la discusión. Particularmente el trabajo etnográfico se constituye como una estrategia para reconocer los puntos de vista locales.

### *El enfoque etnográfico*

La etnografía ha sido cara a los intereses de la geografía humana sea como metodología propia o como fuente de información sobre las sociedades lejanas a través de las publicaciones de los antropólogos. En términos generales no pareciera razonable aplicar los límites actuales, más duros, entre los campos disciplinares a la realidad científica de

finales del XIX y principios del XX cuando las pertenencias eran más flexibles y difusas. En este sentido, geógrafos, antropólogos y etnógrafos podían formar parte de un trabajo colectivo con roles cambiantes. Tal es así, como sería difícil encontrar diferencias significativas en las prácticas en el campo de geógrafos como von Humboldt o Ritter con las de sus colegas etnógrafos.

El propio Ratzel le otorgaba un lugar de importancia a la etnografía para el estudio de los “pueblos primitivos” y sus modos vida (Claval 1999). Algo similar podríamos sostener para el caso de Brunhes quien planteó la existencia de relaciones estrechas entre la geografía y la etnografía (Claval 1999; Barros 2001) y le dedicó al tema buena parte de un capítulo en su “Géographie Humaine” (1948 [1909]). Un caso interesante en estos vínculos disciplinares y metodológicos fue el de Carl Sauer. En el contexto de su investigación sobre las sociedades indígenas de Estados Unidos, Sauer sostuvo la importancia del trabajo de campo como instancia metodológica. Este énfasis probablemente surgió no sólo de la influencia de Alfred Kroeber, con quien trabajó en Berkeley, sino también de Franz Boas y, posiblemente, Bronislaw Malinowski (Fernández Christlieb 2006). Precisamente a partir de la obra de Malinowski, el trabajo etnográfico en la antropología adquirió un nuevo rumbo y eso conllevó un distanciamiento con la práctica de los geógrafos. En todo caso, la consideración de la etnografía como un enfoque y metodología importantes dentro de la geografía humana no se perdió y hemos hecho mención más arriba de su actualidad.

Al respecto, distintos autores se han referido a una triple condición de la etnografía: como enfoque, como método y como escritura. En tanto enfoque, la etnografía implica “una concepción y práctica del conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros” (Guber 2001:12-13). En la tradición de Dilthey, como observó Clifford (1995 [1983]), la etnografía es más un proceso de interpretación que de explicación. No se trata de captar una serie de eventos objetivos que están por fuera de la existencia del investigador sino que la experiencia etnográfica “se puede ver como la constitución de un mundo significativo común, basado en estilos intuitivos de sentimiento, percepción y conjetura” (Dilthey en: Clifford 1995 [1983]).

La observación participante, en tanto técnica privilegiada dentro del método etnográfico, es un proceso intersubjetivo de construcción de conocimiento. En este contexto, es necesario “concebir la etnografía no como la experiencia y la interpretación de “otra” realidad

circunscripta, sino más bien como una negociación constructiva que involucra por lo menos a dos, y habitualmente a más sujetos conscientes y políticamente significantes” (Clifford 1995 [1983]:74). Esto implica reflexionar sobre la propia posición en el campo. Entendemos que no se puede retratar otras realidades sin poner la propia en juego. Tal como observaron DeLyser y Starrs respecto a este enfoque en geografía,

“Aprendemos sobre los demás de la mejor manera para entenderlos a ellos y a nosotros mismos (...) Aprendemos sobre nosotros en el campo; aprendemos sobre los lugares al hacer trabajo de campo allí” (DeLyser y Starrs 2001:VII. Traducción propia)

En la interpretación etnográfica, desde una posición recíproca, se amplía y profundiza el conocimiento sobre las prácticas de uno en el contexto de la propia pertenencia (Krotz 2002). Reflexionar sobre “otros” modos de producir y habitar espacios implica irremediablemente hacerlo con los propios. En lo particular, los arquitectos somos entrenados para diseñar y construir determinados espacios. En este sentido, a lo largo de la formación y el ejercicio profesional, ciertas nociones, muchas veces hegemónicas, respecto a qué es la arquitectura o qué es una casa pueden ser internalizadas, naturalizadas y convertidas en parte del sentido común disciplinar. Esto implica que debemos hacer un esfuerzo extra para relativizar las propias categorías, es decir poner en discusión nuestro “etnocentrismo” para reconocer los modos hacer y pensar el espacio en otras sociedades, y también en la propia. Este ha sido un desafío importante a lo largo de estos años de trabajo de campo para intentar no invisibilizar las lógicas espaciales presentes en Susques.

### **Una primera mirada sobre Susques**

Una primera cuestión a discernir es a qué nos estamos refiriendo cuando tomamos a Susques como espacio de estudio puesto que debemos dar cuenta de una doble condición. Susques es, por un lado, un pueblo ubicado en el Oeste de la provincia de Jujuy. Pero, al mismo tiempo, también es un área rural que se despliega a su alrededor y donde, como hemos mencionado, tradicionalmente la población se ha dedicado al pastoreo extensivo de rebaños de llamas, cabras y ovejas. Debemos considerar que Susques mientras en una dimensión de análisis forma parte de la provincia de Jujuy, también está dentro de lo que se conoce como “Puna de Atacama”, un área geográfica con una particular construcción

histórica que, en Argentina, abarca el Oeste de las provincias de Catamarca, Salta y el Sudoeste de la de Jujuy<sup>5</sup>.

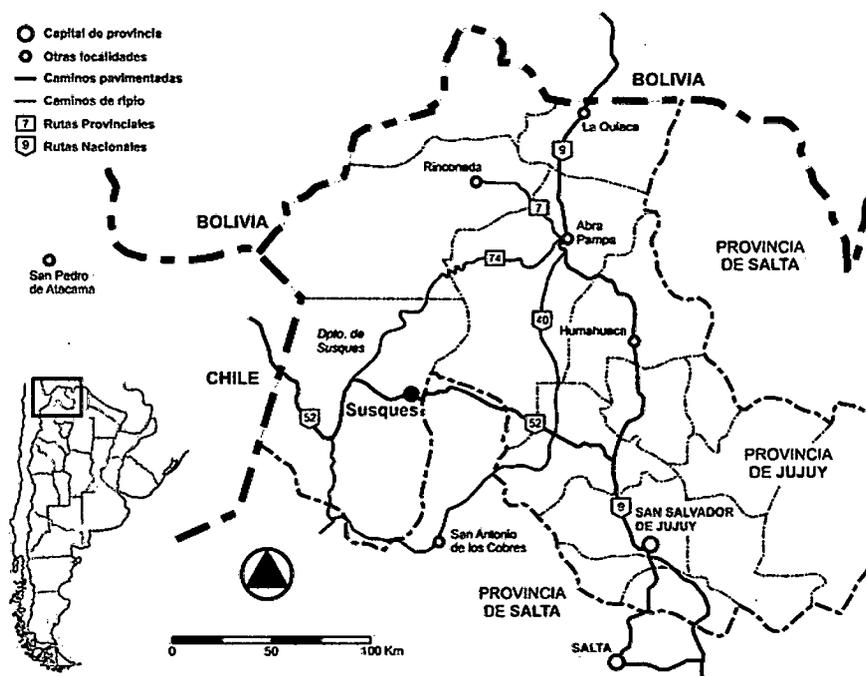


Figura 1. Ubicación de Susques en la provincia de Jujuy (Realización propia)

Actualmente Susques, en tanto pueblo, es la cabecera del departamento del mismo nombre en la provincia de Jujuy, está ubicado en el encuentro de los ríos Pastos Chicos y Susques, y sobre la Ruta Nacional 52, a unos 120 km al Oeste de Purmamarca y a 155 km al Este del límite con Chile. De acuerdo a los datos relevados periódicamente por los agentes sanitarios, a fines del año 2009, Susques tenía 1458 habitantes<sup>6</sup>, el Censo Nacional de Población del 2001, mientras tanto, daba una población de 1140 habitantes. Lamentablemente ninguno de los dos registros diferencia con claridad, entre población urbana y rural. En términos generales, la alta movilidad de la población hace muy complejo discernir el “asentamiento preferencial” de los habitantes de Susques y nos referiremos a esto en detalle en las próximas páginas<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> El proceso de construcción de la categoría “Puna de Atacama” ha sido extensa y detalladamente estudiado por Benedetti (2005).

<sup>6</sup> Este dato surge de las visitas que realizan periódicamente, casa por casa, los agentes sanitarios de APS (Atención Primaria de la Salud) de Susques.

<sup>7</sup> Los datos de cualquier censo de población deberían variar significativamente respecto a población urbana y rural de acuerdo al mes del año en que se realice. En lo referente al ámbito rural, la alta dispersión de los asentamientos hace que los relevamientos sean sumamente complejos y sus resultados no resulten enteramente confiables. Nos referiremos en detalle a los asentamientos y la movilidad de la población en los capítulos 5 y 6. En el capítulo 7 nos concentraremos en la discusión de distintas fuentes censales.

En todo caso, sí es posible observar, cruzando información censal y fotográfica, que a partir de la década de 1970, y especialmente la de 1990, Susques comenzó a registrar un crecimiento sostenido en su ejido urbano asociado con la radicación en el pueblo, al menos temporariamente, de parte de la población que residía en el campo y probablemente con la migración de personas desde localidades cercanas<sup>8</sup>. Desde finales de los noventa, a partir de la constitución del “Corredor de Capricornio” que conecta los puertos del Pacífico con los del Atlántico, Susques se ha convertido en un centro de una cierta importancia regional, probablemente el más importante en la Puna de la provincia de Jujuy después de La Quiaca y Abra Pampa.

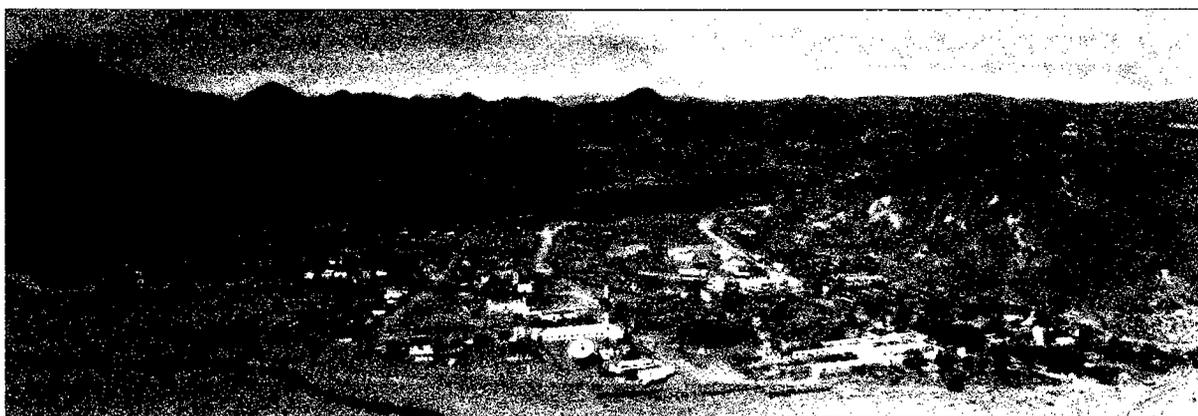


Figura 2. Imagen panorámica del pueblo de Susques tomada y compaginada en el 2006.

Como hemos mencionado, Susques es un pueblo pero es también toda un área rural que se despliega a su alrededor. Si bien hoy en día se podría decir que el pueblo tiene una cierta centralidad, la relación entre ambos espacios, como desarrollaremos en el capítulo 6, ha sido cambiante. Al menos hasta la década de 1960 la mayor parte de los pobladores residía en el campo y sólo se acercaba al pueblo en momentos muy específicos. El cambio en la relación entre ambos espacios es indisociable de los procesos internos y externos en los que ha participado Susques y su población, y de una territorialidad estatal basada en la existencia de centros urbanos con población permanente interconectados por redes de comunicación.

El territorio rural de Susques (Figura 3) limita por el Norte con el de San Juan de Quillaques, por el Sur con el de Huancar, por el Oeste con el de El Toro y el de Olaroz

---

<sup>8</sup> Vale insistir en que es muy difícil cuantificar esto con las estadísticas disponibles. Lo dicho se basa en las impresiones a lo largo de nuestro trabajo de campo y no en datos cuantitativos.

Chico y por el Este con el departamento de Cochinoaca, también en Jujuy, y con la provincia de Salta. Es importante que adelantemos, que este territorio colectivo está constituido por la suma de los territorios de las diferentes unidades domésticas que se consideran parte de Susques y que se conocen localmente como *pastoreos*. Es un territorio entonces que se constituye como tal en base a una serie de lazos y relaciones que vinculan a las distintas *familias* y las integran en un colectivo. Al mismo tiempo, debemos considerar que este territorio no se corresponde con una delimitación jurisdiccional ni estatal ni eclesiástica.

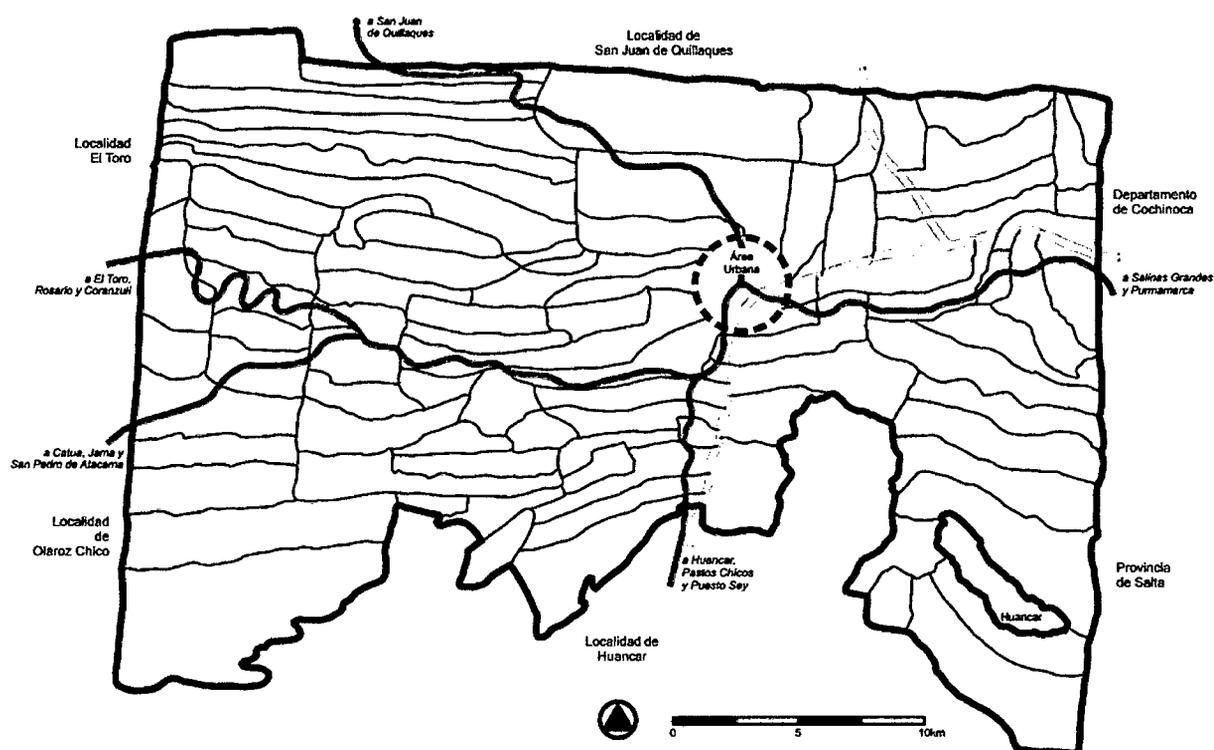


Figura 3. Plano del territorio de Susques con la división de los *pastoreos* familiares (Elaboración propia en base al plano de la “Comunidad Aborigen Pórtico de los Andes”)

La Comisión Municipal de Susques, creada en 1969, incluye dentro de su jurisdicción, naturalmente a Susques, pero también a otros pueblos cercanos, como por ejemplo Huancar o Puesto Sey, que tienen sus propios territorios comunitarios. Tampoco coincide con el área de la Parroquia de Susques que incorpora, por ejemplo, El Toro, Santuario de Tres Pozos o Cerro Negro, este último en la provincia de Salta, entre otros poblados. En este sentido es interesante observar que nos enfrentamos a diferentes territorialidades construidas a distintas escalas que se superponen e imbrican. Desde el año 2000, esta área que estamos definiendo sí se corresponde con el territorio de la “Comunidad Aborigen Pórtico de los Andes” que, desde el 2008, es la propietaria a los efectos legales bajo un

régimen de propiedad comunitaria de una porción de tierras que se corresponde aproximadamente con su territorio<sup>9</sup>.

### *Procesos históricos*

Si bien nos dedicaremos extensamente a los procesos históricos de los que participó Susques y su población, para clarificar una lectura inicial vale realizar una mínima introducción. En tanto pueblo, Susques tuvo sus inicios en el marco de la política de ordenamiento territorial y colonización española sin que sea clara la fecha de su fundación ni de la construcción de la capilla<sup>10</sup>. A partir del siglo XVIII Susques pertenecía al Corregimiento de Atacama, particularmente a Atacama la Alta que tenía como cabecera al poblado de San Pedro de Atacama, actualmente en Chile. Al igual que la mayor parte del área de Atacama, Susques habría tenido una posición periférica en el concierto de la colonia con una presencia más bien escasa de las autoridades<sup>11</sup>.

Luego de los procesos de Independencia la mayor parte del área de la Puna de Atacama estuvo sujeta a distintos cambios jurisdiccionales incluso luego de su anexión a la Argentina en 1900. Desde 1825 Susques formó parte del territorio boliviano dentro de la Provincia de Atacama. Las dificultades para el cobro de tributos persistieron para el Estado boliviano producto de las distancias y de las condiciones ambientales, o mejor dicho su percepción (Göbel y Delgado 1995). En 1884, como consecuencia de la Guerra del Pacífico, toda el área de Atacama fue ocupada por Chile formándose en 1888 el Departamento de Antofagasta con capital en San Pedro de Atacama (Benedetti 2005). Al igual que Bolivia, Chile tampoco generó demasiadas políticas concretas sobre esta área ni demostró un interés particular en el territorio y la población puneña. En realidad, sus intereses estaban más puestos en la costa, las zonas salitreras y los minerales (Sanhueza 2001).

---

<sup>9</sup> La correspondencia entre el territorio comunitario y el reconocido en los títulos no se corresponde punto por punto y ofrece una serie de complejidades en esta diferencia.

<sup>10</sup> De acuerdo a muchos susqueños, la capilla fue construida en 1592 a partir del trabajo conjunto de los del Norte y los del Sur, las dos *secciones* que conformaron, y en parte siguen conformando, el pueblo.

<sup>11</sup> La situación periférica puede asociarse por un lado con una cuestión de distancias físicas con los grandes centros administrativos y económicos, pero fundamentalmente surge de la construcción de la Puna, surgida en el período colonial, como un lugar absolutamente inhóspito e imposible para la vida.

En 1900 la región fue anexada por vía diplomática a la Argentina, creándose la Gobernación de Los Andes<sup>12</sup>. Con capital en San Antonio de los Cobres, que había sido incorporado en 1902, la Gobernación estaba organizada en cuatro departamentos: San Antonio de los Cobres, Susques, Pastos Grandes y Antofagasta de la Sierra. A diferencia de lo ocurrido con los demás Territorios Nacionales creados en el contexto de la expansión territorial del país, el de Los Andes fue disuelto en 1943 y su territorio repartido entre las provincias de Catamarca, Salta y Jujuy, quedando Susques dentro de esta última (Delgado y Göbel 1995; Benedetti 2005)<sup>13</sup>. De acuerdo a diversos cronistas, en las primeras décadas del siglo XX Susques seguía sin constituirse como un centro urbano con población permanente sino que era más bien una capilla con unas decenas de “habitaciones” a su alrededor (p.e. Cerri (1993 [1903]); Boman 1992 [1908]), mientras que los pobladores sostenía su residencia en las “estancias” en el campo.

Como desarrollaremos en el capítulo 3, para el imaginario dominante de la Argentina de finales del XIX y principios del XX, la Puna se presentaba como un territorio exótico y absolutamente inviable. Tal como planteó Karasik, las descripciones generadas en esos años sobre el ambiente y la población “aparecen como narraciones terriblemente desalentadoras de la incorporación” (2003:245). En los relatos la Puna era construida como un desierto, es decir un vacío a llenar, con una población que necesariamente debía ser “civilizada”. Esto implicaba irremediabilmente que los modos de vida de la población debían ser modificados radicalmente. Sin que dejara de ser un área periférica, desde los primeros años posteriores a la anexión se comenzaron a generar una serie de políticas estatales con las que se pretendía que la Puna se incorporara a una nación que era vista “como una unidad étnica dotada de una cultura singular propia homogénea y reconocible” (Segato 2002:11).

De acuerdo a los testimonios de los pobladores, si bien Susques comenzó a tener en las primeras décadas del Siglo XX una cierta población permanente, la mayor parte de quienes vivían en el pueblo eran los funcionarios de los organismos estatales. La década del setenta

---

<sup>12</sup> A partir de un laudo arbitral estadounidense, Argentina firmó en 1899 un nuevo tratado de límites con Chile que le dejaba la mayor parte de la Puna de Atacama dentro de su territorio, y en 1900 se decretó la creación de la Gobernación de Los Andes y se organizó en departamentos (Delgado y Göbel 1995; Benedetti 2005).

<sup>13</sup> El departamento de Antofagasta de la Sierra fue incorporado a Catamarca y los de San Antonio de los Cobres y Pastos Grandes a Salta.

es indicada en muchos relatos como un momento de quiebre. En los años anteriores a la dictadura militar, y especialmente durante ésta, la escuela tuvo un rol más activo y la obligatoriedad de la asistencia se hizo efectiva. Simultáneamente se abrieron vías de circulación importantes, por ejemplo a comienzos de la década de 1970 a San Salvador de Jujuy, capital de la provincia a la que Susques ya había sido incorporado.

En la década de 1990 comenzó el proceso de definición del “Corredor Bioceánico” o “Corredor de Capricornio”, una vía de circulación de tipo comercial que debía conectar los puertos del Atlántico, y las zonas comerciales e industriales de Brasil y Paraguay, con los puertos del Pacífico, especialmente el de Iquique en Chile. En este contexto, se abrió el Paso de Jama que permitía el cruce más al Norte entre Argentina y Chile, y se pavimentó la ruta que iba desde Purmamarca hasta Jama, desde ese momento Ruta Nacional 52, que a su vez pasaba por Susques. De hecho, Susques era el último centro urbano antes de la frontera con Chile y por eso se radicaron allí las oficinas de la Aduana y Gendarmería. Esto tuvo implicancias muy importantes que, como plantea Benedetti (2002), llevaron a que aquel “despoblado” se convirtiera en el “Pórtico de los Andes” como reza una inscripción en un cerro cercano.

### *Aspectos ambientales*

Los parámetros ambientales que se registran en Susques brindan buenas, aunque también inestables, condiciones para la cría de ganado a través del pastoreo mientras que restringen otras actividades como la agricultura intensiva. En relación con estas condiciones, y como desarrollaremos en el capítulo 5, las poblaciones pastoriles de altura, como las de Susques, han generado distintas estrategias para aprovisionarse de los productos que no pueden obtener localmente. El carácter disperso y limitado de la vegetación, por otra parte, es una de las explicaciones posibles, más no la única, para la alta movilidad de los pastores en el área de Susques que se desplazan constantemente entre los *puestos* o *estancias* a diferentes altitudes durante todo el año.

Antes de avanzar sobre algunos datos, es importante que observemos que las condiciones ambientales de la Puna han sido uno de los principales argumentos en su estigmatización y construcción como un “ambiente inviable”. Ciertos datos pretendidamente objetivos (temperaturas, altitud o precipitaciones) suelen ser enfatizados, recortados y aislados con un espíritu determinista haciendo imposible una comprensión global del espacio puneño.

Tal como lo ha observado Göbel (2000/02), existe una notable distancia entre las miradas externas y las percepciones ambientales nativas. Claro que una mirada alternativa a la determinación ambiental de la vida en la Puna no puede partir de ignorar la importancia que tiene el medio. En su actividad con los rebaños los pastores evalúan permanentemente las condiciones ambientales para trazar sus estrategias de movilidad y manejo de pasturas aprovechando variaciones altitudinales y microambientes que pueden presentarse en sus tierras de pastoreo. El punto es que el ambiente es una variable muy importante para analizar el pastoreo pero no explica todo, ni tampoco la mayor parte, de las dinámicas sociales y espaciales.

La Puna suele ser caracterizada como una planicie de altura semidesértica con alturas promedio entre los 3500 y en algunos casos por encima de los 4000 msnm. El poblado de Susques se encuentra a 3675 msnm pero las tierras de pastoreo oscilan entre los 3500 y los 4100. Esta planicie puneña es atravesada en sentido Norte-Sur por una serie de cadenas montañosas que se elevan unos 1000 m sobre el nivel de la meseta. En particular Susques está enmarcado por la Sierra de Cobres hacia el Este y la de Taire al Oeste (Yacobaccio et al. 1998). En este sentido, topográficamente, la Puna, lejos de la imagen del “desierto interminable” presenta importantes variaciones que son aprovechadas para el pastoreo.

El clima es el usual de las estepas de altura siendo frío y seco con escasas, aunque con frecuencia torrenciales, precipitaciones concentradas en la temporada de lluvias de diciembre a marzo (Paoli 2002). El promedio anual en Susques en el período 1972-1990 ha sido de 188 mm anuales con una concentración entre diciembre y marzo de 177 mm (Bianchi y Yañez 1992). La temperatura media anual estimada en Susques es de 7,7°C (Bianchi 1996) con un mínimo de 2,5°C en Julio y un máximo de 11,3°C en Enero. Este dato, de todas maneras, debe ser puesto en relación con la amplitud térmica media diaria que puede oscilar entre los 30 y 35°C, puesto que durante el invierno puede estar por debajo de los -20°C. La vegetación presente es escasa y se encuentra dispersa y consiste básicamente en formaciones arbustivas (tolares), pajonales y en algunos casos vegas (Cabrera 1976), aunque no son tan habituales en Susques como en otros sectores como Santa Rosa de los Pastos Grandes en la Puna salteña.

Susques se encuentra en la transición entre lo que ha sido definido como puna salada, hacia el Sur, y puna seca, hacia el Norte, y presenta características de ambos ambientes. La puna

seca tiene mayores precipitaciones, una cobertura vegetal más continua y no tiene los salares que se encuentran más al Sur<sup>14</sup>. En el caso de Susques vamos a encontrar en sus cercanías los Salares de Olaroz y de Cauchari. La puna salada más allá de su mayor aridez presenta, sin embargo, numerosos oasis, como en Antofagasta de la Sierra, que permiten no sólo la cría de animales sino también una mínima agricultura. Dada su ubicación Susques tiene mayores precipitaciones y recursos vegetales para los rebaños que otros lugares más al Sur, pero no tanto como hacia el Norte donde esos rebaños tienden a ser más grandes.

### **El recorrido de esta tesis**

A los efectos de cumplir con los objetivos propuestos hemos organizado esta tesis en tres partes, en sendos tomos, que se componen de un total de nueve capítulos. La primera parte, **Aproximaciones**, tiene el objetivo, junto con esta Introducción General, de plantear y discutir ciertos temas que hacen al punto de partida de la tesis y le dan un marco a la lectura de los capítulos subsiguientes. La segunda y tercera parte, en cambio, ingresan de lleno en el desarrollo del problema a partir del material surgido del trabajo de campo en diálogo con lo observado por otros investigadores en distintos grupos pastoriles en las tierras altoandinas.

Mientras que la segunda parte, **Los pastores y sus territorios**, está orientada a abordar las múltiples territorialidades asociadas con la dinámica pastoril en Susques, en la tercera, **Espacio(s) doméstico(s)**, se analizan las características del sistema de asentamiento pastoril y cada una de sus partes entendiendo, por un lado, que forman un único espacio doméstico y, por el otro, que constituyen una de las principales prácticas de territorialización. La estrategia de escritura en estas dos partes centrales de la tesis consiste en ir desandando o retirando, por decirlo de alguna manera, distintas “capas espaciales” en relación con la definición de una realidad esencialmente multiescalar.

Con el objetivo de reconocer esta multiescalaridad de nuestro problema, iremos recorriendo primero lo familiar en relación con el manejo concreto del pastoreo y sus

---

<sup>14</sup> En términos comparativos podemos observar que frente a los 188mm de precipitaciones anuales en Susques, hacia el Sur, en la Puna salteña, San Antonio de los Cobres registró en el período 1949-1990 un promedio de 115mm, y en el Salar de Pocitos en el período 1950-1990 el promedio anual fue de sólo 36mm. Por el contrario, hacia el norte en la provincia de Jujuy, Abra Pampa tuvo entre 1935 y 1990 un promedio de 282mm y La Quiaca, entre 1908 y 1987, 318mm (Bianchi y Yañez 1992).

espacios, para luego avanzar sobre las construcciones colectivas, y continuar con lo regional, nacional e incluso, de la mano de la formación del Corredor de Capricornio, transnacional. Esto implica que iremos encontrando a los mismos actores participando de diferentes espacios y trayectorias en relación con distintas pertenencias. Claro que estas capas están absolutamente imbricadas y no son tan identificables en la realidad como se presentarán aquí. En este sentido, son una construcción analítica a los efectos de abordar nuestro problema de investigación. A medida que avancemos con la escritura iremos reconstruyendo la totalidad que representa la vida social y espacial en Susques.

Dentro de la primera parte hemos incluido tres capítulos que, aunque en un primer momento pueden parecer disociados, están íntimamente vinculados. En el capítulo 1, **Aproximaciones teóricas**, nos proponemos construir el marco teórico desde el que abordaremos nuestra problemática a través de cuatro conceptos clave: Espacio, Territorio, Lugar y Espacio doméstico. A lo largo del capítulo se dará cuenta de la perspectiva desde la que adoptaremos de estos cuatro conceptos considerando brevemente su génesis y los cambios que han tenido dentro de la disciplina. En relación con el enfoque adoptado en esta tesis y sus objetivos, nos proponemos considerar a estos conceptos teóricos como un camino, una forma de iluminar de un modo particular, para pensar y analizar los conceptos espaciales nativos que consideraremos. En paralelo, nos interesa ver estas cuatro nociones no como compartimentos estancos sino más bien como cuatro aproximaciones hacia el modo en que producen socialmente los espacios que están estrechamente vinculadas.

En el capítulo 2, **Las tradiciones fundacionales en el estudio del espacio doméstico**, nos proponemos en cambio, recorrer el modo en que el espacio doméstico se constituyó como un tema propio de la geografía desde principios del siglo XX. La revisión del modo en que estas tradiciones por momentos se consolidaron y luego desaparecieron es importante para comprender cómo el espacio doméstico se constituyó como objeto y reconocer ciertos elementos que pueden ser una herencia, no siempre consciente, para las investigaciones actuales. Nos interesaremos en el modo en que estas tradiciones en el estudio de la “vivienda natural” y la “vivienda rural” se establecieron dentro de la geografía argentina con el trabajo de investigadores importantes para su constitución disciplinar como Francisco de Aparicio y Romualdo Ardissonne. Inevitablemente deberemos vincularlos con las escuelas alemana, con las ideas de Ratzel, y francesa, de la mano de Vidal de la Blache, Brunhes y Demangeon. Un punto interesante a poner en evidencia serán los vínculos entre

los trabajos generados desde la geografía con otros contemporáneos particularmente desde la arquitectura. El entrecruzamiento entre estas escuelas nos mostrará un interés que cruzaba una parte considerable del campo académico.

A lo largo del capítulo 3, **La invención del desierto puneño y su pobre arquitectura**, tomaremos como material empírico los relatos, crónicas o informes de una serie de viajeros, científicos y funcionarios que recorrieron la Puna de Atacama en las primeras décadas del siglo XX a partir de su anexión a la Argentina. Nuestro objetivo será reconocer cómo por un lado se constituyó un imaginario sobre el espacio puneño marcado por su asociación con el desierto y con un ambiente imposible para la vida, y por el otro, esto se hizo extensivo a las caracterizaciones sobre los pobladores y su producción arquitectónica. Veremos cómo se produjo un notable entrecruzamiento entre estas tres dimensiones en una lógica de causa-consecuencia que fue partícipe de la producción de determinados territorios funcionales a la construcción de Nación propia de la época y de los intereses civilizatorio del Estado. El hecho de que estas miradas externas sobre el espacio puneño tengan una actualidad notable, y que operen como un contrapunto de las percepciones nativas justifican la inclusión de estas reflexiones en nuestra tesis. Es decir, al espacio inhóspito signado por el vacío, el “desierto”, de los imaginarios hegemónicos, enfrentaremos a lo largo de toda esta tesis un espacio cargado de sentido y vivencias desde las construcciones y prácticas locales.

Por otra parte, el trabajo articulado que nos proponemos entre estos tres capítulos nos permitirá poner en evidencia la interdependencia entre teoría, metodología y la construcción de los objetos de estudio como tales. El modo en que las categorías espaciales eran teóricamente construidas es indisociable del modo en que eran aprehendidos y definidos los objetos de estudio. De la misma manera que no puede comprenderse por fuera del modo en que se encaraba el trabajo de campo como metodología y del posicionamiento del investigador en ese trabajo. En este sentido, será posible reconocer los paralelos que existían entre la forma en que los investigadores pensaban la relación entre el ambiente y el espacio doméstico, y las descripciones contemporáneas de los viajeros que recorrían la Puna.

A partir de la segunda parte de la tesis comenzaremos a enfocarnos directamente en el pastoreo como una actividad asociada con una determinada organización del espacio,

tomando el material surgido del trabajo de campo realizado en Susques. En particular nos interesará analizar allí las diferentes territorialidades que coexisten en una práctica esencialmente dinámica como es ésta. Veremos entonces cómo se producen múltiples territorios superpuestos y solapados en relación con ciertas movilidades y determinadas relaciones sociales. Particularmente, la movilidad en diferentes escalas jugará un rol central en el análisis del modo en que se organiza el espacio en Susques. A lo largo de los tres capítulos que la componen iremos construyendo un relato que partirá de una mirada más general sobre el pastoreo para luego ir asumiendo diferentes escalas que irán desde lo familiar a lo nacional y transnacional pasando por lo colectivo y regional.

Efectivamente, en el capítulo 4, **Pastores, movilidad y espacios**, intentaremos presentar un marco general sobre las discusiones existentes sobre el pastoreo extensivo y, particularmente, sobre las continuidades y diferencias que existen entre las prácticas de los pastores en las tierras altas de los Andes. En primer lugar esto nos permitirá ubicar e integrar las observaciones que realizaremos desde el caso de Susques en un contexto más amplio como es el de los estudios andinos. En paralelo, podremos reconocer una cierta desespacialización en los trabajos sobre pastoreo que, con excepciones importantes, han tendido más a considerar su dimensión productiva y social.

En el capítulo 5, **La definición de los territorios familiares**, nos enfocaremos en rol de la *familia* como núcleo central de producción y reproducción dentro del modo en que se organiza el pastoreo en Susques. En este sentido, veremos cómo en torno a esta unidad social se definen el manejo efectivo de los rebaños, las estrategias de movilidad, los sistemas de asentamiento y los regímenes de propiedad sobre la tierra. Particularmente nos interesará el modo en que la *familia* es también una unidad territorialmente definida y que tiene a su vez una territorialidad característica. Los *lugares* de la *familia* como parte indisoluble de estos territorios serán particularmente considerados. De esta manera analizaremos las estrategias de control y apropiación del espacio familiar de pastoreo considerando tanto sus dimensiones concretas como simbólicas: desde el establecimiento de límites formales y los desplazamientos cotidianos y estacionales entre los asentamientos, hasta la producción de *lugares* desde el ritual.

Al largo del capítulo 6, **La construcción de lo colectivo**, nos ocuparemos, en cambio, de analizar cómo esta territorialidad familiar o doméstica no puede ser entendida como una

dimensión única e independiente sino que debemos considerarla en sus intersecciones con otras escalas espaciales. Tal es así que primero nos referiremos a la constitución social y espacial de Susques como un colectivo integrado por una cierta cantidad de *familias*. Este colectivo tiene una territorialidad propia, superpuesta a la familiar, con sus movibilidades a lo largo del año e incluso con sus *lugares*. En este punto deberemos analizar el rol actual, histórico y mítico del pueblo de Susques en la construcción y reconstrucción de este colectivo de *familias*. En paralelo consideraremos otras escalas en las que participan los pobladores de Susques como parte de la Argentina y en el marco de su ubicación dentro de un corredor transnacional como es el de Capricornio que comunica el Atlántico con el Pacífico. En este sentido, entre este capítulo y el anterior nos ocuparemos de las múltiples vivencias espaciales y papeles de los pobladores Susques.

La tercera parte está enteramente destinada al análisis del espacio doméstico y los sistemas de asentamiento pastoriles. En todo caso, como veremos, las características del espacio doméstico son indisociables de las formas locales de territorialidad y sus *lugares*. De hecho, plantearemos que ese espacio doméstico se constituye como una estrategia territorial. En el capítulo 7, **El pastoreo y los sistemas de asentamiento**, nos orientaremos en los sistemas de asentamiento pastoriles, particularmente el registrado en Susques, como la base que conforma un espacio doméstico complejo y diverso en su interior. Es decir, plantearemos que la suma de asentamientos dispersos entre el campo y el pueblo que cada *familia* posee y vive se constituye como un único espacio doméstico. En este análisis deberemos recuperar parte de lo revisado en los capítulos anteriores respecto al rol que juega la movilidad de las personas.

Si en el capítulo 7 nos ocupamos del espacio doméstico como totalidad, en el capítulo 8, ***Domicilio, estancias y casas en el pueblo***, consideraremos cada uno de los asentamientos desde sus propias características definitorias. Esto implicará pensarlo a cada uno simultáneamente como una parte dentro de la totalidad y como un totalidad en sí misma. Para el análisis de estos asentamientos consideraremos por un lado su configuración material en el tiempo dentro de un proceso de construcción permanente que nos llevará a su vez a tomar en cuenta la importancia de la noción nativa de *casa*. Al mismo tiempo, veremos cómo se dan determinados usos y vivencias en cada uno de estos asentamientos.

Finalmente, en el capítulo 9, **La producción de una espacialidad doméstica**, nos ocuparemos precisamente de cómo un espacio genérico e indiferenciado es constituido como doméstico a través de relaciones y prácticas rituales. Debemos entonces, por un lado, aproximarnos aún más a la construcción material del espacio de la *casa*, pero fundamentalmente a su dimensión simbólica y social. Veremos cómo ciertos rituales a lo largo de la construcción provocan transformaciones radicales en el espacio y, en paralelo, cómo la *casa* y la *familia* se definen mutuamente.

Cada una de las tres partes que componen la tesis, y los capítulos dentro de éstas, asumen determinados recortes de nuestro problema y a su vez determinados recortes del espacio. En este sentido, desde la suma de partes intentaremos reconstruir la espacialidad pastoril en Susques como una totalidad fragmentaria constituida por múltiples aristas y superposiciones muchas veces conflictivas. No nos interesa entonces presentar un escenario armónico donde se desenvuelven las personas sino más bien una situación de espacios en permanente construcción, y permanentemente constructores de realidades sociales, que son intrínsecamente múltiples y complejos.

Primera parte  
**Aproximaciones**

## Aproximaciones teóricas: Espacios, Territorios y Lugares

---

La espacialidad de la vida social ha sido históricamente un problema propio de la geografía y el esfuerzo ha estado puesto, en buena medida, en delimitar una noción de “espacio geográfico” (Ortega Valcárcel 2000). Una serie de conceptos se han forjado implicando distintas formas de aproximación al espacio. En paralelo, tanto al interior de la disciplina como por fuera, distintos autores han referido la existencia de un cierto “giro espacial” en las Ciencias Sociales (p.e. Warf y Arias 2009; Soja 2005). No casualmente en los últimos años se han publicado numerosos volúmenes orientados a una discusión fundamentalmente conceptual dentro de la Geografía Humana, especialmente en torno a la revisión de la idea de espacio y el reconocimiento de la heterogeneidad de la espacialidad humana (p.e. Agnew et al. 1996; Massey et al. 1999; Crang y Thrift 2000; Holloway et al. 2003; Hiernaux y Lindón 2006; Nogué y Romero 2006; Gregory et al. 2009). En este contexto, en las últimas décadas el espacio ha sido colocado en el centro de numerosas discusiones no sólo dentro de la geografía.

Como hemos ya indicado esta es una Tesis sobre la espacialidad de la vida social desde la mirada particular de los pobladores de Susques. Una pregunta posible a hacerse sería por qué es necesario/conveniente/significativo partir del espacio para indagar en la vida social. Nos permitimos recuperar lo dicho por Soja cuando sostuvo que el espacio “es una fuerza existencial vital que modela nuestras vidas, un aspecto influyente de todo lo que alguna vez fue, es, o será, un camino transdisciplinario de mirar e interpretar el mundo” (2009:11). El rol central que juega el espacio en la vida de las personas ha sido resaltado por diversos investigadores. En particular Milton Santos indicó al respecto que:

“El espacio es la materia trabajada por excelencia. Ninguno de los objetos sociales tiene una imposición tan grande sobre el hombre, ninguno está tan presente en lo cotidiano de los individuos. La casa, el lugar de trabajo, los puntos de encuentro, los caminos que unen esos puntos, son igualmente elementos pasivos que condicionan la actividad de los hombres y rigen la práctica social.” (1996: 28)

Entendemos que el espacio abre una puerta productiva para pensar en el modo en que las personas viven y ordenan su mundo. Es posible y enriquecedor entonces pensar, por ejemplo, en el pastoreo partiendo de la dinámica de los desplazamientos en el espacio.

La construcción de nuestro análisis girará en torno a cuatro categorías, Espacio, Territorio, Lugar y Espacio Doméstico, que intentaremos poner en relación y articular con las nociones propias de la espacialidad en Susques. A lo largo de la tesis intentaremos plantear un diálogo entre las categorías analíticas y las nociones nativas en la medida que las categorías analíticas nos permitirán aproximarnos a la significación de las definiciones nativas. En este sentido, las primeras tienen un carácter instrumental que por un lado es funcional a la interpretación de las lógicas locales de producción espacial y por el otro permiten la discusión comparativa entre casos. Este uso requiere contemplar que estas categorías tienen sus propias connotaciones y en general están imbuidas de los sentidos occidentales dados a las cosas. Las propias implicancias de estas categorías pueden invisibilizar ciertas aristas de las construcciones nativas al tiempo que se exacerban otras. La comprensión de las nociones nativas requiere que sean analizadas no en forma aislada sino más bien en el marco de la totalidad de la realidad social de las personas. El análisis de estas construcciones nativas, por otra parte, permite enriquecer y ampliar la capacidad explicativa de las categorías teóricas.

En todo caso, en tanto categorías analíticas, Espacio, Territorio, Lugar y Espacio doméstico dan cuenta de diferentes tipos de relaciones espaciales que pueden coexistir y modificarse a lo largo tiempo. Las cuatro, a través de su articulación, nos permitirán indagar en las particularidades del vínculo entre la sociedad y el espacio, en el que invariablemente se está poniendo en juego el conjunto cambiante de relaciones y prácticas de los actores. De acuerdo a ciertos enfoques, mientras que el territorio permite indagar en las estrategias de control, tanto material como simbólico, sobre recursos, objetos y personas, el lugar está asociado con la carga de significado que se le asigna a determinadas porciones del espacio. En ambos casos se trata de construcciones dinámicas en las que se superponen las acciones presentes y las pasadas. La puesta en juego de este conjunto de categorías espaciales diferentes nos permitirá aproximarnos a la complejidad y multiplicidad de la experiencia espacial de las personas.

### **Acerca del espacio**

Como ha ocurrido con muchos otros conceptos, la interpretación y uso de la noción de espacio dentro de la geografía se ha transformado drásticamente a lo largo del siglo XX y ha sido objeto de una permanente revisión. El modo en que el espacio es conceptualizado

no es ajeno de ninguna manera a la particular construcción política en la que se genera y a la que es funcional, en el marco de las relaciones entre geografía, conocimiento y poder (Johnston 2009). En este contexto, las relaciones entre teoría social y teoría espacial también son fundamentales y deben ser contempladas en el análisis y uso de los conceptos (Simonsen 1996). En este sentido, asumir al espacio como algo estable, previsible, unidimensional y preexistente tiene implicancias totalmente diferentes a las de un espacio que surge de la multiplicidad de trayectorias y actores, de un espacio abierto que surge de las relaciones y está en un permanente proceso de construcción. En este contexto, entendemos que es fundamental clarificar qué vamos a entender por espacio a partir de los posiciones de distintos autores, antes de referirnos a las definiciones de territorio o lugar que haremos operativas en nuestro análisis.

En buena medida, hasta ya avanzado el siglo XX, el espacio no había sido un campo de discusión significativo. El consenso general era que el espacio simplemente existía y era un elemento incuestionable y evidente, como un contenedor inalterable donde se situaban los objetos y los hechos ocurrían (Johnston 2009). De hecho, fue en la década de 1950, de la mano de la Geografía cuantitativa que este concepto comenzó a ser utilizado y discutido en el campo disciplinar. En el marco de la Geografía cuantitativa el espacio euclidiano tomó preeminencia siendo por definición “neutro, isomorfo, isótropo, infinito, uniforme” (Ortega Valcárcel 2000:342) La existencia de un espacio dado y homogéneo estaba relacionada con una concepción de la sociedad que se pretendía exenta de conflictos y dobleces, y que sostenía un único relato histórico posible<sup>1</sup>. Sobre un espacio plano, sin densidades, no existe un lugar para expresiones diversas de lo humano. Esta expresión del espacio existe por fuera de las personas, y, de hecho, existe aunque éstas no estén. En buena medida, contemporáneamente, el interés de las ciencias sociales estaba orientado a ubicar los hechos dentro de una línea de tiempo, con un esquema más o menos evolutivo, y no tanto en el espacio. En este sentido, en los análisis el espacio era más bien subsidiario del tiempo.

Es importante que nos detengamos en la conceptualización del espacio como naturaleza, o como la “materialidad del sustrato natural” (Ortega Valcárcel 2000:346). La noción de

---

<sup>1</sup> Si bien la idea de espacio relativo incorpora elementos como la distancia, los tiempos o costes como factor de fricción espacial, en esta perspectiva las acciones de los sujetos son de carácter económico y están orientadas por la búsqueda de mínimos costos y máximos beneficios.

“medio geográfico” ha dado cuenta dentro de la geografía moderna del “entorno o ambiente en el que se desenvuelven, por necesidad, los seres humanos, la sociedad humana” (Ortega Valcárcel 2000:346). A cada “medio” natural le correspondía un determinado tipo de organización social casi como una consecuencia necesaria. En este contexto es que Vidal de la Blache difundió la noción de “género de vida” para dar cuenta de las relaciones entre una “comunidad” con un cierto sistema agrícola y determinadas condiciones geográficas. Buena parte de los trabajos sobre la “vivienda” o la “habitación humana” generados desde la geografía en las primeras décadas del siglo XX partían de este supuesto. Se trataba de la “vivienda” como una consecuencia necesaria de un determinado “medio geográfico”. La “vivienda” era el resultado de ese tipo de vínculo que se expresaba, como veremos en el capítulo siguiente, a través de una serie de elementos: la configuración espacial como una respuesta a los agentes ambientales, el aprovechamiento de los materiales disponibles (que en las sociedades tradicionales da cuenta de una relación armónica) y el carácter de la distribución de las viviendas en este espacio natural.

### *El espacio como construcción social*

En la década de 1970 se planteó una reacción muy fuerte frente a la idea de un espacio abstracto y comenzó a sostenerse con énfasis una revisión de la relación entre la sociedad y el espacio. En buena medida con el aporte de la Teoría Social, el espacio empezó a ser considerado en el marco de una existencia espacial de la sociedad. Esto operó como una superación de su conceptualización como contenedor o como sustrato natural. Tal como planteó Santos, “la esencia del espacio es social” (1986). No casualmente, fueron contemporáneas las revisiones de las nociones de territorio y lugar a las que nos referiremos en los próximos puntos. En la búsqueda de un equilibrio entre espacio y sociedad, el primero dejó de ser lo determinante para convertirse en un “producto de”.

En particular la obra de Henri Lefebvre (1991 [1974]) generó importantes aproximaciones a un espacio socialmente definido, o una espacialidad social, que tenía su punto de partida en las relaciones y prácticas sociales, devenidas en espaciales, a través de las cuales ese espacio era “producido” (Simonsen 1996). Frente a un espacio dado, preexistente e inmanente, Lefebvre (1991 [1986]) planteó una sociedad que produce sus espacios, mediante su dominación y apropiación, y desde sus propias relaciones y categorías. De hecho, la construcción social del espacio evidenciaba que las distintas sociedades

construían y percibían concepciones muy específicas tanto del espacio como del tiempo (Harvey 1994). Al respecto, Harvey amplió su posición al decir que,

“la manera verdadera de construir el espacio y el tiempo es muy importante para mirar cómo nosotros, en nuestras circunstancias contemporáneas, estamos construyendo y sosteniendo ciertas nociones de espacio y de tiempo en detrimento de otras” (1994:2)

Una consecuencia fundamental fue que el “espacio social” ya no existía de hecho, sino que era producido y esto llevaba a tener que considerar los procesos a través de los cuales esto ocurría. El propio Harvey (1994), planteó cuatro proposiciones acerca de la construcción social del espacio que cabe recuperar. La primera se refería a que el espacio es una construcción social, pero eso no implica que sea una construcción enteramente subjetiva. En la práctica, para Harvey, lo que hacemos es “tomar un rasgo particular de ese mundo material y tratarlo como si esta fuera la forma de entender el espacio y el tiempo” (1994:3). La segunda era que esta elección es un “producto del mito y de la cultura, al mismo tiempo que está fuertemente vinculada con la manera en que una sociedad particular desarrolla su modo de vida en su ambiente natural” (1994:3). La tercera, en relación con las dos anteriores, era que la elección de una sociedad sobre su conceptualización del espacio y el tiempo “es fundamental para comprender cómo actúa toda la sociedad y, por lo tanto, cómo ella opera en relación con los individuos” (1994:3). Finalmente, la cuarta refería que el modo en que el espacio y el tiempo se determinan “está íntimamente vinculada a las estructuras de poder y a las relaciones sociales, a los particulares modos de producción y consumo que existen en una sociedad dada” (1994:3). De acuerdo al propio Harvey (1994), las sociedades tienen a estabilizar, o naturalizar, determinadas construcciones del espacio, que de todas maneras se modifican en conjunto con la configuración de las sociedades mismas. Esto lleva a que se deba tener en cuenta en los análisis las diferentes formaciones históricas y cómo se dan los cambios.

### *Una aproximación relacional*

Aunque constituyó una reflexión muy importante frente a la consideración del espacio como algo que simplemente existía, la visión que tendía a convertirlo simplemente en un producto de la estructura social motivó reacciones muy importantes en el seno de la geografía (Nogué 1989). Este enfoque implicaba que el espacio dejaba de ser un actor trascendente en la construcción de lo social para volverse un simple reflejo. Un actor sin texto en el relato de la vida de las personas. De acuerdo a Nogué, el espacio como producto social, quedaba convertido en “una especie de amorfo contenedor donde se dan cita

procesos sociales diversos” (1989:66). Al respecto es interesante recuperar lo observado por Massey,

“El hecho de que los procesos tengan lugar en el espacio, los fenómenos de distancia y proximidad, de variación geográfica entre áreas, el carácter individual y el significado específico de los lugares y de las regiones, todo ello está presente en los propios procesos sociales. De la misma manera que no existen procesos puramente espaciales, tampoco existen procesos sociales no espaciales. La geografía, en el sentido más amplio de la palabra, no sólo implica distancia espacial, sino también diferenciación física, de terreno, vegetación, clima. Estos elementos y variaciones físicas son importantes. Su impacto, uso y significado se construirán, sin duda, socialmente, pero se construirán *sobre algo*” (1984:52. Traducción propia)

Los esfuerzos contemporáneos de distintos autores tendieron a revalorizar el lugar del espacio, el “sobre algo” de Massey, en las interpretaciones de los procesos sociales. Su consideración como “un agente activo en la producción y reproducción de relaciones sociales” (Nogué 1989:70). En este contexto de reivindicación del rol del espacio, y por ende de la geografía en las discusiones de las ciencias sociales, es interesante detenerse en el planteo de Doreen Massey (2005) respecto a la definición de espacio. Ella planteó su aproximación al espacio a partir de tres propuestas que son importantes a los efectos de esta tesis. La primera era que reconocía al espacio “como un producto de inter-relaciones, como siendo constituido a través de interacciones” (2005:29). La segunda, conectada con la anterior, era que el espacio debía ser pensado como la “esfera de la posibilidad de existencia de la multiplicidad (...) como una esfera en la que distintas trayectorias coexisten, como una esfera, por lo tanto de coexistencia de la heterogeneidad” (2005:29). Finalmente, la tercera, se refería a la necesidad de entender al espacio como permanentemente en construcción, siempre inacabado, en proceso de hacerse como tal.

Las tres propuestas de Massey, estaban íntimamente vinculadas entre sí y se orientaban hacia la concepción de un espacio no esencializado, múltiple y fundamentalmente dinámico. El dinamismo de ese espacio estaba asociado por otra parte con su incompletitud, un proyecto en construcción cuyo futuro está abierto y en el presente es una expresión de lo que denominó “historias-hasta-ahora”. Frente a la unidimensional, que implicaba un relato único, Massey (2005) insistió en un espacio constituido por diferentes historias e identidades múltiples en permanente construcción. Identidades múltiples que producen y son producto de sus espacios, “el espacio no existe antes de las identidades/entidades y de sus relaciones” (2005:30). En este punto se afianza una de sus críticas más fuertes hacia la pretensión de autenticidad basada en una identidad inmutable.

## **El espacio hecho territorio**

Si bien el territorio no fue tradicionalmente la categoría más utilizada, en comparación con espacio o región (Benedetti 2005), también es cierto que en los últimos años se ha vuelto excluyente tanto en la Geografía como en otras disciplinas e, incluso, en la acción y reivindicaciones de, por ejemplo, numerosas Organizaciones Sociales o Comunidades Aborígenes. Hablar de territorio pareciera que vincula aquello que se reclama con un área más o menos definible, y con la posibilidad de ejercer un control, sostener determinados derechos sobre ésta y usufructuar ciertos recursos.

En todo caso, tal como ha observado Reboratti (2008), más allá de la extensión en su uso, la definición de territorio se da, muchas veces, por sobreentendida. Es una de esas nociones que, más allá de las discusiones específicas sobre sus implicancias, se usa habitualmente suponiendo que todos sabemos qué significa. En particular, el territorio como concepto ha sufrido una notable migración entre disciplinas, proceso en el cual ha sufrido también transformaciones en su contenido. (Reboratti 2008). En este sentido, existen tantas definiciones de territorio como disciplinas que están relacionadas (Corboz 2001) e incluso dentro de la propia geografía conviven distintas perspectivas.

La noción de territorio fue generada a fines del XIX en el ámbito de la geografía política (Reboratti 2008) y ya en ese momento estaban presentes dos cuestiones que aún hoy son intrínsecas a este concepto: la definición de un área concreta y de alguien que pretende ejercer un cierto control sobre ésta. En este sentido, el ejercicio de algún tipo de poder es indisoluble de la noción de territorio (Raffestin 1993). Sin embargo, la definición se ha ido transformando en torno a quién ejerce ese poder y cuáles son los mecanismos que utiliza. Desde su definición clásica, el territorio fue “concebido como un escenario estático que existe con independencia del cambio social” (Benedetti 2005:74). En términos generales estuvo ligado a la existencia y el sostenimiento de la jurisdicción de un determinado Estado Nacional. Hablar de territorio implicaba entonces referirse exclusivamente al territorio de un Estado y sus específicas estrategias de control sobre esa jurisdicción.

A partir de las discusiones posteriores, la noción de territorio comenzó a ampliarse y a incorporar diferentes formas de poder y la acción tanto de los grupos hegemónicos, por ejemplo el Estado, como de los subalternos. Tal como observó Haesbaert, el territorio:

“tiene que ver con el poder, pero no sólo el tradicional ‘poder político’. Habla respecto tanto al poder político en el sentido más concreto, de dominación, cuanto al poder en el sentido más simbólico, de apropiación” (2005:6774. Traducción propia)

Aquí está presente una distinción importante que planteó Haesbaert entre dominación y apropiación, la primera más vinculada con la acción material de control del espacio que sería más propia del Estado; y una apropiación ubicada en un nivel más simbólico que el autor asocia a lo que denomina las “sociedades tradicionales”. Más allá de esta polarización, el propio Haesbaert (2005) observó que todo territorio es funcional y simbólico básicamente porque ejercemos dominio sobre el espacio tanto para realizar “funciones” como para producir “significados”. También el Estado encara estrategias de apropiación simbólica tanto como las “sociedades tradicionales” realizan prácticas de dominación material y efectiva. Tal es así que,

“Las sociedades tradicionales conjugaban una construcción material (‘funcional’) del territorio como abrigo y base de ‘recursos’ con una profunda identificación que llenaban el espacio de referentes simbólicos fundamentales para la manutención de su cultura” (Haesbaert 2005:6778. Traducción propia)

Entendemos que es importante tener en cuenta al menos dos cuestiones presentes en la definición de territorio propuesta por Haesbaert. La primera es que el ejercicio del poder que va construyendo un territorio puede surgir de diferentes actores y de hecho sus acciones pueden superponerse en un mismo espacio. Frente a las miradas más clásicas, la noción de territorio comenzó a dar cuenta de la existencia de conflictos entre actores con diferentes intereses y que era una arena de disputas entre distintos grupos que pugnaban por su control.

La segunda cuestión es que la construcción de un territorio puede realizarse a través de acciones de diferente tenor. Intentaremos mostrar a través del caso de Susques cómo las distintas unidades domésticas construyen su propio territorio de pastoreo tanto cuando lo recorren cotidianamente usufructuando los recursos disponibles y lo delimitan a través de mojones como cuando lo celebran y rememoran en distintas instancias rituales a lo largo del año. Es en el conjunto complejo de acciones materiales y simbólicas que el espacio deviene en territorio. Esto implica que los objetivos del control sobre un territorio también

pueden ser diferentes. La territorialidad no es sólo un medio para crear y mantener un orden, sino que es una estrategia para crear y mantener gran parte del contexto geográfico a través del cual experimentamos el mundo y lo dotamos de un significado.

### *El territorio como práctica: la territorialidad*

Raffestin, un autor clave en la redefinición del territorio, ha insistido en la diferencia entre espacio y territorio al observar que “evidentemente, el territorio se apoya en el espacio, pero no es el espacio. Es una producción, a partir del espacio” (1993:144). En este sentido, el espacio es **anterior** al territorio que se forma a través de las acciones de los actores que se apropian de éste tanto concreta como abstractamente (Raffestin 1993). De esta manera, el espacio deviene en territorio. En palabras del autor, “el actor ‘territorializa’ el espacio” (1993:143).

El territorio se constituye entonces como un espacio-proceso (Haesbaert 2005). Es un espacio trabajado, un espacio hecho territorio a través de los procesos de apropiación y de dominación. Corboz (2001) ha caracterizado al territorio desde una triple condición de “producto”, “artefacto” y “proyecto”. De acuerdo a este autor, es “producto” en tanto es el resultado de una construcción, es un “artefacto”, sostiene, que resulta de las acciones de los habitantes; al mismo tiempo es “proyecto” puesto que no existe sin ser imaginado y pensado. La noción de territorio no es objetiva ni es un dato, “es el resultado de diversos procesos” (Corboz 2001:19).

En este sentido, no existe el territorio como un *a priori* de las prácticas y relaciones sociales que lo constituyen como tal. Tal como observó Santos, “el territorio son formas, pero el territorio usado son objetos y acciones, sinónimo de espacio humano, espacio habitado” (2005 [1994]:255). Esto nos impone la necesidad de pensar en el territorio como el resultado dinámico, siempre inacabado, de distintas acciones y estrategias. Esto nos aproxima a la noción de territorialidad. Una de las primeras definiciones acuñadas fue la de Soja, que observó que la territorialidad,

“Es un fenómeno de comportamiento asociado con la organización del espacio en esferas de influencia y territorios claramente demarcados que hechos distintivos y considerados al menos parcialmente exclusivos por sus ocupantes o quienes los definen. Su manifestación geográfica más obvia es un patrón de relaciones espaciales identificable que resulta en el confinamiento de ciertas actividades en áreas particulares y la exclusión de ciertas categorías de individuos del espacio de los individuos o grupos territoriales” (1971:19)

Y un poco más adelante,

“El hombre es un animal territorial y la territorialidad afecta el comportamiento humano en todas las escalas de la actividad social” (1971:19. Traducción propia)

De acuerdo a la definición ya clásica de Sack, la territorialidad puede ser definida como

“el intento de un individuo o grupo de afectar, influenciar, o controlar personas, fenómenos, y relaciones, delimitando y afirmando un control sobre un área geográfica. Esta área será el territorio” (1986:19. Traducción propia)

La noción de territorialidad humana es fundamental para poner en evidencia el hecho que el territorio no es un dato sino que es, como señalaremos, un producto de la acción humana y es, en este sentido, más o menos intencionada. La territorialidad está “íntimamente ligada con el modo como las personas utilizan la tierra, como se organizan en el espacio y como ellas le dan significado al lugar” (Haesbaert 2005:6776). Sea en forma individual o como parte de un grupo, las personas diseñan estrategias tendientes a mantener o crear el control sobre una cierta área geográfica. Al hablar de territorialidad se nos impone la necesidad de pensar no sólo en el territorio como un producto poseedor de una determinada forma y características internas sino también en las prácticas que hacen a la territorialización del espacio. No podemos dejar de señalar que aquello que se entiende por control sobre un área es relativo a las diferentes sociedades, tanto como son diferenciales las acciones necesarias para lograrlo. En este sentido, las relaciones entre el espacio sujeto a control y la sociedad son cambiantes y están encuadradas en un determinado modo de entender el mundo.

Sack (1986) ha definido tres relaciones interdependientes que están contenidas en la definición de territorialidad: clasificación, comunicación y control. Respecto a la primera, sostuvo que la territorialidad implica necesariamente alguna forma de clasificación por área. Esta clasificación implica la determinación de qué está sujeto a control y qué no, y quién puede acceder en mayor o menor medida y quién no. Con la segunda se refirió a que la territorialidad debe contener alguna forma de comunicación. Los límites del espacio sujeto a control deben ser comunicados y por ende reconocidos por terceros: “un límite territorial puede ser la única forma simbólica que combina una afirmación en dirección al espacio y una afirmación sobre la posesión o exclusión” (1986:21). Ese límite puede estar señalado por una marca, gestos u otro tipo de representación que sea socialmente reconocido. Finalmente, la territorialidad involucra el control sobre una determinada área,

el territorio, que restringe o habilita el acceso a ésta y las cosas allí contenidas. Dependiendo de las circunstancias, “las transgresiones a la territorialidad serán castigadas” (1986:22).

De acuerdo a Haesbaert (2005) serían cuatro los objetivos principales de la territorialidad: el abrigo físico y la obtención de fuentes de recursos; la identificación y simbolización de los grupos a través de referentes espaciales; el disciplinamiento o control a través del espacio; la construcción o control de conexiones, redes o flujos de personas, mercaderías e información. La valorización de cada uno de estos objetivos, cuáles son más prioritarios que otros, está en relación con el tipo de objetivos y de la construcción espacial que una determinada sociedad realiza en un momento particular. Las prioridades pueden ser diferentes y muchos conflictos territoriales actuales, por ejemplo los relacionados con las explotaciones mineras, son un testimonio de estas diferencias de intereses superpuestos.

La acción efectiva de control sobre el territorio no es homogénea sino que reconoce diferentes niveles de intensidad. Sack (1983) refirió como ejemplo que una cárcel de máxima seguridad es mucho más territorial que una casa. A partir de esto sostuvo que existen grados de territorialización. Entendemos que incluso dentro de una misma área pueden existir sectores donde las estrategias de control son más efectivas y las restricciones mayores, seguramente en relación con una mayor o menor valoración sobre un determinado sector, o los recursos u objetos contenidos en éste<sup>2</sup>. Lo interesante de esto es que las valoraciones sobre determinados recursos pueden variar, y contraponerse, entre los actores.

La relación entre el territorio y la sociedad que lo produce no es estática sino que las territorialidades se transforman constantemente. Esto nos aproxima a la dimensión temporal del territorio. En este sentido, “las organizaciones espaciales y los significados del espacio tienen historias y también las tienen los usos territoriales del espacio; las tres historias están interrelacionadas” (Sack 1986:26). Estas diferentes historias se superponen y acumulan en el espacio dando cuenta de las continuidades y las rupturas. Como observó Corboz, “el territorio, lleno de huellas y de lecturas forzadas, se parece más bien a un palimpsesto” (2001:35). En este sentido, las marcas en el territorio, que hablan de las

---

<sup>2</sup> A su vez, Sack sostuvo que las territorialidades pueden ser activadas o desactivadas a lo largo del tiempo.

territorialidades de los grupos sociales, se constituyen a su vez como un relato de los procesos. De hecho, el territorio, más bien los territorios, se constituyen como tal desde la suma de tiempos. Se podría decir que el territorio no se crea sino más bien se recrea constantemente. Tal como observó Reboratti,

“Cuando de alguna manera se define un territorio, se lo hace sobre un área que no está vacía de elementos. Lo que algunos llaman la ‘construcción’ del territorio no es una edificación que parte de 0, sino que en ese espacio concreto se mezclan elementos específicamente naturales y otros que son el producto de la actividad humana. Este conjunto complejo es el producto de la interacción entre la sociedad y su ambiente a lo largo de muchos años, y resulta de una superposición de rasgos propios de diferentes momentos” (2008:12)

El territorio se conforma sobre la base de territorios existentes que han dejado sus marcas a lo largo del tiempo. La constitución de los territorios, como sostuvo Reboratti, no se hace desde cero sino que, de alguna manera, se parte de la herencia de lo preexistente. Las conformaciones, los objetos e incluso las personas y sus memorias atraviesan los tiempos. El territorio entonces es el resultado de las acciones concretas y presentes pero también de las prácticas y relaciones sociales pasadas. Es en este sentido que el territorio puede ser pensado como un palimpsesto en el que se superponen momentos y acciones tanto de tiempos diferentes como simultáneos. De las simultaneidades, de las distintas territorialidades que coexisten en el tiempo y espacio, nos ocuparemos en el próximo punto.

### *Multiterritorialidades*

Como hemos dicho, en la visión más clásica, el territorio estaba asociado con algunos atributos más o menos constantes: una existencia más bien estable y eterna (casi intemporal), límites claros y precisos, una cierta homogeneidad hacia el interior y la presencia de un único actor que ejercía el poder, en términos generales el Estado. De esta manera, desde una mirada unidimensional, el territorio participaba de la conformación de la “comunidad imaginada”, en términos de Anderson (1983), que quedaba expresada, y encerrada, en los límites de un territorio coherente y homogéneo. La estabilidad de este, por qué no, “territorio imaginado” se expresa notablemente en la cartografía de una nación que se graba como una imagen eterna en sus ciudadanos e invisibiliza las múltiples transformaciones y sus procesos. Como observó Corboz, “el mapa es más puro que el territorio, porque obedece al príncipe” (2001:27). El trazo duro de las fronteras dibujadas

en el mapa enfatiza un adentro y un afuera, y construye un interior con una población homogénea y un control efectivo y constante a lo largo de todo el territorio.

Las revisitas sobre el concepto de territorio, y la mirada sobre la territorialidad que implicaba un énfasis en la idea de acción y proceso, a partir de la década de 1970 han puesto en juego la existencia de diferentes territorialidades que se superponen, más o menos conflictivamente (p.e. Soja 1971; Raffestin 1993 [1980]; Santos 2005 [1994]; Sack 1986; Haesbaert 2005; entre otros). Tal como indicó Haesbaert,

“Es interesante observar que, en cuanto ‘espacio-tiempo vivido’, el territorio es siempre múltiple, ‘diverso y complejo’, al contrario del territorio ‘unifuncional’ propuesto por la lógica capitalista hegemónica” (2005:6775. Traducción propia)

El propio Haesbaert (2004), sostuvo que en lugar de un proceso desterritorialización, que implicaría la desaparición de los territorios y de la identificación territorial de la sociedad en el mundo contemporáneo, lo que debería observarse son los numerosos procesos simultáneos de desterritorialización y reterritorialización. Ello implica que estamos “construyendo territorios mucho más múltiples o, en forma más adecuada, volviendo mucho más compleja nuestra multiterritorialidad” (Haesbaert 2005:6774). La multiterritorialidad entonces es una alternativa frente a lo que llamó “el mito de la desterritorialización” planteando la posibilidad de que diferentes territorialidades, asociadas con nuevas construcciones identitarias, se superpongan en el espacio. En este sentido, a partir de las acciones del Estado tendientes a romper la correspondencia de los grupos pastoriles con su territorio (por ejemplo la urbanización forzada de la población), no surge el vacío sino más bien reterritorializaciones con nuevas integraciones más complejas que implican distintas pertenencias simultáneas de los actores en un marco que puede incluir el conflicto. Probablemente no podamos hablar más de una “territorialidad pastoril pura y homogénea”, si es que alguna vez existió tal cosa, sino más bien de pastores que juegan con diferentes territorialidades que se solapan y entre las que la “pastoril” o la “estatal” solo dos ejemplos.

Efectivamente, en la lógica diversa de la complejidad de intereses y dinámicas superpuestas, los mismos actores pueden participar de diferentes construcciones territoriales sobre un mismo espacio y pueden coexistir diferentes territorialidades con diferentes acciones en tiempos también distintos. En definitiva se trata del experimentar diversos territorios, y distintas temporalidades, simultáneamente. Lo que existe es una

combinación de tiempos espaciales en la multiterritorialidad, o múltiples territorialidades acumuladas desigualmente a lo largo del tiempo (Santos 1978). La multiterritorialidad implica aproximarse a la manifestación de distintos actores y poderes, y a la existencia de territorios, de distintas escalas y dimensiones, que se superponen y están jerárquicamente articulados (Haesbaert 2005). Estos territorios pueden estar yuxtapuestos o solapados y mantener su individualidad como parte de un todo.

Haesbaert (2005) ha propuesto una diferenciación importante entre lo que son los territorios-zona y los territorios-red. Los primeros, que observó como los más tradicionales y propios del Estado, están asociados con el control sobre una determinada área. Los territorios red, con sus nodos y ductos, implican un control de, y a través de, la movilidad de personas, mercaderías e información. Si bien están planteados en una cierta oposición, el propio Haesbaert observó que los territorios-zona y los territorios-red se interpenetran y se mezclan planteando una compleja superposición. De hecho, todo territorio-red surge de la conexión, en otra escala, de territorios-zona discontiguos. En relación con esto, cabe observar que la multiterritorialidad, es decir la convivencia y experiencia múltiple de la territorialidad, puede tener un carácter contiguo o discontiguo, en tanto puede ser el resultado de distintos territorios-zona que se superponen en un mismo espacio, lo que Haesbaert llama “múltiples territorios”, o de distintos territorios-zona, distantes, conectados y conformando territorios-red, que sería la multiterritorialidad estricta. El resultado puede ser, entonces, una multiterritorialidad “zonal” o una multiterritorialidad “reticular” (Haesbaert 2005:6789).

Esto está íntimamente relacionado con el hecho de que la multiplicidad de experiencias territoriales puede estar asociada también al ejercicio de poder en diferentes escalas. En este sentido,

“El territorio, como espacio dominado y/o apropiado, manifiesta hoy un sentido multiescalar y multidimensional que sólo puede ser debidamente aprehendido dentro de una concepción de multiplicidad, de una multiterritorialidad” (Haesbaert 2005:6790).

La cuestión de la escala es un tema de discusión en sí mismo y debemos realizar alguna consideración al respecto antes de avanzar sobre la multiescalaridad. De acuerdo a Herod (2003), serían dos los principales enfoques geográficos en torno a la definición de escala, uno idealista y otro materialista. En el primero se considera que las escalas son “dispositivos mentales para circunscribir y ordenar procesos y prácticas tal que puedan ser

distinguidas y separadas unas de otras” (2003:231. Traducción propia). Es decir, que las escalas serían herramientas metodológicas útiles para distinguir y pensar determinados procesos definiéndolos sea como locales, regionales, nacionales o globales<sup>3</sup>. La segunda postura, más cercana a nuestros intereses, entiende que las escalas son “producidas socialmente a través de procesos de lucha y compromiso” (2003:231). De alguna manera, las escalas no son simplemente una idea sino que son socialmente construidas. Una escala regional, por ejemplo, no sería sólo un recorte lógico sino que es el producto de determinadas prácticas y relaciones existentes que la crean como tal. En todo caso, entender que las escalas son productos sociales no pareciera ser incompatible con sostener que también existe una dimensión en la que la escala es un dispositivo usado por el investigador para describir esa realidad.

En este sentido, en un contexto de multiterritorialidad, ciertas prácticas podrían colaborar en la construcción de diferentes escalas, y distintas prácticas propias de territorialidades diversas se corresponderían a su vez con escalas diferentes. Adelantando lo que desarrollaremos luego, si nos detenemos en una pastora que se sube a un camión internacional, que pasa por Susques camino a Paraguay, como manera de llegar a su campo para cuidar el rebaño, podemos reconocer que está actuando al menos en tres escalas diferentes y simultáneas: una familiar asociada con el pastoreo, otra local propia de la relación entre el pueblo y el campo y finalmente una transnacional asociada al corredor bioceánico como vía de comunicación. Siguiendo en esta línea, Haesbaert sostuvo que la “multiescalaridad” de las prácticas, recuperando a Lacoste, “implica la vivencia de múltiples ‘papeles’ que ‘se inscriben cada uno en migajas de espacio’, discontinuo, multiescalar” (1988, en: Haesbaert 2005:6784). Las representaciones del espacio de escalas diversas pueden incluir movidades más restringidas al nivel de la casa o el barrio hasta la nacional o mundial.

### **El sentido de los lugares**

La categoría lugar ha tenido su propia discusión en el contexto de la geografía y ha sido objeto de interpretaciones disímiles, probablemente incluso más que territorio. Tal como observó Nogué (1989), la categoría lugar, comenzó a ser reconocida fundamentalmente a

---

<sup>3</sup> Cercano a esta posición pareciera estar el planteo de Reboratti cuando sostiene que la escala es un “instrumento conceptual, metodológico y técnico necesario para alcanzar la necesaria interpelación entre objeto y observador” (2001:80-81).

partir de la década de 1970, no casualmente en paralelo a la revisión de la de territorio. Frente a las interpretaciones que sólo miraban al espacio como una abstracción, libre de significado, sólo geoméricamente mensurable y sin contenido social, el lugar implicó una aproximación vivencial al espacio. El espacio se convirtió entonces “en un hervidero de lugares ‘vivididos’, llenos de significado para el ser humano” (Nogué 1989:68). Fueron los geógrafos humanistas de raíz fenomenológica quienes, en una reacción a la abstracción de las perspectivas más cuantitativas, comenzaron a mirar las formas subjetivas de la espacialidad humana. En este sentido, un aspecto fundamental fue la consideración de que no existe una sola forma sino más bien concepciones y actitudes diferenciales de los sujetos frente al espacio.

Las definiciones contemporáneas habituales sobre el lugar giran en torno a la cercanía, lo familiar o lo afectivo aunque los autores no puedan ser necesariamente asociados con un planteo humanista o fenomenológico, lo que nos muestra cómo se ha extendido esta aproximación<sup>4</sup>. De acuerdo, por ejemplo, a Corboz,

“Un ‘lugar’ no es un dato, sino el resultado de una acumulación de elementos. En las regiones en que el hombre se ha instalado desde hace muchas generaciones, desde hace milenios con mayor razón, todos los accidentes del terreno tienen un significado” (Corboz 2001:35)

Mientras que Ortiz, asociando el lugar con lo local, observó que,

“El ‘lugar’ posee un contorno preciso, al punto de tornarse una baliza territorial para los hábitos cotidianos; así, se confunde con lo que nos circunda, está ‘realmente presente’ en nuestras vidas. Nos reconforta con su proximidad, nos acoge con su familiaridad. Tal vez por eso, por el contraste en relación con lo distante, con lo que se encuentra apartado, lo asociamos casi naturalmente con la idea de ‘auténtico’” (Ortiz 1996:56)

Veremos luego que la asociación del lugar con la idea de lo auténtico ha sido objeto de algunas de las principales críticas. De acuerdo al propio Nogué, mientras que el espacio tiene un carácter más abstracto,

“El lugar es concebido como un área limitada, como una porción concreta del espacio con una gran carga simbólica y afectiva. Los lugares dan carácter al espacio y encarnan las experiencias y las aspiraciones de los individuos, ya sea individual o colectivamente” (1989:69)

---

<sup>4</sup> Al respecto, Nogué ha dicho que “la reflexión humanista sobre los conceptos de espacio y de lugar ha trascendido los límites de la geografía humanista para ser incorporada, total o parcialmente, por otras perspectivas metodológicas” (1989:69)

Por su parte, Holzer propuso que

“se defina al lugar siempre como un centro de significados y, por extensión, un fuerte elemento de comunicación, de lenguaje, pero que nunca sea reducido a un símbolo desprovisto de su esencia espacial, sin el cual se torna en otra cosa, para la cual la palabra ‘lugar’ es, como mínimo, inadecuada” (Holzer 1999:76)

En estas definiciones, elegidas más o menos arbitrariamente, se hacen presentes algunos de los elementos intrínsecos a la definición de lugar. En primera instancia, la consideración del lugar como un espacio apropiado, en el sentido de que es cargado de significaciones profundas por un determinado grupo social y que contribuye a su conformación como tal. En paralelo, debemos considerar el hecho que el lugar tiene una “esencia espacial”, tal como planteó Holzer. La significación del lugar se orienta hacia un espacio que está materialmente definido. El lugar, por otra parte, pareciera tener una delimitación más o menos precisa. En términos generales, el lugar se constituyó como una categoría útil para pensar las relaciones entre determinadas prácticas y formas de organizar el mundo con determinadas áreas geográficas específicas, con un enfoque diferente al que provee territorio.

### *El lugar como condensación de sentidos*

Efectivamente desde mediados de los setenta, a partir de la geografía humanista de raíz fenomenológica, las miradas comenzaron a orientarse al mundo vivido, y particularmente al lugar (Barros 2001). Desde esta visión, “el lugar es centro de significado y foco de vinculación emocional para las personas, a la vez que puede ser identificado con un área delimitada y discreta de la superficie terrestre” (Barros 2001:84). El lugar, en este enfoque, tiene asociada una gran carga afectiva y se convierte en una especie de núcleo condensador de los significados y sentidos fundamentales del grupo. Frente a un espacio abstracto, “a medida que un espacio concreto se carga de significados y valores específicos, se va convirtiendo en un lugar” (Barros 2001:84).

Al respecto, Tuan, uno de los máximos exponentes del enfoque fenomenológico, observó que,

“todos los lugares son pequeños mundos: el sentido del mundo, entonces, puede ser encontrado explícitamente en el arte pero lo que red intangible de las relaciones humanas. Los lugares pueden ser símbolos públicos [*public symbols*] o campos de preocupación [*fields of care*], pero el poder de los símbolos para crear lugares depende, en última instancia, de las emociones humanas que vibran en nuestros campos de preocupación” (1996 [1974]:421. Traducción propia)

En este sentido, el lugar condensaría la esencia del modo en que un determinado grupo social piensa su mundo. El lugar es un foco de sentido y de esta manera el contenido de los lugares es el mismo contenido del mundo. Tal que, el lugar encarna las experiencias y aspiraciones de las personas (Tuan 1996). De acuerdo al propio Tuan, para la creación de este sentido de pertenencia y ligazón afectiva es necesaria una presencia constante durante mucho tiempo y un fuerte involucramiento emocional. Tal como lo indicamos al referirnos a la territorialidad, el tipo de vínculos, y cómo se generan, que se dan entre los lugares y las personas surge del modo en que una sociedad experimenta el mundo. Pensar y reconocer el sentido de los lugares requiere adentrarse en esa experiencia.

Según Holzer (1999), fueron dos las características de los lugares que fueron remarcadas por los autores vinculados a la fenomenología: la identidad y la estabilidad. Mientras que la identidad se referiría al “espíritu, al sentido, al genio del lugar” (1999:72), la estabilidad, al igual que la convivencia temporal prolongada, se orientaba a que, de alguna manera, el lugar representa una “suspensión” del tiempo cotidiano; o, en palabras de Tuan (1996), el lugar “es una pausa en el movimiento”. En particular, el “sentido de lugar” (“sense of place”) es fundamental en una lectura fenomenológica.

### *Desde la práctica*

La lectura fenomenológica del lugar, aunque retomada en muchos aspectos, también ha sido objeto de críticas importantes. De acuerdo a Barros, distintos autores han querido superar “la visión reaccionaria de quienes observan en él una especie de refugio a la inseguridad que provoca el proceso de comprensión espacio-temporal, en la medida en que aquél se constituiría en sede de identidad no problemática y de estabilidad” (2000:88). Efectivamente, el lugar, en ciertas definiciones, quedaba convertido en una suerte de espacio estático y preservado, fuera del tiempo. Recordemos la cita de Tuan (1996) respecto al lugar como una pausa. Frente al embate de la modernidad, y sus no-lugares, el lugar era una fuente de sentimientos auténticos y eje de identidad para los grupos sociales. La idea de autenticidad implicaba inevitablemente una cierta inmovilidad. Por otra parte, los lugares, serían dadores de un sentido que le es propio e intrínseco a su condición como tales. Por momentos, pareciera que los lugares simplemente existen, incluso antes de las personas que le dan significado.

Frente a esta visión, y sin embargo recuperando al lugar como una porción del espacio con vínculos particulares con las personas, autores como Massey (1984) han planteado alternativas que buscaban reconocer que la identidad de los lugares era dinámica, problemática y cambiante. Pero además, existía dentro de “un proceso producido dentro de una constelación de relaciones que involucran al lugar en sus relaciones con el afuera” (Barros 2000:88). El lugar, entonces, ya no es un ámbito geográfico aislado y circunscrito a su propia historia.

Al respecto, Barros ha observado que,

“La perspectiva de Massey posee varias ventajas: permite la superación del inmovilismo con que se identifica habitualmente a los lugares, no necesita del establecimiento de fronteras precisas para la identificación de los mismos (los lugares podrían, en parte, superponerse o estar formados por áreas no necesariamente contiguas), considera la posibilidad de conflictos en el interior de los lugares (la identidad no es necesariamente única ni armónica) y concibe a la identidad como factible de reproducirse y modificarse a partir de diferentes fuentes” (2000:88)

Los enfoques vinculados con la teoría de la estructuración, han puesto su atención en los procesos a través de los cuales determinados espacios se constituyen como lugares. En este sentido, han surgido las preguntas respecto a cuáles son las prácticas sociales, cotidianas o extraordinarias, que los actores realizan en torno a los lugares. Desde esta perspectiva, los lugares son construidos y cargados de significación por los actores a través de sus prácticas, tanto como los lugares son productores de significados y prácticas. La significación de un lugar no es única, ni tampoco es inmanente, sino que es recreada constantemente en la vivencia. Sin embargo, tampoco surge ex novo, sino que se asienta y edifica sobre los sentidos pasados, a veces contradictorios, asociados con áreas particulares del espacio.

Estos enfoques han contribuido a romper con la consideración del lugar como un espacio homogéneo, armónico y estable. Esta mirada, como observó Barros (2000) estaba vinculada con la definición de una “comunidad” también pretendidamente homogénea, y del lugar como su correlato espacial. En el marco de la heterogeneidad, la diversidad de intereses e incluso el conflicto, también pueden crearse lugares que, lejos de mantener cualidades estáticas son permanentemente recreados y cargados de nuevas significaciones.

Algunas ideas sobre el lugar lo han vinculado con el apego a lo autóctono y de alguna manera asociado con las “tradiciones” entendidas como algo inmóvil. Al respecto sería interesante desplazarnos y revisar las implicancias de las tradiciones, lo que a su vez puede ayudarnos a repensar el lugar. De acuerdo a Gadamer, la tradición no es un “dato histórico”, como podría haberla visto el romanticismo, es decir, no es un algo que quedó en el pasado y que deberíamos ir a recuperarlo. Se trata más bien de algo vital y de lo que formamos parte, estamos siempre inmersos en las tradiciones. Nuestras prácticas están arraigadas en tradiciones:

“las costumbres se adoptan libremente, pero ni se crean por libre determinación ni su validez se fundamenta en ésta. Es esto que se llama tradición: el fundamento de su validez” (1991:348).

La tradición es vista por Gadamer como algo dinámico que “precisa ser afirmado, asumido y cultivado”. La tradición se transforma permanentemente y a su paso, nosotros nos transformamos al paso de la tradición. En el contexto de las situaciones de cambio “se conserva más de lo que parece, que se integra con lo nuevo en una nueva forma de validez” (1991:350). El lugar, entonces, puede ser pensado desde la afirmación y recreación de los diversos sentidos existentes. Pensar al lugar como un centro de significados que opera reafirmando determinadas construcciones identitarias y actúa como referente espacial, no significa necesariamente que deba quedar inmóvil. Tomando lo dicho por Gadamer, podríamos sostener que transformamos los lugares constantemente y nosotros nos transformamos con los lugares.

### **El espacio doméstico o la domesticación del espacio**

Los estudios sobre el espacio doméstico, el hogar, la casa, la vivienda o la habitación, aunque todas estas nociones no signifiquen lo mismo, han recobrado una notable vitalidad en los últimos años, luego de un largo período de desinterés. Desde distintas ramas de las Ciencias Sociales, particularmente geografía y antropología, se han generado diferentes trabajos específicos y aproximaciones significativas. El espacio doméstico ha sido de hecho un campo de estudios absolutamente fértil a las investigaciones interdisciplinarias. Como plantearemos en el capítulo 2, la vocación interdisciplinaria de los estudios sobre el espacio doméstico no sólo actual sino históricamente es posible reconocer cruces de diferentes perspectivas.

Un primer punto que debemos esclarecer es por qué recurrimos a la noción de espacio doméstico y no a otras categorías habitualmente usadas dentro de las tradiciones de los estudios como vivienda, casa u hogar. Podemos esbozar dos razones de orden teórico-metodológico. En primer lugar, espacio doméstico nos brinda un mayor nivel de abstracción analítica y permite incorporar las características particulares que encontramos en Susques. Tanto casa como vivienda u hogar, los tres muy utilizados, remiten a una única unidad espacial discreta con una localización precisa, mientras que lo que queremos plantear en esta tesis es la existencia de diferentes asentamientos discontinuos, separados entre sí por largas caminatas, que conforman un único espacio doméstico. Por otra parte, casa y vivienda son también categorías nativas que tienen en Susques sentidos bien diferentes entre sí. El uso de cualquiera de estas nociones habituales podría llevar a confusiones pero especialmente podría invisibilizar la densidad y heterogeneidad de las nociones nativas que nombran y definen la dimensión doméstica del espacio. Esto es fundamental puesto que esta tesis se orienta precisamente a la espacialidad tal como es concebida en Susques. Al hablar de espacio doméstico estaremos incorporando en su interior la diversidad de su conformación nativa y contemplaremos tanto a las *casas* y los *puestos* como a las *viviendas* y *departamentos*<sup>5</sup>.

Por otra parte, cabe preguntarnos ¿Qué es lo que hace que el espacio doméstico sea un recorte, o una aproximación, significativa en los estudios espaciales? O, mejor dicho, ¿Qué es lo que define la particularidad del espacio doméstico? Preliminarmente, es posible observar que la definición de lo doméstico del espacio radica en una serie de cuestiones: las relaciones que se presentan al interior grupo social que construye y se apropia de ese recorte espacial, y el tipo de actividades que allí se desarrollan. A estas dos podríamos sumar una propia de los enfoques geográfico-humanísticos relacionada con el tipo de relación marcada por sentimientos de pertenencia que se genera en torno a lo doméstico. A propósito del tipo de vínculos al interior del espacio doméstico, debemos detenernos en otro concepto muy cercano como es el de unidad doméstica.

La definición de un grupo doméstico o de una unidad doméstica ha sido objeto de una constante revisión. Al interior de la antropología las discusiones han ido entre la necesidad de lograr una definición lo suficientemente ajustada como para que tenga valor explicativo

---

<sup>5</sup> A lo largo de la tercera parte de esta tesis nos ocuparemos extensamente de definir cada una de estas categorías nativas.

y lo suficientemente amplia como para que tenga capacidad comparativa (Quirós 1999). Sin embargo, algunos criterios han sido tradicionalmente considerados por unos u otros autores como los indispensables para la definición de una unidad doméstica: la existencia de lazos de parentesco (o al menos una familiaridad), actividades significativas compartidas, un proyecto colectivo en común, o la coresidencia de los miembros están entre los más mencionados.

Es importante considerar la diferencia entre los conceptos nativos de familia y la noción antropológica de unidad doméstica. Inicialmente la primera estuvo muy ligada con la noción de la familia prototípica “occidental” (Quirós 1999). Sin embargo, distintas etnografías se han ocupado de mostrar que es posible que ambas nociones coincidan aunque no es una condición necesaria. Tal como lo observó Jelin,

“Empíricamente, la mayoría de las unidades domésticas está compuesta por miembros emparentados entre sí, pero el grado de coincidencia entre la unidad doméstica y la familia, y más aún, la definición social de la amplitud (en términos de lazos de parentesco) del grupo co-residente, varían notoriamente entre sociedades y a lo largo del ciclo de vida de sus miembros” (1984:16).

Más allá de esta discusión antropológica que excede a los objetivos de esta tesis, no podemos obviar que en tanto y en cuanto el espacio es una construcción a partir de relaciones y que construye relaciones, la definición del espacio doméstico no puede dejar de contemplar el modo en que los actores definen al grupo residente. En este sentido, para comprender el espacio doméstico, y también la territorialidad, tal como son concebidos en Susques tendremos que aproximarnos en distintos momentos a la construcción de la categoría *familia* y al tipo de vínculos que lleva implícitos. En todo caso, a partir del enfoque que estamos delineando, entenderemos que el espacio doméstico no es simplemente una consecuencia de la configuración familiar sino que ambas dimensiones, lo espacial y lo social, se definen mutuamente.

Las actividades compartidas son un criterio importante a la hora de definir la particularidad del espacio doméstico frente a otros. Sin embargo, esto también es objeto de discusión. Sin ir más lejos, dentro de las sociedades urbanas occidentales, las actividades laborales y productivas casi por definición no forman parte del ámbito de lo doméstico. Incluso, probablemente las consideraríamos dentro de un conjunto de definiciones que oponen de un modo drástico hogar-trabajo. Por supuesto que esto no es válido para todas las sociedades en todos los tiempos. Particularmente en nuestro caso no podremos pensar en la

definición de lo doméstico en Susques por fuera de una actividad productiva como es el pastoreo que es esencialmente una práctica doméstica. Tal es así que la complejidad de los asentamientos que componen el espacio doméstico susqueño está íntimamente vinculada con la dinámica de los desplazamientos de los pastores con sus rebaños.

### *Hogar y Casa, Home and House*

Tal como lo desarrollaremos en el capítulo 2, el estudio de la “vivienda” o la “habitación” ha sido uno de los principales intereses geográficos especialmente en el momento de la emergencia de la antropogeografía y/o la geografía humana. De la mano con ciertos cambios en los intereses disciplinares el tema fue quedando fuera de la agenda académica y de los investigadores. Sin embargo, en las últimas décadas, de la mano con los enfoques humanistas primero y feministas más tarde se ha ido conformando un campo de estudios en torno a las “Geografías del Hogar” (“Geographies of Home”) lo cual implicó sin dudas una revalorización de los estudios sobre el espacio doméstico dentro de la Geografía. En lo que respecta a este marco teórico-conceptual, la noción de “Hogar” (“Home”) aporta ciertos elementos importantes para nuestra discusión.

Particularmente las geografías humanistas han puesto una especial atención en la noción de hogar como un lugar pleno de significados. De acuerdo a Blunt y Dowling, en la mirada humanista, el hogar “es mucho más que una casa, y mucho más que los sentimientos de arraigo hacia lugares y personas particulares. El hogar es corazón, un punto de anclaje a través del cual los seres humanos están centrados” (2006:11. Traducción propia). Tuan dedicó algunos párrafos a definir explícitamente lo que entendía por Hogar,

“El Hogar es un lugar que ofrece seguridad, familiaridad y alimento. En grados de artificialidad, puede ser un claro en una vasta selva tropical y, en el otro extremo, un apartamento en un rascacielos en el medio de una metrópolis. En tamaño, puede ser un estudio y, en el otro extremo, el planeta Tierra. El Hogar es usualmente un lugar fijo y geográficamente específico – esta casa, no aquella, este valle, no aquel. Usualmente, pero no invariablemente. Para una caravana en movimiento puede ser un hogar para los nómades, y las personas retiradas en Norteamérica son conocidos por considerar sus hogares móviles como sus verdaderos hogares, los que mueven (manejan) de una locación a otra según su humor les dicta, o la temporada cambia” (2004:164. Traducción propia)

Seguridad, familiaridad y alimento son, de acuerdo Tuan (2004), las tres claves que definen al hogar. Seguridad en tanto el hogar es un refugio, y, sin importar su tamaño, es un lugar envuelto, protegido y separado de lo “desconocido”, sea mediante vallas o

rituales. Familiaridad, en tanto uno sabe qué hacer y dónde están las cosas, no es necesario hacer elecciones difíciles. Alimento, porque presupone seguridad y el sostén de la familia. El alimento está en el corazón del significado del hogar. Las críticas que se han planteado a esta mirada humanista son las mismas que atañían a la noción de lugar: una percepción romántica y estática del espacio que no tomaba en cuenta la complejidad de las relaciones entre las personas, su organización social y las experiencias del espacio. Al igual que el lugar, el hogar era concebido como una especie de refugio frente al embate del mundo moderno y sus transformaciones. Inevitablemente, el lugar y el hogar quedan así por fuera del tiempo y las posibilidades de cambio. En todo caso, las geografías humanistas permitieron a partir de la noción de hogar una superación de la comprensión del espacio doméstico como una mera respuesta a una necesidad de refugio frente a las inclemencias externas y los condicionamientos del medio con las que estaba asociada la noción de “vivienda”.

Las geografías feministas han sido fundamentales para el desarrollo de las discusiones en torno a la idea de “hogar” en tanto y en cuanto el género es considerado central en su definición. El dejó de ser aquel espacio de armonía y afecto para concebirse como uno de “pertenencia y alienación, intimidad y violencia, deseo y miedo” (Blunt y Varley 2004:3). En términos generales estas perspectivas implicaron una discusión con la idea esencializada que vinculaba el hogar con lo femenino, lo privado, las emociones, la reproducción, las tradiciones, lo local y lo estático en oposición a los espacios del trabajo asociados con lo masculino, lo público, lo racional, la producción, la modernidad, lo global y el cambio (Blunt y Dowling 2006). Los planteos de Massey (2001 [1992]) en torno tanto a la noción de lugar como de hogar han tendido a romper con estas oposiciones binarias planteando escenarios más dinámicos, relacionales y complejos.

En contraposición con las nociones más estáticas, Blunt y Dowling sostuvieron que “el hogar y cómo se manifiesta materialmente es continuamente creado y recreado a través de las prácticas cotidianas” (2006:23). El Hogar, en tanto expresión espacial, es construido y modificado constantemente,

“El Hogar no existe simplemente, sino que es hecho. El hogar es un proceso de creación y comprensión de las formas de morar y pertenecer. Este proceso tiene elementos tanto materiales como emocionales. De este modo, las personas crean su hogar a través de sus relaciones sociales y emocionales” (Blunt 2006:23).

Un punto importante dentro de la definición del Hogar tiene que ver con la combinación de una dimensión material y una simbólica, en tanto está vinculado tanto con los sentimientos como con la existencia de un “lugar” o una “localización física” determinada. En realidad el Hogar sería precisamente la relación entre ambas dimensiones,

“una de las características definitorias del hogar es que es tanto material como imaginado, un sitio y una serie de significados/emociones. El hogar es una morada material y es también un espacio afectivo, modelado por las emociones y los sentimientos de pertenencia” (Blunt y Dowling 2006:22)

A su vez, la noción de Hogar está localizada “en el umbral entre la memoria y la nostalgia por el pasado, la vida cotidiana en el presente, y sueños y miedos futuros” (Blunt 2004:3). El de Hogar es un concepto geográfico complejo y compuesto por diferentes capas, es “un lugar/sitio, una serie de significados emocionales/culturales, y la relación entre ambos” (Blunt y Dowling 2006:2-3). En este sentido, la noción de Hogar en los estudios está íntimamente relacionada con la experiencia, los sentimientos y los significados. Pero, a su vez, el Hogar “provee refugio (*shelter*), y además provee un asentamiento en el cual las personas se sienten seguros y centrados” (Blunt y Dowling 2006:9).

#### *Una Casa no es siempre un Hogar*

Desde la perspectiva de la Geografía feminista, los sentimientos de arraigo asociados con el Hogar no se asientan en imágenes o recuerdos desespacializados sino que se afincan en lugares concretos que están materialmente definidos. Esto no significa que el Hogar tiene una escala definida o se corresponde directamente con una Casa sino que puede abarcar desde una pequeña esquina hasta un país. En relación con esto, el Hogar no es lo mismo que la Casa. De hecho, va mucho más allá puesto que “como sentimientos espacializados de pertenencia y alienación, deseo y miedo, las espacialidades del hogar son más amplias y más complejas que sólo la habitación” (Blunt 2006:10). Aunque habitualmente ambas nociones suelen estar estrechamente vinculadas, lo que se intenta subrayar es que las sensaciones y sentimientos asociados al Hogar no necesariamente tienen por qué estar expresados por una Casa, sino que pueden vincularse con un barrio, un pueblo o una nación. De hecho, el lenguaje cotidiano da cuenta de esto cuando alguien dice “Buenos Aires es mi hogar”. Es más, del mismo modo que un Hogar puede no ser una Casa, no siempre una Casa se convierte en un Hogar. Al respecto, Blunt sostuvo que,

“El hogar está innegablemente conectado con una forma constructiva como la casa, pero el hogar no es siempre una casa (...) El hogar es una serie de sentimientos y accesorios,

algunos de los cuales, en algunos tiempos, y en algunos lugares, están conectados con una estructura física que provee refugio” (2006:10).

Esta diferenciación implica el reconocimiento de que la condición de Hogar no es algo que esté implícito en la definición de la Casa como construcción física. En relación con nuestro objeto de estudio, de todas maneras, es interesante observar que la diferencia entre Hogar y Casa nos aproxima al hecho de que sobre la construcción física debe operar una suerte de transformación ontológica para que se convierta en un Hogar. En etnografías de diferentes sitios se ha puesto el foco en los diversos rituales de inauguración de la casa que están vinculados con esta transición. Veremos específicamente cómo en el caso de Susques el ritual de la *flechada* está asociado con lograr una transformación profunda que convierte una construcción en una casa, o, en la tradición disciplinar que estamos recorriendo, posibilita que una casa se convierta también en un hogar. A esto nos referimos cuando hablamos de los procesos de domesticación del espacio. El modo en que a través de determinadas prácticas concretas, algunas simbólicas, los actores transforman y se apropian de un espacio, otorgándole significados propios.

### *Lógica de la práctica y teoría de la estructuración*

A través de las prácticas y las relaciones sociales se crean los espacios, pero no podemos dejar de lado que estos mismos espacios operan en su reproducción. Esto nos acerca a los planteos generados desde las teorías de la estructuración y de la práctica. Estas aproximaciones han contribuido, en el contexto de la geografía, a la incorporación de las prácticas sociales en el proceso de construcción del espacio. Por otra parte, estas perspectivas son productivas a hora de pensar la producción del espacio doméstico, puesto que permiten mediar entre las decisiones individuales y la sujeción a los elementos normativos de la sociedad. En la práctica lo que observamos es que en una determinada sociedad, entre las distintas casas hay un cierto “aire de familia” que nos permite identificar características comunes y modos de usar el espacio que son recurrentes. Pero al mismo tiempo las casas no son todas iguales sino que expresan las condiciones particulares de quienes las han construido<sup>6</sup>. En este sentido, el “habitus” no determinaría el modo en que se hará y vivirá una casa, pero sí dispondría a los actores preferentemente en un determinado sentido.

---

<sup>6</sup> Es interesante observar que muchas veces las referencias a la homogeneidad de las casas en una determinada sociedad están vinculadas con la dificultad del observador para detectar diferencias que no le son evidentes, pero sí a quienes las construyen y habitan.

En su análisis, ya clásico, de la Casa en Kabilia, Bourdieu puso el foco en la configuración de la casa y el modo en que se ordenan los objetos y las prácticas en su interior y exterior. A partir de esto sostuvo que la casa es, con una lógica invertida, un “microcosmos organizado según las mismas oposiciones que ordenan el universo” (2007:428) que sigue un juego de opuestos: masculino-femenino, día-noche o público-privado. Un punto fundamental es que para Bourdieu, a diferencia de otros autores, la casa no expresa el ordenamiento del mundo sino que el mundo y la casa están ordenados por los mismos principios generadores. Pero además no se trata de un “ordenamiento del mundo” que es anterior o existe por fuera de las relaciones entre las personas y sus prácticas, más bien se crea y recrea en ese contexto.

El espacio doméstico se construye como tal a la luz del sistema de disposiciones que es el “habitus” pero a su vez, esas disposiciones son adquiridas a través de la experiencia cotidiana del espacio doméstico. Para Bourdieu, la casa se constituye como un espacio de reproducción en el que las personas incorporan, a través de su ordenamiento, los principios generadores de la sociedad:

“El espacio habitado, y en primer lugar la casa, el lugar privilegiado de la objetivación de los esquemas generadores y, por intermedio de las divisiones y de las jerarquías que establece entre las cosas, entre las personas y entre las prácticas, ese sistema de clasificación hecho cosa inculca y refuerza continuamente los principios de la clasificación constitutiva de la arbitrariedad cultural” (2007 [1980]:124)

## **Cierre**

### **Acercamientos sucesivos**

Territorio, Lugar y Espacio Doméstico son categorías que nos permiten distintas aproximaciones sucesivas a la espacialidad de una sociedad determinada. A modo de cierre de este primer capítulo nos interesa rescatar de lo expuesto una serie de puntos que consideramos importantes y que constituyen el marco teórico y conceptual sobre el que se asienta el análisis que encararemos en los próximos capítulos:

1. El espacio no puede ser definido como un mero escenario pasivo, un contenedor estéril, en el que las personas desarrollan su vida. Lo consideraremos entonces como un producto de las prácticas y las relaciones sociales pero también como un

actor activo en la producción y reproducción de éstas. En este sentido, el espacio estructura tanto como es estructurado.

2. Las prácticas, las relaciones y la comprensión del espacio de una determinada sociedad son indisociables del modo en que esa sociedad ordena su mundo. Esto implica que vamos a encontrar una compleja diversidad de espacialidades que coexisten y se interrelacionan. El espacio es también entonces una esfera de las posibilidades de la multiplicidad de concepciones y la heterogeneidad (Massey 2005).
3. El espacio es producto pero también es proceso y como tal está sujeto a una construcción permanente en la que los actores intervienen constantemente modificándolo (Massey 2005). Es un hecho inacabado, siempre inconcluso, es la expresión de una realidad “hasta ahora”. En tanto proceso, asume la lógica de un palimpsesto en que las acciones e interrelaciones pasadas han dejado huellas que conforman una base para la construcción presente. Las texturas del espacio se superponen y crean nuevos relieves permanentemente. En este sentido, no es posible pensar en una “esencia” de los lugares en tanto valores inalterados e inmóviles.
4. En tanto categoría geográfica, el espacio es un producto social tanto como tiene una existencia física que no puede ser ni ignorada ni minimizada. Como planteó Massey (1984), las prácticas se desarrollan “sobre algo”. Ese algo involucra tanto la topografía, la vegetación o el clima, como las estructuras arquitectónicas que colaboran en la delimitación, caracterización y significación de determinadas porciones del espacio. En relación con esto, al aproximarnos al espacio doméstico debemos considerar tanto la dimensión simbólica como la material puesto que están absolutamente imbricadas.
5. Entendemos que las escalas son producidas social y políticamente, son parte del mundo y nos permiten aproximarnos a diferentes dimensiones de lo real. Las personas viven diferentes experiencias territoriales en un espacio que es discontiguo y multiescalar (Lacoste 1988).

6. El territorio se constituye como un espacio sujeto al control tanto material como simbólico por parte de un individuo o grupo en el marco de relaciones signadas por el poder. La vivencia del territorio es siempre diversa, múltiple y compleja (Haesbaert 2005) lo que implica una multiterritorialidad en los que los territorios-zona se combinan con los territorios-red.
  
7. Al hablar de lugar nos referimos a un espacio concreto que es cargado de significados y valores específicos (Barros 2000). En este sentido, se constituye como una referencia espacial que tiene una existencia física y que participa en la construcción de los significados. La condición de lugar no existe *a priori* sino que los actores lo construyen a través de prácticas específicas. Las significaciones son constantemente creadas y recreadas en un proceso que implica la transformación constante de lo existente.
  
8. La definición de lo doméstico del espacio se asienta en tres cuestiones: el tipo de interrelaciones que se dan entre las personas que allí residen y que se diferencian de las existentes con otros externos al grupo; las prácticas y actividades particulares que se desarrollan; y la existencia de un vínculo sensible particular con este espacio. El espacio doméstico no es un mero escenario en el que se desenvuelven las personas sino que es un actor fundamental que contribuye a la delimitación e identificación del grupo doméstico como tal.

## **Las tradiciones fundacionales en el estudio del espacio doméstico**

---

Una de las primeras imágenes contenidas en la “Histoire de L’Habitation Humaine” de Eugene Viollet-le-Duc (1875 [1945]), era una especie de “cabaña primitiva” que representaba, de alguna manera, el hábitat en el comienzo de la humanidad (Figura 1). Aprovechando la conformación de un árbol, las personas representadas en el grabado construían una “cabaña” cónica. De un modo más o menos explícito, a través de esta imagen el autor se esforzaba en mostrar la existencia de una sociedad entregada al dominio de la naturaleza que construía sus espacios apenas transformando su entorno, a tal punto que el árbol utilizado pareciera que seguía estando vivo. Muchos de los elementos presentes en este retrato de Viollet-le-Duc han mostrado una notable persistencia, fundamentalmente en la idea de lo “natural” asociado con ciertos grupos sociales. Un planteo muy vinculado, por otra parte, con la idea de la existencia de una sociedad en un estado de supuesta pureza prístina previa a la “civilización”.

Aquel espacio doméstico, distante en el tiempo o el espacio de la producción occidental, ha despertado históricamente la imaginación y curiosidad de los investigadores, y ha provocado tanto admiración como espanto. Geógrafos, arquitectos, antropólogos, arqueólogos o historiadores se han interesado en diferentes momentos por las características del espacio doméstico de diferentes lugares y de distintas épocas. No casualmente los estudios durante mucho tiempo se han orientado en su inmensa mayoría a las sociedades más alejadas, exóticas o bien aquellas en las que se entendía que las personas vivían más aferradas, cuando no dominadas, a la naturaleza. En Argentina determinadas regiones se constituyeron como un epicentro de los estudios en distintos momentos a lo largo del siglo XX. En particular la producción arquitectónica de las poblaciones agrícolas o pastoriles en Jujuy, Salta, Catamarca o La Rioja fue descripta, relevada y explicada desde diferentes tradiciones disciplinares.

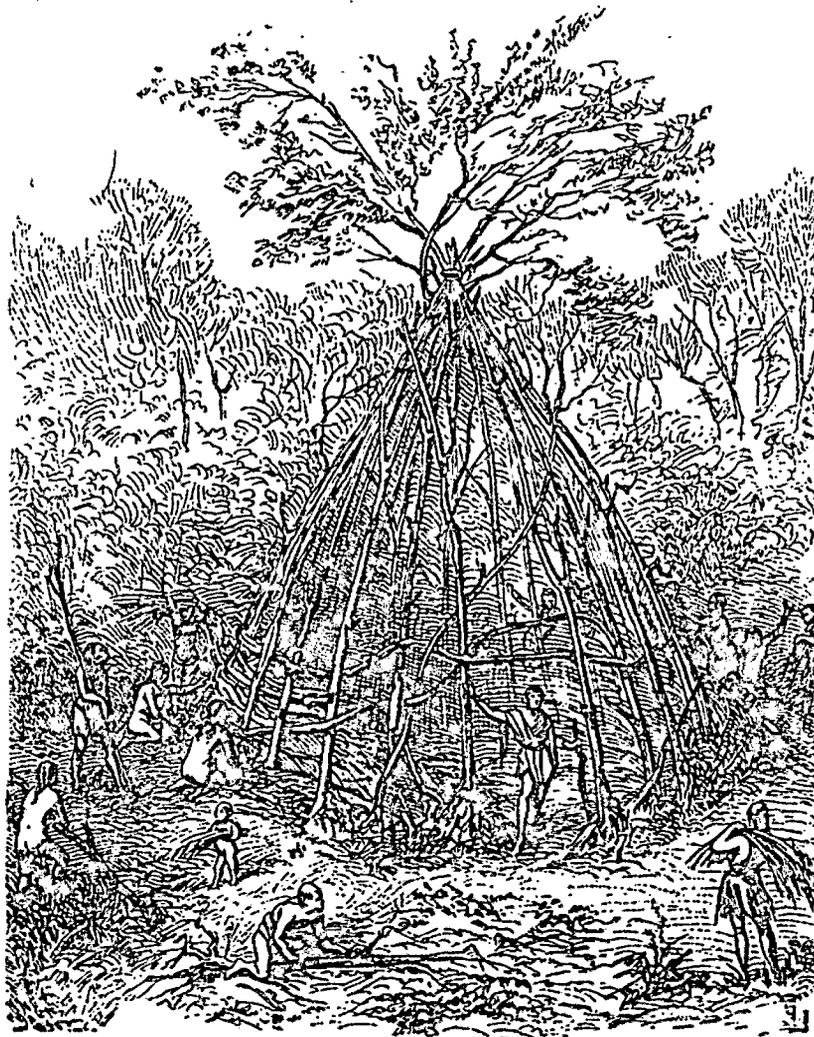


Figura 1. Grabado de Viollet-le-Duc (1875 [1945]) de una “cabaña primitiva”.

El objetivo de este capítulo es precisamente recorrer y analizar estas diferentes tradiciones disciplinares que se desplegaron a lo largo del siglo XX especialmente en la Argentina. Esto nos permitirá observar la existencia de momentos de apogeo en el interés por estas cuestiones sucedidos inmediatamente por otros donde desaparecían casi por completo. En particular reconoceremos dos etapas: una primera que se desplegó desde principios del siglo XX y especialmente a mediados de la década de 1930; y una segunda que se desarrolló en las décadas de 1960 y 1970. En ambos momentos, la temática fue abordada por profesionales de distintas disciplinas que encararon proyectos científicos que no llegaron a tener continuidad en el tiempo.

Particularmente, las primeras décadas del siglo pasado mostraron el surgimiento de dos espacios académicos, independientes aunque vinculados, orientados al estudio de la

“vivienda” en diferentes lugares del país. Por un lado la antropogeografía, muy vinculada con las discusiones en la geografía europea pero también con intereses propios del mundo académico argentino. Por el otro, los estudios histórico-arquitectónicos de la mano con la reivindicación de una arquitectura que fuera propiamente “nacional” e independiente de los cánones externos. Mientras que en el primero de los casos se evidenciaba una voluntad más bien científicista, en el segundo se vislumbraba un cierto interés estético-ideológico más explícito. Es interesante observar que los textos producidos en estos ámbitos en general no se referenciaban mutuamente. Sin embargo, en el punto de encuentro de los estudios desde la arquitectura y desde la antropogeografía emergía una figura muy importante e influyente para la época como fue Ricardo Rojas.

Un punto que nos interesa marcar a lo largo del capítulo es cómo en torno al estudio de la “vivienda” y la “habitación humana” se constituyó un campo de investigación que tuvo una notable vocación interdisciplinaria. Antes de enfocarnos en la situación en Argentina, para dar un contexto adecuado es necesario que desarrollemos los procesos de constitución de la Antropogeografía y la Geografía Humana, en Alemania y Francia respectivamente. Luego volveremos a las tradiciones humanísticas más recientes, a las que ya nos referimos en el marco teórico, y que marcaron el retorno de la temática, aunque nuevos enfoques, a la agenda de la geografía luego de un período de desaparición.

### **En torno a la “habitación humana”**

Las preguntas sobre el tipo de relaciones que se establecen entre el ser humano y la tierra sobre la que vive han atravesado las discusiones geográficas. ¿Es el hombre el que domina, transforma y aprovecha su medio? O, por el contrario, ¿las prácticas de los seres humanos son determinadas por las características del medio? En definitiva, las preguntas han girado en torno a cuál es el tenor de las relaciones entre las sociedades y el espacio. Las respuestas que se fueron dando han sido diversas a lo largo del tiempo. El objetivo de este apartado es revisar las principales tradiciones con el foco puesto siempre en cómo se fue constituyendo la “vivienda” o la “habitación”, como objeto de estudio a la luz de estas escuelas.

Sobre finales del siglo XIX, comenzó en el interior de la Geografía una transición hacia una ciencia que fuera más allá del estudio de los aspectos físicos de la Tierra y se ocupara de las interrelaciones entre la naturaleza y la sociedad. Sin abandonar el positivismo, bajo distintas denominaciones, se formuló un campo de estudios interesado fundamentalmente

en cómo el “suelo” influenciaba al hombre y las sociedades. De alguna manera la pretensión era colocar el factor humano dentro de los estudios geográficos. Claval (1999) identificó tres tradiciones principales que a pesar de compartir muchos puntos de partida, tuvieron también diferencias significativas: en primer lugar, la tradición de la geografía alemana denominada antropogeografía generada en torno a la figura del geógrafo alemán Friedrich Ratzel; la francesa con la Geografía Humana impulsada por Vidal de La Blache; y finalmente en los Estados Unidos la Geografía Cultural asociada a la figura de Carl Sauer.

### *Ratzel y la antropogeografía*

El trabajo de Friedrich Ratzel (1844-1904) fue fundamental en la incorporación del ser humano y la cultura como un factor importante dentro de la geografía. Luego de su viaje por los Estados Unidos y a partir de la influencia de Alexander von Humboldt y Carl Ritter<sup>1</sup>, Ratzel planteó en 1882 la noción de “Anthropogeographie” como ámbito para el estudio del modo en que las sociedades se relacionaban con el ambiente y cómo se distribuían los seres humanos en la superficie terrestre. En relación con su formación naturalista, Ratzel buscaba incorporar su antropogeografía en el marco de las ciencias naturales. En su agenda, entonces, aparecían principios evolucionistas para la explicación del desarrollo de las sociedades humanas en el espacio (Agnew et al. 1996). Pese a incorporar al hombre a las discusiones, Ratzel partía del “suelo” y no de la sociedad para sus interpretaciones (Ortega Valcárcel 2000). En este sentido, planteó una cierta dependencia del hombre frente al ambiente en el que habita. En el pensamiento de Ratzel, el ser humano se adapta a las condiciones del medio y esto tiene una expresión política (Fernández Christlieb 2006).

No todas las sociedades establecían el mismo tipo de relación con el ambiente, y, particularmente, no era lo mismo un “pueblo primitivo” que otro “civilizado”. Los vínculos con el entorno se daban en función de las técnicas y herramientas, por ejemplo agrícolas, que una sociedad domina para poder modificarlo o ser influenciado en mayor o menor medida. En este sentido, los “pueblos civilizados” cuentan con mayores posibilidades de modificar su entorno y aquí juega un rol fundamental el Estado. Claval (1999) marcó tres

---

<sup>1</sup> Ya nos hemos referido en la introducción a Ratzel vinculado con von Humboldt y Ritter en relación con la consolidación del trabajo de campo como metodología dentro de la investigación geográfica.

principios del proyecto antropogeográfico: describir las áreas donde viven los hombres y cartografiarlas, estudiar las causas de la distribución de los hombres en la superficie terrestre, y analizar la influencia de la naturaleza sobre el cuerpo y el espíritu de los hombres. La movilidad era también un aspecto fundamental en tanto era parte de la esencia de los pueblos (Claval 1999) y estaba asociada con la ocupación del espacio por parte de la sociedad.

La “habitación humana” también jugaba un rol importante en un estudio antropogeográfico. Al respecto Ratzel sostuvo que:

“De todas las obras del hombre, su habitación es la que más íntimamente se conecta con el suelo y se conforma a partir de él, sea por el material del que se compone, sea para responder al objetivo para que el que fue destinada. La habitaciones más cómodas de los tiempos primitivos estaban ciertamente en los suelos ricos en cavidades y abundantemente fracturadas, o muy friable tal que sea fácil la excavación de la gruta” (1914:453. Traducción propia)<sup>2</sup>

La “habitación humana” se constituyó como un objeto de estudio privilegiado dado los vínculos que se le asignaban con las características del medio. De alguna manera, la relación causal de la que resulta la habitación fue el germen del determinismo geográfico en su estudio, particularmente en las sociedades rurales y no occidentales. La habitación era particularmente importante para la antropogeografía porque, desde su punto de vista, a partir de su configuración colectiva daba cuenta del tipo de distribución de la población, porque los materiales utilizados en su construcción permitían vincularla con la disponibilidad de recursos en el medio, y porque las configuraciones podían ser explicadas de acuerdo a ciertas características ambientales (p.e. los techos inclinados se observarían en regiones con más precipitaciones). La habitación se constituyó entonces como una de las producciones humanas que mejor permitía observar las relaciones con el medio. Como en otros aspectos, la vinculación fuerte de la habitación con el entorno era propia de ciertos pueblos, especialmente los considerados “primitivos”, pero también entre aquellos dedicados a la agricultura o la ganadería en Europa. En esta lectura, la habitación de los pueblos occidentales y urbanos ya no tenía esa dependencia dadas las herramientas con las que contaban. En este sentido, la mayor parte de los trabajos se orientaban al estudio de las sociedades lejanas sea en el tiempo o en el espacio.

---

<sup>2</sup> La “Anthropogeographie” de Ratzel se publicó en alemán entre 1881 y 1891. Hemos utilizado la traducción al italiano de 1914 que tuvo como título “Geografia dell’Uomo”.

### *La tradición francesa*

La mayor parte de los trabajos específicos sobre la habitación humana, especialmente la rural, surgieron más de la tradición francesa que de la alemana. La figura de Paul Vidal de La Blache (1845-1918) fue fundamental en el desarrollo de la geografía humana en Francia. Si bien Vidal de La Blache compartía con Ratzel el objetivo de estudiar las influencias del medio sobre las sociedades, en su planteo las herramientas y técnicas de las que disponen estas sociedades deben ser entendidas en el marco de un determinado “género de vida” (Claval 1999). Al hablar de “género de vida”, estaba planteando una visión más integradora de las formas de habitar y por ende una mirada más social que la de Ratzel. Tal como planteo Claval,

“los géneros de vida se cargan de valor: se practican porque permiten la subsistencia, pero también porque confieren una identidad; se sitúan más o menos alto en la escala de preferencias colectivas” (1999:35)

A partir de esta noción se analizan las formas de habitar articuladas como actividades anuales en función de los ciclos estacionales (Fernández Christlieb 2006). Si bien el planteo de Vidal de La Blache seguía poniendo en el centro la influencia más o menos importante del medio, el salto que brindaba la noción de “género de vida” era sustancial porque complejizaba las relaciones con la sociedad que ya no se basaban sólo en una subsistencia básica. Vidal de La Blache se refirió explícitamente a la “casa”, que también debía ser considerada dentro del “género de vida”, observando que,

“El hombre hizo su nido, tan pronto como sintió la necesidad de establecerse, con los materiales que tenía a mano. Sufrió la influencia de estos materiales. Es sobre todo por este motivo que es verdad decir que la materia dicta la forma. Las razones de clima y de suelo determinaron, de acuerdo a las comarcas, el empleo preponderante de la madera, de la tierra y de la piedra. Pero, a su vez, estos materiales guían la mano del hombre. Teniendo cada uno sus exigencias y para decirlo así su genio, imprimen los establecimientos humanos sus particularidades de formas, de dimensiones, de resistencia. De donde resultan tipos generales que entran en la descripción característica de las comarcas” (1922:149)

“¿La casa no es en todo país uno de los signos fidedignos de la mentalidad del que la habita?” (1922:167)

Siguiendo este planteo, la “casa”, para Vidal de La Blache, es no sólo una expresión de la “mentalidad” de la persona que reside en la misma, sino que además es representativa de una determinada comarca. Es en este sentido que, primero, debía ser considerada a la luz del “género de vida” y, luego, entendida como un elemento que hacía a la construcción de un determinado paisaje. La “casa” era un rasgo distintivo de un lugar y de la sociedad que

la habita. En este sentido estaba cargada especialmente de aspectos naturales pero también de otros sociales. La referencia a la materialidad era importante porque la mayor parte de los trabajos contemporáneos sobre la “casa” o la “vivienda” surgidos de la geografía humana le daban una enorme relevancia a cómo estaba construida. Los textos solían dar una notable cantidad de detalles tanto de los materiales usados como de las técnicas constructivas. De las citas se desprende una suerte de doble determinación: así, mientras el entorno (especialmente clima y suelo) determina qué materiales se usarán, los materiales determinan las características de la construcción y su configuración. Es decir, que, en definitiva, era el medio el que determinaba cómo serían las “viviendas”. Estos enfoques serían criticados años más tarde incluso dentro de la geografía humana francesa, por ejemplo por Albert Demangeon.

Uno de los discípulos y continuadores de los planteos de Vidal de La Blache fue Jean Brunhes (1869-1930) que, además, ejerció una gran influencia sobre la geografía argentina a partir de la década de 1930<sup>3</sup>. Brunhes comenzó a relevar minuciosamente los géneros de vida, y particularmente el hábitat y las técnicas del mundo rural (Claval 1999). De hecho, se dedicó de lleno al estudio de la “habitación” y publicó, junto a Paul Girardin, un trabajo temprano sobre “Les groupes d'habitations du Val d'Anniviers comme types d'établissements humains” (1906). En este trabajo analizó la distribución de la población en función de los “géneros de vida” trazando calendarios anuales con las actividades y desplazamientos por los diferentes asentamientos que los pobladores tenían en diferentes altitudes. Esta información luego era volcada en una serie de gráficos que permitían el análisis de las distintas trayectorias.

En su “Géographie humaine” publicada en 1909, Brunhes se dedicó en extenso a sentar las bases de cómo debían ser los estudios de la “habitación”. De acuerdo a Claval, para Brunhes la cultura tenía un lugar menor y la geografía humana debía ocuparse de analizar minuciosamente, inventariar y cartografiar los “hechos de ocupación del suelo, sean estos productivos o destructivos” (1999:37). La “casa” era para Brunhes uno de los “hechos esenciales de la geografía humana”, siendo un “hecho de ocupación improductiva del suelo”. Vale la pena recuperar algunos párrafos de sus consideraciones,

---

<sup>3</sup> De acuerdo a Barros (2001), Brunhes fue un intermediario entre la geografía francesa y la alemana y, citando a Broc (1977), observó que de la mano tanto de Vidal como de Brunhes Ratzel tuvo una importante influencia en Francia.

“Muchos investigadores, sabios y artistas, arqueólogos, etnógrafos y arquitectos, se han preocupado por indicar las formas de la casa urbana o rural. La forma de la casa interesa al geógrafo no tanto por sus detalles como por su conjunto, por su plano y por su adaptación a las condiciones geográficas.

Aun donde las complicaciones de prolongadas influencias históricas y un mayor poder humano resultante de una civilización muy avanzada parecen liberar las iniciativas humanas de una tiranía demasiado estrecha respecto al medio, la observación geográfica tiene mucho, no sólo que espigar, sino que cosechar.

Hay gran número de hechos cuya dependencia es sorprendente: las chozas de nieve o ‘iglús’ de los esquimales americanos, la ‘chum’ de verano y la ‘iurta’ de invierno de los ostiácos, las tiendas de fieltro gris de los nómadas del Asia central, las chozas tahitianas o las chozas congolesas, hechas de hojas y de tallos vegetales, los chamizos redondos, cubiertos de bálago, de Harrar, al pie del macizo abisinio; las casas con techo de hojarasca y sin paredes de la Bolivia oriental (la vivienda de los pescadores en el Brasil), etc.

De estos estudios, como de tantos otros, se debe sacar la impresión de que, pese a los principios de imitación y de repetición, que tienen un sentido étnico, por todas partes se manifiestan variedades que dependen de la geografía” (1948:56-57)<sup>4</sup>

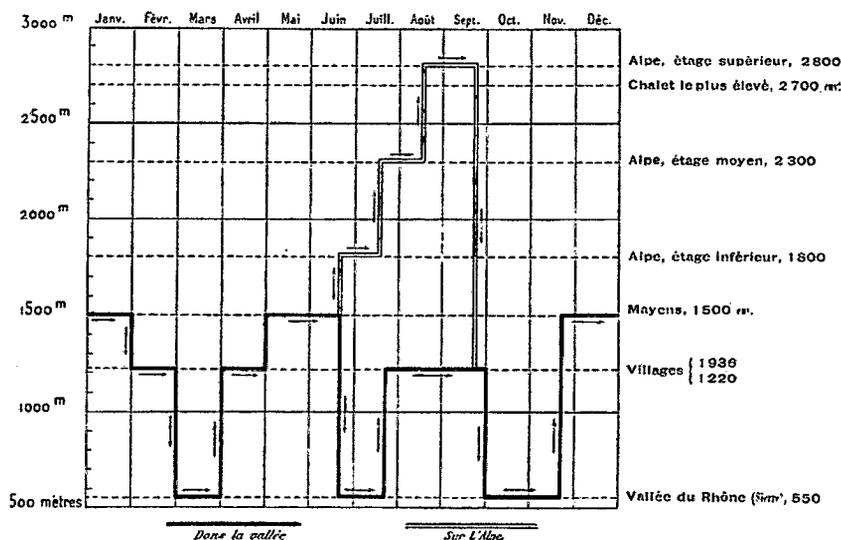


Figura 2. Ejemplo de uno de los gráficos de movilidad anual trazados por Brunhes y Girardin (1906).

Como se observa, fiel a los intereses de la época, todos los casos planteados como ejemplo se correspondían con sociedades “extremas” por su distancia con el mundo occidental pero también por los ambientes en los que se desenvolvían los grupos sociales: áreas polares, páramos, desiertos o selvas<sup>5</sup>. Las relaciones entre el medio y la sociedad a través de la “casa”, tal como las propuso Brunhes, se presentaban como una continuidad y profundización de las ideas de Ratzel al respecto. Las “casas” en su materialidad y

<sup>4</sup> Hemos utilizado la edición en español abreviada de la “Geografía Humana” de Brunhes, realizada por M. Jean-Brunhes Delamarre y Pierre Deffontaines.

<sup>5</sup> Hicimos referencia ya en la introducción a la observación de Bowman respecto a las cinco principales áreas preferenciales para la exploración geográfica.

configuración dependían de las características del entorno físico. Sin embargo, existían ciertas variables que podían limitar esa dependencia. Por un lado la mayor disponibilidad de herramientas y técnicas de que dispondrían las “sociedades avanzadas” para controlar su entorno. Pero Brunhes sumó además la “imitación y repetición” propias de la “influencia histórica” que podrían desvirtuar el dominio de la naturaleza sobre el ser humano. Por un lado, la cercanía de un determinado grupo con otro, las migraciones u otros factores podrían provocar que se arraigasen ciertas costumbres diferentes a las que serían propias. Esto nos lleva a una noción fundamental dentro de estos estudios como es la de “casa tipo”. Al respecto Brunhes observó que,

“Sobre todo, la casa rural y la casa aislada, la casa corriente y verdaderamente popular, son las que llevan y expresan los caracteres de esta dependencia frente al cuadro geográfico. El geógrafo se preocupa ante todo del hecho predominante, que es, al mismo tiempo, el hecho modesto, es decir el tipo más representativo de una región determinada. Todo lo que es excepcional tiene, para los estudios de geografía humana, menos valor que los que se aproxima al ‘tipo’” (1948:56).

Una “casa tipo” era aquella que no se diferencia del resto, la que era anónima, y esto era, en este enfoque, lo que le daba precisamente su valor geográfico. En un contexto en el que la “casa” dependía del medio, por no decir que estaba determinada, no había espacio para las subjetividades sociales. La respuesta tendía a ser homogénea y esa homogeneidad era precisamente lo que debía estudiarse. Las sociedades rurales estaban más predispuestas a las respuestas anónimas que las “avanzadas”, precisamente por su dependencia del medio. Brunhes (1948) planteó también una serie de preguntas respecto a la “casa”: ¿Dónde está?, es decir la “zona geográfica” donde se ubica; ¿cómo está construida?, que es la “forma geográfica”; ¿Hasta dónde va?, o sea los “límites geográficos”; y ¿Qué es de ella?, es decir el “futuro geográfico”. En función de la “localización geográfica”, la dependencia de la “casa” frente al medio a su vez se expresaba en una serie de aspectos importantes: el sol, la cercanía al agua y las condiciones topográficas. Estas consideraciones conceptuales, pero también metodológicas para el estudio del espacio doméstico tuvieron una gran influencia, como veremos, en los trabajos de los geógrafos argentinos.

También dentro de la tradición francesa debemos considerar a Albert Demangeon (1872-1940), aunque no sea la figura más reconocida (Wolff 2005). Al igual que Brunhes, tuvo una gran influencia en los investigadores argentinos y particularmente en el trabajo de Romualdo Ardissonne (1948). Demangeon definió a la Geografía Humana como “el estudio

de las agrupaciones humanas en sus relaciones con el medio geográfico” (1963:12)<sup>6</sup>. El punto sustancial era que diferenciaba el “medio geográfico” del “medio físico” en tanto el primero incluía no sólo las influencias naturales, como el segundo, sino también las del propio hombre que lo conformaba. Si bien no necesariamente aportaba algo completamente nuevo, el salto al poner en un relativo equilibrio las influencias humanas y las naturales era significativo. Profundizando esto, observó que,

“No es preciso creer, en geografía humana, en una especie de determinismo brutal, en una fatalidad salida de los factores naturales. La causalidad en geografía humana es muy compleja. Con su voluntad y sus iniciativas, el hombre es él mismo una causa que trae perturbaciones en lo que podría parecer orden natural” (1963:14)

El principal interés de Demangeon (1963) giraba en torno a la definición del “hábitat rural” con la intención de crear un mapa global en que se identificaran los principales “tipos de hábitat”<sup>7</sup>. La idea de “hábitat rural” estaba muy vinculada con el modo en que es organizaban las sociedades en el espacio, sea agrupadas o dispersas, en relación con el medio geográfico y fundamentalmente con las características de la “economía agrícola”. Este fue un aporte importante de Demangeon en tanto y en cuanto planteaba que los tipos de hábitat no dependen tanto de la naturaleza como de los regímenes agrícolas. Su interpretación de la “casa rural”, como parte del “hábitat”, estaba atravesada por esta definición. En uno de sus primeros trabajos sobre la “L’habitation rurale en France”, Demangeon observó que,

“La habitación rural es un producto del medio geográfico. Pero sería demasiado simple considerar que esta influencia se ejerce directamente por el suelo y el clima; esencialmente actúa por el hombre, que, al construir su casa, trata de satisfacer las necesidades de su existencia cotidiana, las condiciones del trabajo agrícola y las costumbres del medio social. La originalidad de un tipo de vivienda no reside en la elección de los materiales con los que están hechos sus muros y su tejado, ni en los dispositivos que regulan su orientación y que permiten defenderla contra la intemperie. Resulta ante todo de la adaptación de la casa a la economía rural del país” (1920:374)

En un trabajo posterior, clarificó más esta idea y observó que existían tres clases de “influencias creadoras” sobre la habitación: las naturales, las sociales y las económicas. La primera se referían a su condición de abrigo y protección frente a los agentes ambientales y

---

<sup>6</sup> Esta definición está contenida en “Una definición de la Geografía Humana”, texto que se incluyó en su libro póstumo “Problèmes de Géographie Humaine” (1942).

<sup>7</sup> Demangeon participó, junto a Fleure, Biasutti y Michotte, en la conformación de la “Comisión del hábitat rural” en el Congreso Internacional de Geografía de El Cairo en 1923 (Chiozza y Aparicio 1961). Las reuniones continuaron en los subsiguientes y particularmente en el de París de 1931 se presentó “La Carta del Habitat” con la que se buscaba unificar criterios para poder generar este mapa global del hábitat (Demangeon 1933).

el rol de los materiales; las influencias sociales estaban asociadas con el “grado de civilización” de la población campesina que brindaba mayores o menores posibilidades; finalmente, las económicas se referían a la casa como “útil agrícola” que se adaptaba a las formas y necesidades de la explotación agrícola. Si bien Demangeon amplió el espectro de influencias en la producción de la “habitación” en un contexto rural, también es cierto que, a partir de sus análisis, pareciera haber reemplazado la dependencia de la naturaleza por la de la economía.

La producción sobre la “habitación” de la escuela francesa fue la más prolífica y sistemática. Más allá de los que ya hemos mencionado, fueron numerosos los trabajos sobre la temática que se incluyeron en publicaciones como los “Annales de Géographie” o “Revue de géographie alpine” y que involucraron casos de “habitación rural” en distintas regiones de Francia (p.e. Méjean 1931 y 1932; Lebeau 1937); o en colonias francesas como Túnez (Larnaude 1925) o Argelia (Bernard y Doutté 1917). Más allá de las particularidades de cada uno de los textos, ciertos elementos eran recurrentes: las referencias a la distribución de los asentamientos, las configuraciones de las construcciones y un notable énfasis en las características constructivas. En la mayoría de los casos, esto estaba precedido por un detallado informe del entorno en que se ubicaban estos asentamientos pero no tanto de datos históricos. Un trabajo a destacar en particular fue el de la belga Margarite Lefevre puesto que en Argentina sería recuperado y comentado por algunos investigadores interesados en la temática.

### **Las repercusiones en la Argentina**

A partir de la década de 1930 surgió en la Argentina un campo académico bajo el nombre de antropogeografía que tuvo influencias muy importantes tanto de la tradición alemana como de la francesa. El estudio de la “habitación humana” fue uno de los ejes que más se trabajaron en el contexto de la antropogeografía en Argentina y esto es lo que nos interesa reconocer en este punto. Veremos cómo las investigaciones en Argentina estuvieron asociadas especialmente, con las perspectivas de Ratzel, Vidal de La Blache, Brunhes y Demangeon, pero también con el geógrafo italiano Renato Biasutti y, como indicó Barros (2001), con el español Huguet del Villar. En este sentido, bajo la denominación de antropogeografía, asociada tradicionalmente con Ratzel y la vertiente germana, en realidad se agruparon influencias de distinto tenor.

Tal como observó Barros (2001), el surgimiento de la antropogeografía en Argentina estuvo ligado a la figura del etnógrafo-arqueólogo Félix Outes, quien había formado, en 1917, la Sección de Investigaciones Geográficas dentro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Cuando en 1930 fue nombrado Director del Museo Etnográfico, dependiente también de la Facultad, Outes convirtió esta Sección en el Departamento de Antropogeografía dentro del Museo Etnográfico (Barros 2001). De esta manera comenzaba a conformarse un ámbito en el que confluyeron profesionales de diferentes disciplinas. De acuerdo al propio Outes, el Departamento de Antropogeografía debía reunir “en cada oportunidad en que vaya al terreno, la documentación referente a la habitación natural, a sus construcciones accesorias, y a la geografía de la alimentación” (Outes 1931:37, en Barros 2001).

Como indicamos más arriba, más allá de las reminiscencias del término antropogeografía, no necesariamente las ideas de Ratzel eran las más mencionadas, al menos no en forma directa. Como observó Barros (2001), las referencias de Outes se orientaban más hacia el español Emilio Huguet de Villar y el francés Jean Brunhes. De todas maneras, como ya hemos mencionado, Brunhes fue muy importante para la introducción de las ideas de Ratzel en Francia y lo propio hizo Huguet de Villar en España. Es decir, que las ideas de Ratzel llegaban mediadas por estos autores. Por otra parte, más allá de las referencias de Outes como fundador del ámbito, los diferentes autores que produjeron en el marco de la antropogeografía, como Aparicio o Ardissonne, sí incluían menciones a la obra de Ratzel, junto con Brunhes, y sumaban como referente importante a Demangeon.

A partir de su referencia a la obra de Huguet de Villar, Barros (2001) planteó una vinculación muy significativa de Outes con el hispanismo de Ricardo Rojas (1882-1957), un intelectual radical que fue primero Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1921-1924) y luego Rector de dicha universidad (1926-1930). Este vínculo de Outes con Rojas abre un campo de análisis importante que pone a la antropogeografía no sólo en relación con las discusiones de la geografía europea sino también con búsquedas locales que excedían a la geografía. Por otra parte, la inserta en un contexto más amplio que el académico para vincularla con otros ámbitos intelectuales y artísticos. Como veremos, aunque los vínculos no sean explícitos, ayuda a conectar los intereses surgidos desde la antropogeografía en el estudio de la “vivienda” de diferentes lugares del país, con búsquedas contemporáneas que se daban desde la arquitectura.

Rojas, a partir de algunos de sus libros como “La Restauración Nacionalista” (1909) y “Blasón de Plata” (1912), fue uno de los principales ideólogos de un movimiento de reivindicación nacionalista que se gestó durante las primeras décadas del siglo XX. En el marco de este movimiento se despertó una intensa búsqueda identitaria en ciertos ámbitos intelectuales y artísticos en pos de la definición de lo que llamaban el “ser nacional”. En buena medida esto surgió como una reacción al proceso de europeización que definían como “cosmopolita” y “extranjerizante”, es decir distante de los que consideraban los verdaderos valores nacionales. En este contexto, surgieron dos vertientes diferentes: una que hurgaba en supuestas tradiciones prehispánicas y otra más vinculada con los valores hispánicos de la colonia. Contra lo que podría imaginarse, estas vertientes no eran en lo absoluto contrapuestas sino que se integraban en lo que Rojas (1951 [1924]) definió como la “Eurindia”, una síntesis de lo europeo y lo americano. Como decíamos, la cercanía de la antropogeografía con las ideas de Rojas, a través de Outes, abre una puerta para analizar este ámbito a la luz de las escuelas geográficas alemana y francesa pero también en relación con búsquedas locales.

#### *¿“Vivienda Natural” o “Vivienda Rural”?*

Al igual que en las tradiciones europeas de la antropogeografía y la geografía humana, el estudio de la “habitación humana” constituyó uno de los principales objetos de interés de los investigadores argentinos (Barros 2001). En tanto Outes tenía sus orígenes en la arqueología y la etnografía no debería sorprender su interés en la cultura material de las distintas sociedades. Durante las décadas de 1930 y 1940, los Anales de GAEA, la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, o de la Revista del Museo de La Plata publicaron numerosos trabajos sobre la “Vivienda Natural” o la “Vivienda Rural” para distintos lugares del país realizados por Francisco de Aparicio (1931 y 1937), Romualdo Ardissonne (1937), Fernando Márquez Miranda (1943), Beatriz Bosch (1945) o Lía Raquel Sanz De Arechaga (1948), entre otros.

También en relación con los planteos dentro de la geografía francesa, y propio del positivismo de la ciencia de la época, uno de los objetivos principales de los estudios era, tal como indicó Outes (1931), crear una “carta de la habitación humana” en el país que, en cierta forma, revelase la “diversidad cultural” existente (Barros 2001). Esta “diversidad cultural” estaba sumamente vinculada con ciertos rasgos de diversidad ambiental dando

cuenta de la dependencia que la “habitación” tenía del medio. Sin que pudiera hacerse un paralelo absoluto, el país comenzó a ser organizado en regiones naturales de las que se desprendían, casi como consecuencia, ciertos “tipos” predominantes de “viviendas”. Pese a que los aspectos culturales sobrevuelan los textos, en la práctica se hace evidente la idea de la “vivienda” como una adaptación al medio.

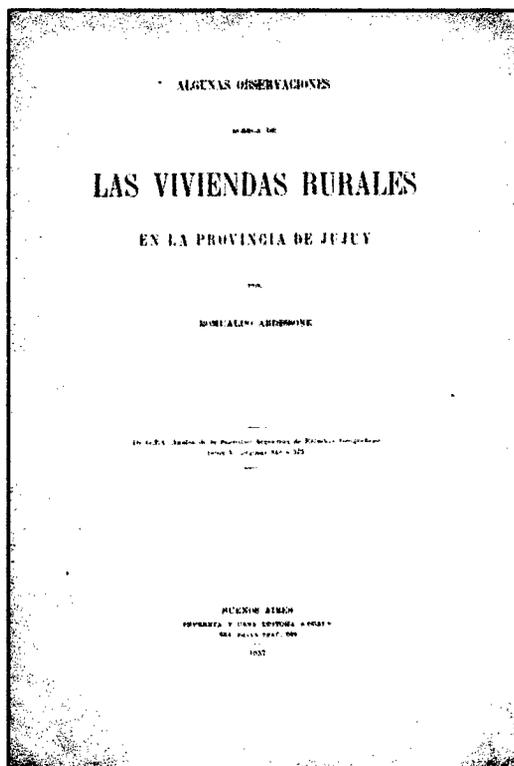


Figura 3. Tapa de la publicación de Ardissone (1937) sobre las “viviendas rurales” en la provincia de Jujuy.

Incluso antes de la conformación del Departamento de Antropogeografía, ya se habían publicado dos trabajos que eran considerados como los primeros específicos sobre vivienda en la Argentina (Ardissone 1948): la tesis de grado de Artemia Lavelli (1917) sobre “La habitación aborigen en la República Argentina desde el punto de vista de la Geografía Humana”; y el texto de Franz Kühn (1924) titulado “Material de observación para la Ecogeografía Argentina”. En particular el trabajo de Kühn se orientaba al estudio de la “viviendas rurales aisladas no europeas” (1924:6), o como el mismo sostenía aquellas regiones “no europeizadas” de la Argentina. Retomando las ideas de Huguet de Villar<sup>8</sup>, buscaba investigar en las “lococonexiones entre factores del ambiente natural y la habitación humana” (1924:6), es decir, las influencias del “ambiente geográfico” sobre las

<sup>8</sup> La referencia a Huguet de Villar pudo haber venido de Outes ya que, si bien el Departamento no estaba creado, este trabajo se publicó dentro del Instituto de Investigaciones Geográficas que él dirigía.

construcciones considerando el clima, el terreno y materia prima disponible para construir. Kühn ubicaba su investigación dentro de la “Kulturgeographie”, y entre los trabajos de Ratzel, Vidal de La Blache y Brunhes, entre otros. Al respecto de la influencia del ambiente, Kühn sostenía que no era determinante puesto que,

“la vivienda refleja, también, las pretensiones del habitante, de modo que su construcción depende, regionalmente, de la cultura de la población y su modo de vivir general, e individualmente, de las aptitudes prácticas y artísticas del constructor, que, en nuestro caso, es el mismo habitante” (1924:6)

Más allá de este marco conceptual que proponía en este texto, que fue el único específico que publicó sobre la temática, Kühn sólo se ocupó de analizar los rasgos constructivos en relación con los materiales disponibles y esbozar una clasificación tipológica. De esta manera, por ejemplo, dentro de los “tipos de casa de piedra” para el Noroeste del país definió tres posibilidades: “Tipo Normal”, “Tipo inferior o reducido” y “Tipo mejorado” en base al modo de construcción, en buena medida a la calidad de las terminaciones, y a las pretensiones estéticas y de comodidades de los ocupantes.

El trabajo de Kühn sería criticado con dureza por Ardissonne (1948) algunos años más tarde puesto que entendía que no constituía siquiera una “síntesis aceptable” y el único mérito que le otorgó fue el poner la temática en discusión. Los trabajos posteriores al de Kühn, aquellos generados en el contexto de la antropogeografía propiamente dicha, retomaban fundamentalmente los estudios de Ratzel, Brunhes y Demangeon, y también sus preocupaciones y metodología. En este sentido, los diferentes textos buscaban definir un determinado “medio geográfico”, clasificar las construcciones por su configuración y materiales usados, y finalmente definir ciertos “tipos” característicos que se constituirían como la expresión del “medio geográfico”. El objetivo primordial era la realización de una “carta de la habitación”, algo que nunca llegó a realizarse aunque sí se encararon distintos trabajos puntuales. Más allá de este marco general, los autores tenían enfoques diferentes, y una de las diferencias más importantes era si el objeto de estudio era la “vivienda natural”, siguiendo a Ratzel, o la “vivienda rural”, más cerca de Demangeon (Chiozza y Aparicio 1961).

Uno de los primeros y principales trabajos sobre la “vivienda natural” fue el realizado en 1931 por Francisco de Aparicio en la región serrana de la provincia de Córdoba<sup>9</sup>. En este texto Aparicio siguió una secuencia analítica que sería una constante en trabajos posteriores propios y ajenos. Una primera sección estaba destinada al relevamiento del “medio geográfico”, una categoría fundamental que incluía desde el suelo y la hidrografía hasta el clima y la flora, pero también las “condiciones de vida” de los pobladores como adaptación a ese medio. A partir de este relevamiento de base, comenzaba la caracterización de la “vivienda natural” que tenía como puntos salientes la “localización geográfica” y la definición de una “casa tipo”, el “rancho”. Esta definición del “tipo” estaba fundamentalmente asociada con las características técnicas de la vivienda, en especial en los modos de construcción de los muros y los techos.

Es importante que nos detengamos en la noción de “vivienda natural” que comenzó a utilizar de Aparicio en este trabajo sobre Córdoba y que sería retomada por otros investigadores más adelante. Hablar de “vivienda natural”, de acuerdo a su definición, implicaba referirse a,

“Aquellas viviendas, en cuya confección sólo se emplean materias primas suministradas por la naturaleza, adquieren, lógicamente, caracteres propios impuestos por las condiciones geográficas del lugar” (1931:7).

Lo “natural” de la vivienda, entonces, estaba fundado por un lado en la procedencia y tratamiento de los materiales utilizados, pero también en la configuración que asumía para responder a las condiciones geográficas: la inclinación de los techos en lugares con más precipitaciones, el aprovechamiento de accidentes topográficos en la construcción o la incorporación de patios o galerías. Irremediablemente, como hemos dicho, esto conducía a la creación de una tipología de viviendas que respondían a una división esquemática del territorio argentino en una serie de áreas caracterizadas por ciertos rasgos ambientales. En buena medida, las viviendas eran de hecho una expresión de la esencia de esas áreas.

Pero la asociación de lo “natural” iba bastante más allá de las características materiales de las construcciones. Siguiendo a Ratzel, Aparicio entendía que lo “natural” se extendía a “los pueblos que están supeditados a la naturaleza” (1931:7). La naturaleza no era sólo una

---

<sup>9</sup> En este texto de Aparicio agradecía explícitamente el apoyo e impulso de Outes para que profundizara sus estudios preliminares. Luego de este texto, publicó en 1937 un trabajo de características similares enfocado en la provincia de La Rioja, aunque menos detallado.

proveedora de los materiales necesarios para construir sino también la rectora absoluta de la existencia humana. Esta idea es fundamental para comprender la interpretación que se realizaba sobre estas sociedades: la “vivienda natural” resultaba “una prolongación del paisaje y compone una unidad indisoluble con los demás elementos ambientales” (Zamorano 1950:89)<sup>10</sup>.

En este posicionamiento de los autores subyace una idea que demostró una notable persistencia e incluso ha sido naturalizada: la “espontaneidad” de las construcciones. El mismo Zamorano observaba que estas viviendas “no parecen obra del esfuerzo humano, sino nacidas del mismo suelo” (Zamorano 1950:90). Es decir que, prácticamente, no son consideradas como un producto de la sociedad sino que surgen de la naturaleza tanto como una montaña, un río o un árbol. Lo espontáneo estaba vinculado con supuestos rasgos “instintivos” e “irreflexivos” de estos grupos sociales que, según entendían los autores, todavía se mantenían bajo el dominio y gobierno de la naturaleza. Va de suyo que lo que estaba en juego aquí era la negación de la existencia de lógicas propias y diferentes que conducían en cada sociedad la producción del espacio habitado. Al atravesar estas “viviendas” por el tamiz interpretativo del investigador como miembro de su propia sociedad, eran invisibilizados los puntos de vista nativos.

La definición de una sociedad que, todavía, estaba aferrada a lo natural, implicaba la existencia de otras, las propias, que ya se habían liberado. La naturaleza y la cultura no sólo eran construidas como categorías opuestas sino que eran etapas en un camino francamente evolutivo que tarde o temprano todos los grupos debían recorrer. La transición del “rancho”, considerado el mayor ejemplo de “vivienda natural” en Argentina, a la “vivienda civilizada” era un camino no sólo inevitable sino que también era necesario en pos del progreso de la sociedad. El encadenamiento de etapas que iban de lo “primitivo” a lo “civilizado” se expresaba con total claridad en relación con los materiales y las técnicas constructivas. De acuerdo a Aparicio (1937), la quincha sólo servía para “viviendas miserables”, luego seguía la piedra que era un tanto ineficaz, mientras que el adobe era el “material de lujo” de la “vivienda campesina”.

---

<sup>10</sup> Mariano Zamorano (1950) fue un geógrafo argentino que produjo alguno de los trabajos más tardíos sobre “vivienda natural” en Argentina, particularmente en Mendoza. Zamorano se doctoró en Burdeos en 1954 y tenía una fuerte influencia francesa.

Romualdo Ardissonne (1937 y 1948) tenía una perspectiva diferente que no estaba tan influenciada por Ratzel sino más bien por los trabajos de Demangeon, de ahí que no se refiriera a “vivienda natural” sino a “vivienda rural” siguiendo el planteo del geógrafo francés. La definición de una “vivienda rural”, no surgía tanto de los materiales utilizados sino de su asociación con una determinada clase de explotación agropecuaria. Tal es así que fueron importantes en su análisis ciertas cuestiones como las características de la producción o los regímenes de tenencia de la tierra (Chiozza y de Aparicio 1961).

En 1937, Ardissonne publicó su trabajo sobre las “viviendas rurales” en la provincia de Jujuy, enfocándose en los alrededores de la capital, la Quebrada de Humahuaca y algunos sectores de la Puna. Las lógicas productivas, el modo de organización de las explotaciones, la tenencia de la tierra o el tipo de producción eran centrales para el análisis de Ardissonne. De esta manera se permitió observar diferencias importantes en la distribución de la población, agrupada o aislada, y también en las viviendas a través de las configuraciones y materiales utilizados. De esta manera, intentó reconocer “las manifestaciones agrícolas y las pastoriles que se traducen en aspectos de las viviendas” (1937:367). En paralelo, a lo largo del texto le dio una importancia muy grande a las vías de comunicación que implicaban cambios en la producción y, por ende, en el modo de agrupamiento de la población que tendía a ubicarse a lo largo de estos corredores provocando una migración desde los pueblos más alejados. Este era uno de los factores disruptivos que alteraban, en su visión, la relación del ser humano con el suelo, pero no el único. La influencia de los grandes centros urbanos y de la instalación de “extranjeros” sumaba en el mismo sentido. Esto implicaba que existieran lugares con mayor determinismo que otros,

“Por lo expuesto hasta aquí, parece que en estos alrededores de Jujuy existen varios elementos que, con variada intensidad, perturban el determinismo estrictamente local de las viviendas rurales. Alejándonos más de la ciudad, yendo a La Almona, por ejemplo, ese determinismo es más visible. Se trata de una zona de topografía accidentada; pero, los cerros son bajos y se encuentran colinas, aunque a menudo el camino bordea la cornisa que da al cauce encajonado del río. El clima es húmedo y abundan los árboles y el pasto. La vida económica es ganadera. De tal estado de cosas surgen unas consecuencias necesarias para las viviendas de los puesteros. En efecto, tienen techos muy inclinados para eludir los inconvenientes de las lluvias estivales copiosas y su construcción es de paja, que tanto abunda en la comarca” (1937:360).

Como se observa, la importancia dada a los aspectos productivos agrícolas y ganaderos no iba en desmedro de la influencia que los factores ambientales tenían sobre la “vivienda”. De hecho, al igual que en otros trabajos, le dedicó todo el comienzo de sus “observaciones” a la descripción del “medio geográfico” para luego concluir,

“De todo lo expuesto en el presente escrito se desprende que, por más novedades que se adviertan, las viviendas rurales jujeñas se encuentran casi todas en estrecho determinismo con el ambiente regional, cuando no por completo local. Muchas de las que estudié corresponden a la categoría que Francisco de Aparicio denomina ‘viviendas naturales’ y que ha ilustrado ya en varias partes del país, comenzando con la región serrana de Córdoba” (1937:373).

Efectivamente, la consideración de la vivienda como natural o rural no era excluyente. Tal es así que el propio Ardissonne (1937) entendía que algunas de las viviendas que describió en Jujuy, además de ser rurales por su asociación productiva, eran naturales por sus características constructivas.

### *La “extinción del rancho”*

En relación con el cierto camino evolutivo, de la vivienda primitiva a la civilizada, que planteaban los textos y a la idea de la vivienda como una expresión del progreso de una sociedad, la desaparición de la “vivienda natural”, y del “rancho” en particular, era considerada irremediable. Los mayores contactos de estas poblaciones “naturales” con la sociedad nacional, la migración del campo a la ciudad, la apertura de vías de comunicación que permitiría la llegada de nuevos, y mejores, materiales y la transformación de las lógicas productivas llevarían a un cambio en la producción arquitectónica. Desde esta lectura, uno de los objetivos de las investigaciones era rescatar la mayor cantidad de información posible antes que desaparecieran estos testimonios antropogeográficos de la relación entre hombre y naturaleza. Así lo entendía Aparicio cuando sostuvo que,

“El rancho, débil factor antropogeográfico, no podía resistir a la profunda transformación que el hombre opera sobre el suelo de América. Condenado a desaparecer, fatalmente, sólo resta a los que sentimos profundo amor por las cosas de la tierra, estudiarlo, para salvar al menos su recuerdo, como se asegura el documento iconográfico de un ser querido que se sabe destinado a desaparecer pronto.

Un sentimiento de esta índole inspira este trabajo. El afán de documentar ampliamente tan interesante género de construcciones antes de que se pierdan por completo, alentome en la tarea – más fatigosa de lo que el lector imagina – de reunir los elementos que hoy presento al público” (1931:168).

Es notable la doble sensación que se desprende de los textos. Por un lado, el cariño hacia esas arquitecturas que observaban tan apegadas al suelo y, por qué no, un cierto dolor por su irremediable desaparición. Simultáneamente, se hace evidente una conciencia de lo necesario del reemplazo de estas construcciones por otras más “adecuadas”. En este camino estaba Zamorano cuando observó que,

“es indudable que la vivienda natural, por sus caracteres modestos, por su falta de comodidades mínimas, por su inconsciente acción atentatoria contra la salud de quienes

la habitan, significa un factor de atraso. Sobre todo, queremos ligar aquí su acción negativa relacionándola con otro problema que va convirtiéndose en crucial para la vida argentina: el despoblamiento del campo” (1950:97).

Como veremos en el capítulo 3, la asociación de las construcciones locales en ciertos lugares del país, por ejemplo en la Puna, con el atraso, la falta de condiciones mínimas de confort, los problemas sanitarios o la falta de estabilidad estructural, fueron una constante y colaboraron a la creación de un imaginario en el que ciertos materiales son más “pobres” que otros. En este contexto, el adobe y la construcción con tierra en general fueron particularmente estigmatizados. En todo caso, los trabajos producidos desde la antropogeografía en las décadas de 1930 y comienzos de la de 1940 pusieron en foco y en la consideración científica una temática que sólo había sido tratada someramente por algunos viajeros: la existencia en el país de las distintas formas en que las personas construían sus “viviendas”. En este sentido, de alguna manera lograron aproximarse a la “diversidad” existente en un contexto en el que la arquitectura europeizante seguía teniendo un papel central. Al mismo tiempo, eran hombres de su tiempo y estaban atravesados por las categorías que dominaban tanto los ámbitos académicos como la vida cotidiana. Sí resulta interesante observar la persistencia que ha tenido en el estudio del espacio doméstico su asociación con una condición “natural” o una supuesta “espontaneidad” vinculada al primitivismo.

### *La desaparición de un campo*

Cuando ya había pasado el auge en los estudios geográfico sobre el espacio doméstico, se generaron algunos trabajos tardíos como el de Mariano Zamorano (1950) enfocado en Mendoza, al que ya nos referimos, la sistematización de Chiozza y Aparicio (1961) publicada dentro de la “Suma de Geografía”, y particularmente el de Alfredo Bolsi (1968) sobre la “Puna argentina”. En particular, el trabajo de Bolsi no tenía como objetivo el estudio de la “vivienda” sino más bien “contribuir al conocimiento geográfico de la Puna argentina” (1968:6) y determinar las características básicas que definían a la región. Para esto recurrió fundamentalmente a dos categorías: “paisaje cultural” y, fundamentalmente, “hábitat”. A través de este último término, la vivienda ingresaba como un elemento importante junto con otros. La referencia al “paisaje cultural” no es casual y lo vincula con el trabajo de la escuela norteamericana de la Geografía Cultural que había iniciado Carl Sauer, con quien de hecho Bolsi se formó en algún momento. En cuanto a la noción de

“hábitat”, que es central en su trabajo, recurrió a la definición del francés Jean Tricart, y la entendía como una categoría sintetizadora que le permitía dar cuenta de,

“las condiciones naturales imperantes, del grado de civilización técnica de la población, del género de vida que la misma practica, de sus pautas culturales, de la orientación económica y, finalmente, de los elementos intelectuales y aún ideológicos que impera en los pueblos” (Bolsi 1968:14).

Más allá de las diferencias, el enfoque adoptado por Bolsi se presenta en continuidad con los trabajos antropogeográficos anteriores y particularmente de la tradición francesa alrededor del “género de vida” de Vidal de La Blache. Un punto destacado por Bolsi respecto al “hábitat” era la necesidad de estudiar su “evolución”. En este contexto, definió para la Puna la existencia de tres momentos: “el hábitat del período indígena”, “el hábitat del período español” y el “hábitat del período nacional”. Cada uno de estos momentos tenía, para Bolsi, ciertos rasgos particulares que lo definían en base a las características de las actividades productivas, la distribución de la población y el modelo de viviendas. Dada su definición, estos tres momentos tendían a definir compartimentos estancos más que las continuidades y las superposiciones.

A la hora de caracterizar el “hábitat actual” Bolsi recurrió a los datos del “Censo Nacional de Vivienda” de 1960 tomando los materiales de construcción, la organización de la vivienda, y la disposición del hábitat. En base a estos tres criterios definió a su vez, tres “modelos de hábitat”: el “minero-pastoril”, el “urbano” y el “agrícola-pastoril”. Evidentemente la base de clasificación está dada fundamentalmente por el tipo de actividad productiva de la población. El resultado, un tanto esquemático, llevaba a asociaciones absolutas en las que, por ejemplo, las viviendas del primer modelo se construían con piedra mientras que las del tercero se elevaban con adobe.

Más allá de estos trabajos más tardíos, el proyecto científico de la antropogeografía se quebró a mediados de la década de 1940 con la llegada de José Imbelloni al Museo Etnográfico y la influencia de la escuela histórico-cultural (Barros 2001). Los trabajos sobre la “habitación humana”, tan frecuentes en años anteriores, desaparecieron de las páginas de las publicaciones científicas. Además de estos cambios en un nivel académico-político, la desaparición de esta corriente debe ser pensada en un contexto más amplio puesto que contemporáneamente se diluyó el trabajo generado desde la arquitectura al que nos referiremos más adelante. Aquella búsqueda intensa poco a poco quedó reservada para

algunos pocos interesados sin un cuerpo coherente ni un espacio aglutinador. Los años subsiguientes estuvieron signados por una virtual ausencia de trabajos y publicaciones. Recién en la década de 1960 es posible observar un renacer del interés, esta vez casi exclusivamente desde la arquitectura. Sin bien se trató de una nueva mirada con nuevas intenciones, mucho de lo realizado a principios de siglo fue retomado.

La pérdida del interés en la temática no fue exclusiva del ámbito académico argentino, aunque aquí haya tenido razones locales de peso, sino que estuvo relacionada también con una declinación en el interés general hacia la geografía cultural y hacia el estudio de la distribución de los artefactos sobre la superficie terrestre. De acuerdo a Claval,

“El interés de los geógrafos por los hechos de la cultura estaba orientado hacia el conjunto de herramientas y equipamientos que utilizan los hombres para explotar el medio y acondicionar el hábitat. La mecanización y la modernización introducen un arsenal de máquinas y de tipos de construcción tan estandarizadas que el tema se vacía de su interés. La geografía cultural está en declive porque la pertinencia de los hechos de la cultura para explicar la diversidad de las distribuciones humanas desaparece” (1999:46).

La realidad mundial después de la Segunda Guerra presentaba un escenario donde aquellas sociedades con “interés antropogeográfico” parecían condenadas a la desaparición. Las técnicas agrícolas y los asentamientos dispersos de la población eran reemplazados por nuevas tecnologías y una mayor realidad urbana que las herramientas de la geografía humana del momento, demasiado esquemáticas, no podían asimilar. La definición de un “medio geográfico” en el que las personas se asentaban a lo largo de su historia impedía reconocer las complejidades, conflictos y heterogeneidades en sus espacialidades. En paralelo, es interesante observar que si bien en la mayoría de los trabajos que hemos recorrido se hace mención a la existencia de factores/influencias sociales o culturales, el análisis concreto de los casos se seguía limitando a las relaciones ambientales. Las aproximaciones teóricas y metodológicas no permitían incorporar realmente la dimensión social. En ese contexto, el espacio doméstico seguía siendo una consecuencia de los parámetros ambientales.

Recién a partir de la década de 1970, la geografía humana pudo aproximarse de lleno, y de un modo sensible, a la realidad humana como una totalidad. De la mano de geógrafos como Yi-Fu Tuan, Edward Relph, Anne Buttimer, entre otros, los enfoques humanistas y feministas comienzan a poner en el escenario otros relatos posibles. Esto ya no tiene que ver con la aproximación a estas sociedades que “perdieron el tren de la historia” sino más

bien con considerar la diversidad como un capital. Este es el momento de las relecturas del territorio, el surgimiento del interés en el lugar como categoría, y, no casualmente, del retorno del espacio doméstico pero ya no en términos de “habitación” sino más bien como “hogar” (Domosh 1998, Blunt 2005; Blunt y Dowling 2006).

### **Los estudios desde la arquitectura**

Si bien desde la arquitectura en ningún momento llegó a consolidarse un campo de estudios sistemático y con aspiraciones científicas, en diferentes momentos existieron búsquedas importantes tendientes al estudio de otras formas de producción arquitectónica que no fueran las disciplinares. Naturalmente han existido escuelas de estudio de la “Historia de la Arquitectura” pero que, más allá de casos aislados que mencionaremos, no tendieron a ocuparse de la temática.

De todas maneras, es interesante repasar algunas de las trayectorias de investigación que se desarrollaron durante el siglo XX puesto que estaban vinculadas con lo que ocurría en otras disciplinas. Particularmente se dieron dos momentos de auge: los comienzos del siglo XX, coincidiendo con el desarrollo de la antropogeografía, y las décadas de 1960 y principios de la de 1970. En el primero de los casos a partir del intento de crear una arquitectura que respondiera a un “estilo nacional”, y, en el segundo, de la mano con el interés en la “arquitectura vernácula”, uno de los muchos nombres que recibió, que se daba también en Europa. En ambos momentos las investigaciones estaban muy vinculadas con aprehender las herramientas que estas “otras arquitecturas” podían brindarle al proyectista del momento.

#### *Las búsquedas de una arquitectura nacional*

Desde la primeras décadas del siglo XX, de la mano de profesionales como Martín Noel, Ángel Guido o Héctor Greslebin<sup>11</sup>, desde la arquitectura se buscó crear un espacio proyectual que fuera propiamente nacional y representara lo que ellos entendían eran nuestros ideales y realidades. Dejar de mirar hacia Europa y buscar en nuestra historia nuevas fuentes de inspiración era uno de sus objetivos centrales. Para algunos de ellos esto significaba mirar la arquitectura del renacimiento español, para otros nuestras raíces estaban en el reciente pasado colonial o incluso en las expresiones de las sociedades

---

<sup>11</sup> Vale observar que Héctor Greslebin fue aceptado como miembro de GAEA en 1923.

prehispanicas. Lo hispano, lo colonial y lo indígena serían distintos caminos, muchas veces entremezclados y confundidos, dentro de una misma búsqueda. En particular, la producción arquitectónica del Noroeste, especialmente de Salta o Jujuy, comenzó a ser estudiada, relevada y divulgada por diferentes medios académicos e incluso periodísticos<sup>12</sup>.

Como hemos mencionado al referirnos a la tradición de los estudios sobre la vivienda en geografía, las bases ideológicas de este movimiento de reivindicación de lo nacional estaban dadas en buena medida por Ricardo Rojas. Si con “Blasón de Plata” y “La Restauración Nacionalista”, Rojas había sentado las bases de su pensamiento, fue en “Eurindia” donde se dedicó de lleno a la estética. Para él, Eurindia era “el nombre de un mito creado por Europa y las Indias, pero ya no es de las Indias ni de Europa, aunque está hecho de las dos” (1924 [1951]:11). El nuevo camino que proponía debía surgir de la concertación de las fuerzas que constituían la sociedad argentina, pero con la mirada puesta siempre en América. Inevitablemente esta confluencia implicaba una negación de los procesos históricos y de sus conflictividades en pos de un relato armónico que quedaba fuera del tiempo. Es notable cómo esto se observa en los textos sobre arquitectura en los que capillas coloniales, ruinas prehispanicas y casas contemporáneas de pastores y agricultores se suceden entremezcladas como parte de un mismo tiempo.

Le cabía a los artistas, y dentro de ellos a los arquitectos, un rol fundamental en la transformación cultural de la sociedad. Desde sus obras tenían, de alguna manera, la responsabilidad de inspirar el cambio de pensamiento y para ello Eurindia “no propone recetas para la obra, ni impone reglas al artista (...) Propone a los artistas de su credo, como única condición, la simpatía americana y la libertad personal” (1924 [1951]:13). Numerosos estudiantes y jóvenes arquitectos se sintieron atraídos a estas nuevas ideas que proponían no sólo una mirada más cercana sino también un proyecto para superar un sistema academicista que sentían agotado.

Con el apoyo de profesores como Juan Kronfuss, y con la colaboración de Martín Noel, el propio Ricardo Rojas o el arqueólogo Juan Ambrosetti, entre otros, se publicó en 1915 el primer número de la “Revista de Arquitectura” del Centro de Estudiantes que desde sus

---

<sup>12</sup> Es notable la cantidad de páginas que se dedicaban en la década de 1930 en la sección de “rotograbados” del diario La Prensa a crónicas de viajes, relatos o fotografías de los pueblos y arquitectura del Noroeste argentino e incluso de Bolivia o Perú.

comienzos se convirtió en un órgano fundamental para la difusión de las ideas del movimiento. Los números de los primeros años daban cuenta del interés que había en la cuestión. Se publicaban numerosos textos teóricos que pretendían definir el camino a seguir, estudios arquitectónicos y arqueológicos de construcciones coloniales, prehispánicas o actuales de distintos rincones y luego las primeras obras y proyectos en el nuevo estilo. Como venimos indicando, para ciertos sectores intelectuales comenzó una reivindicación muy importante de otra arquitectura, una que se entendía como propia y como un ejemplo a seguir. En la práctica, la situación era un tanto diferente puesto que si bien se comenzó a mirar hacia América se mantuvieron los ojos europeos.

Un punto alto de estos nuevos intereses se expresó en la serie de “Documentos de Arte Argentino” publicados a partir de 1939 por la Academia Nacional de Bellas Artes. Estos volúmenes tenían como uno de sus principales objetivos la difusión del “arte argentino” (Schenone 2004). Los primeros Cuadernos de estos Documentos se dedicaron exclusivamente a retratar la arquitectura y el arte, con una clara inclinación hacia lo eclesiástico, de distintos poblados del noroeste argentino, especialmente de la Puna y la Quebrada de Humahuaca. Tal es así que el primero se dedicó exclusivamente a la iglesia de Yavi, en la provincia de Jujuy<sup>13</sup>. Cada uno de los Cuadernos presentaba una gran cantidad de fotografías que hoy en día constituye un material único. No podemos obviar que el prólogo en estos cuadernos fue escrito por Martín Noel quien era uno de los protagonistas de este movimiento que buscaba la constitución de una “arquitectura auténticamente nacional”, que tomara distancia de los modelos europeizantes. En este contexto, la arquitectura del Norte del país se constituyó como una fuente “virgen” de inspiración para alcanzar este objetivo lo que imponía una especie de “romanticismo civilizatorio” a la mirada. No casualmente en el texto se ponía un especial énfasis, además de los datos históricos, en una supuesta “comunidad” entre lo hispano y lo americano. La influencia de la “Eurindia” de Ricardo Rojas es insoslayable.

---

<sup>13</sup> El segundo Cuaderno se tituló: “De Uquia a Jujuy” (1939), el segundo bis: “Ramificaciones del Camino de la Quebrada de Humahuaca y del Camino de los Incas” (1942), el tercero: “Por la ruta de los Inkas y en la Quebrada de Humahuaca” (1940) y el cuarto: “De la Puna atacameña a los Valles Calchaquíes” (1940).

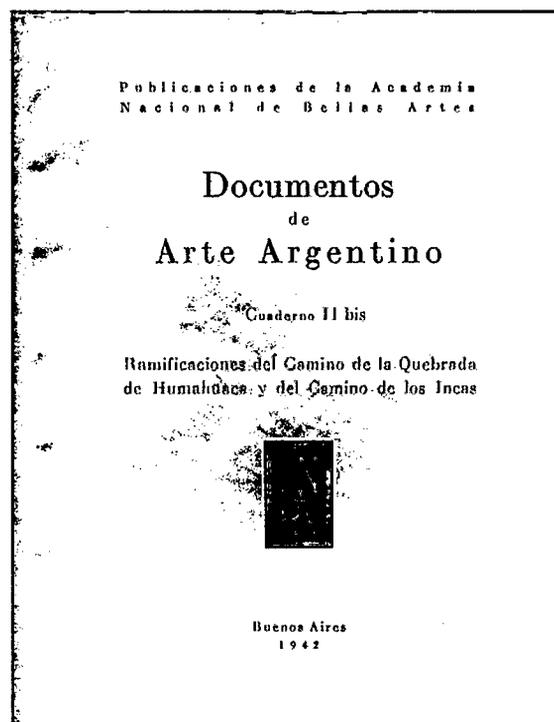


Figura 4. Tapa de uno de los Cuadernos publicados por la Academia Nacional de Bellas Artes.

### *El renacimiento de los estudios en la década del sesenta*

Desde mediados de la década de 1940 hasta ya avanzada la de 1960, al igual que en la geografía, el tema perdió centralidad, tanto por un cambio en los intereses disciplinares como por cuestiones político-ideológicas. Sin embargo, ya en el período 1952-1960 comenzó una cierta avidez de los estudiantes de las Facultades de Arquitectura “por encontrar raíces telúricas para una arquitectura auténtica” (Ortiz 2003:27). De alguna manera, frente a los modelos pretendidamente universales del Movimiento Moderno surgía una reacción que reivindicaba lo local. No podemos dejar de vincular este interés con las reacciones de principios de siglo, también surgidas de los estudiantes y de algunos profesores, frente a la arquitectura académica. Una vez más, las arquitecturas de distintos lugares del país, en particular las del Noroeste, se convirtieron en una fuente de renovación conceptual y estética. Esto implicaba que estas investigaciones, en general, tampoco buscaban analizar esas arquitecturas desde los puntos de vista locales, sino más bien resaltar ciertos aspectos que eran funcionales a sus argumentos. Más allá de las búsquedas estéticas, este acercamiento a otras arquitecturas estuvo muy vinculado, también, con un proceso de concientización social de los profesionales que en algunos casos se volcaban de lleno a la búsqueda de soluciones a los problemas habitacionales en el país. Un excelente

ejemplo, fue el de Ernesto Vautier que trabajó en distintos lugares de Latinoamérica en proyectos de autoconstrucción<sup>14</sup>.

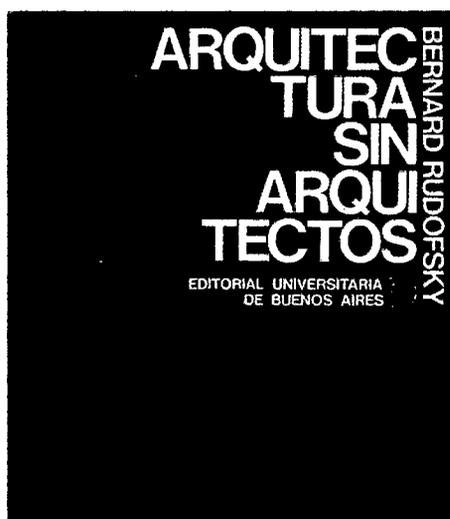


Figura 5. Tapa de la edición de Eudeba del texto de Bernard Rudofsky (1964 [1973]).

Por esos años, como también observó Ortiz (2003), la publicación del libro de Bernard Rudofsky (1973 [1964]), “Architecture without Architects”, sirvió para potenciar un ambiente que ya estaba inclinándose hacia lo que se suele conocer como arquitectura vernácula. El libro de Rudofsky es una especie de catálogo de ejemplos de “arquitectura sin genealogía”, como reza el subtítulo, de distintas partes del mundo en un intento de contar otras historias posibles de la arquitectura que no entraban en el relato occidental. En estos ejemplos se entremezclaban casos arqueológicos con expresiones contemporáneas tal que por momentos se generaba un relato ahistórico. Por otra parte, esta idea de una falta de “genealogía”, además de ubicarla fuera del tiempo, estaba asociada con la construcción de la noción de “arquitecturas anónimas”. Esto irremediamente implicaba desconocer la relación, siempre densa, entre determinados grupos sociales y personas con su forma particular de producir espacios.

Más allá de este texto, contemporáneamente se publicaron dos libros fundamentales: “Shelter and Society” de Paul Oliver (1978 [1969]) y “House, form and culture” de Amos Rapoport (1972 [1969]). Ambos deben ser separados del realizado por Rudofsky puesto que tenían una mayor vocación analítica y reflexiva sobre la temática en tanto buscaban

---

<sup>14</sup> Sobre la obra de Ernesto Vautier, ver: Gutiérrez (2005).

construir un marco interpretativo. No casualmente Oliver se preguntaba, poniendo en cuestión la intemporalidad y esencialismo de los estudios existentes,

“¿Es correcto asumir la existencia de un mundo sin cambio, evolución o decadencia que permita comparar los ejemplos de ciertas sociedades actuales con el “hombre primitivo” y definir sus alojamientos como prototipos constructivos?” (1978:9).

Tanto Oliver como Rapoport, más allá de sus diferencias, se plantearon la necesidad de comprender la producción arquitectónica de las distintas sociedades desde sus lógicas. En este sentido, ambos se plantearon una reflexión sobre los sentidos implícitos en la definición de lo popular, lo vernáculo y lo primitivo, criticando los supuestos implícitos en las nociones de espontaneidad o anonimato. Es necesario destacar que sus trabajos estaban profundamente imbricados en las investigaciones etnográficas contemporáneas que se llevaban a cabo en distintos lugares del mundo.

Otro texto, contemporáneo y que también llegó al ámbito académico argentino, fue “On Adam’s House in Paradise. The idea of the primitive hut in architectural history” de Joseph Rykwert (1974 [1972])<sup>15</sup>. Allí el autor recorrió los planteos de distintos arquitectos, algunos contemporáneos suyos, cuando invocaban la noción de una primera casa de la humanidad “como justificación, como principio primero de sus reformas radicales” (1974:13). Este es un punto cercano a nuestra argumentación respecto a cómo la arquitectura vernácula funcionó en diferentes momentos, también en Argentina, como una especie de refugio primigenio para recuperar la esencia de una verdadera arquitectura liberada de prejuicios.

Más allá de las influencias teóricas en cada caso, lo concreto es que desde la década de 1960 y hasta mediados de la de 1970 existió una suerte de auge en los estudios sobre las otras arquitecturas, especialmente aquellas del norte del país. Un notable ejemplo fueron las ocho entregas de la serie “Pueblos de encomienda en la Puna jujeña” que se publicaron en la revista “Nuestra Arquitectura” entre 1963 y 1965<sup>16</sup>. Esta serie de artículos fue dirigida por Rafael Iglesia y Federico Ortiz, con la participación de Miguel Asencio y

---

<sup>15</sup> Es interesante observar que tanto Rapoport como Rykwert estuvieron en Buenos Aires en 1969 participando del X Congreso Mundial de Arquitectura, que tuvo como eje central: “La Arquitectura, factor social; la vivienda de interés social”, una temática que movilizaba notablemente a los estudiantes y los jóvenes profesionales (Schávelzon, Com. Pers.).

<sup>16</sup> Además de esta serie se publicaron otras entregas sobre los “alrededores de La Quiaca”, “El poblado y la Iglesia de Purmamarca”, realizado por Alberto Nicolini, y sobre “El conjunto rural de Rodeo en la Puna jujeña”.

Héctor Schenone. La investigación se orientaba especialmente hacia “los edificios de interés histórico y artístico levantados en territorio de nuestro país durante la dominación hispánica” tomando, entre otros, los pueblos de Cochinoca, Casabindo, Rinconada y Yavi. En este sentido, las entregas, que presentan una cantidad importante de información histórica surgida del trabajo de archivo realizado por los autores, se orientaron fundamentalmente hacia los ejemplos eclesiásticos y la historia urbana. Es interesante observar que una revista dirigida a un público amplio dentro de la disciplina, le destinaba un espacio a este tipo de trabajos que tenían una vocación científica, lo que da la idea de un cierto interés masivo de los profesionales hacia estos temas. Algunos años más tarde, Asencio, Iglesia y Schenone (1974) publicaron “Arquitectura en el altiplano jujeño”, un clásico sobre la temática, que retomaba específicamente los casos de Casabindo y Cochinoca. El texto pareciera tener una cierta voluntad de reivindicación, con un cierto esencialismo, valorando lo que se daba en llamar la “estética de la escasez” o “estética de la pobreza”.

La influencia sobre el trabajo proyectual de los arquitectos no fue sólo una enunciación sino que tuvo acciones bien concretas. En mayor o menor medida, debemos mencionar a los profesionales englobados dentro de lo que se ha conocido como “Casas Blancas”, como Claudio Caveri y Eduardo Ellis, pero también la intensa acción de Ernesto Vautier en la discusión y solución de la problemática de la vivienda rural en distintos países, el trabajo de Víctor Pelli o el de Eduardo Sacriste desde Tucumán. El caso de Sacriste es interesante porque, además de su acción como proyectista, publicó trabajos de investigación sobre la temática<sup>17</sup>. Entre éstos, uno sobre “La vivienda en zonas áridas y semiáridas” (1978) en un número de la colección Summarios que tenía como título un sugestivo “Todos somos arquitectos”<sup>18</sup>. En ese mismo número se incluyó un trabajo importante, aunque no tan conocido, de Ramón Gutiérrez (1978) sobre cosmovisión y ritualidad en la construcción de la casa en el altiplano peruano. Si bien estas cuestiones habían sido someramente tratadas por antropólogos entre distintos grupos sociales en Perú, no se puede decir lo propio sobre

---

<sup>17</sup> Debemos mencionar también el libro “Casas y templos” (1990) publicado por la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires.

<sup>18</sup> Este título estaba íntimamente relacionado con el posicionamiento que expresó Marina Waisman en la editorial de este número. Al referirse a estas arquitecturas observó la centralidad en la relación persona-arquitectura al sostener que:

“Lo que importa destacar es que se ha eliminado aquí la intermediación profesional en la producción de la vivienda, que se da una total inmediatez entre la percepción de la necesidad y la provisión de la solución, o, mejor dicho, que la intermediación entre ambas se ha concretado por medio de la experiencia socialmente vivida en el tiempo” (Waisman 1978:2).

los enfoques arquitectónicos. Frente a la mirada exterior sobre el espacio doméstico, Gutiérrez se aproximó a una interpretación de la mirada nativa. Tal es así que concluyó que “la casa pasa a ser de esta manera un testimonio de la forma de vivir, pensar y sentir del hombre aymará” (1978:30) y su construcción “es un acontecimiento clave en la vida de estos hombres” (1978:31).

El propio Gutiérrez publicó en la revista DANA<sup>19</sup>, junto al geógrafo Alfredo Bolsi (1974), los resultados de la investigación que habían realizado juntos en 1968 en la localidad Susques, provincia de Jujuy. En este trabajo se dedicaron a revisar detalladamente la historia de Susques vinculándolo con las transformaciones urbanas, además del análisis de la arquitectura de la Capilla y de las casas urbanas. Un punto interesante, y que lo diferencia de los anteriores, es que se incorporaron la problemática y las transformaciones sociales como una cuestión inseparable del análisis del espacio urbano y doméstico. Junto con Graciela Viñuales, Gutiérrez también publicó en 1979 su trabajo sobre la “Arquitectura de los Valles Calchaquíes” (Gutiérrez y Viñuales 1979), en este caso más orientado hacia el estudio no ya de la arquitectura doméstica sino más bien de la civil y religiosa.

### *El regreso de la “vivienda natural”*

A comienzos de la década de 1970, el Instituto de Investigaciones de la Vivienda (IIV) (1972) de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, como se llamaba por esos años, de la Universidad de Buenos Aires, publicó el libro “Tipos predominantes de vivienda natural de la República Argentina” dirigido por Hernán Urquijo. Esta publicación, que debe ser ubicada en una línea de investigación diferente a las anteriores, fue el resultado del trabajo de recopilación y sistematización de la información existente sobre la vivienda en diferentes lugares del país. Los trabajos producidos especialmente desde la Antropogeografía, casi cuarenta años antes, se constituyeron en la principal fuente de información utilizada. Tanto es así que incluso recuperaron de esa línea de trabajo la noción de “vivienda natural” y la intención de cartografiar la diversidad de la vivienda.

---

<sup>19</sup> Los “Documentos de Arquitectura Nacional y Americana”, primero “Documentos de Arquitectura Nacional” (DAN), editados en el Departamento de Historia de la Arquitectura de la Universidad Nacional del Nordeste y dirigidos por el propio Ramón Gutiérrez y Ricardo Jeseé Alexander, se constituyeron como un espacio importante en el que se publicaron numerosos trabajos sobre arquitectura vernácula en distintos lugares de Argentina y América.

El resultado fue una clasificación del país en la que definieron cada una de las regiones a partir de una tipología de viviendas. Tal es así que definieron, por ejemplo, una “vivienda” tipo “mesopotámico chaqueño” y otra tipo “puntano cordobés”<sup>20</sup>. Si bien la organización no se basaba explícitamente en los aspectos ambientales, el resultado pareciera surgir de estos, lo que no debería sorprender si el punto de partida era la “vivienda natural”. En el criterio de división, además de las características de las viviendas, parecieran haber tenido un rol muy importante tanto lo ambiental como las divisiones provinciales. Un riesgo implícito en esta clase de investigaciones, y que se observaba en este caso, era la homogenización hacia el interior de cada uno de los subtipos que no permite reconocer las enormes variabilidades que suelen presentarse y que, por otra parte, pueden ser consideradas muy importantes al interior de los grupos.

De todas maneras, si bien se recuperaba la noción de “vivienda natural” con algunas de sus definiciones asociadas, este texto implicó una revisita al concepto con ciertas modificaciones importantes. El primer criterio definitorio era que fuera “construida por sus propios moradores y con predominio de materiales de la zona” (IIV 1972:18). De esta forma, además de los materiales locales, no ya naturales, se sumaba la relación entre la persona que habita y la obra. El segundo criterio era que estuviera “organizada en base a módulos o unidades de planta cuadrangular o rectangular, de tipo semiindependiente y repetitivo, en sentido horizontal” (IIV 1972:18), lo que incorporaba un requisito morfológico a la definición. Finalmente, debían de ser el “alojamiento de grupos familiares cuyos medios de subsistencia dependen de actividades primarias” (IIV 1972:18). Este último criterio, aproximaba la definición a la de “vivienda rural” usada por Ardissonne.

Sea desde los espacios de investigación, desde la búsqueda proyectual en torno a una discusión estético-ideológica o la acción, si se quiere, más concreta sobre la resolución de problemáticas habitacionales, fueron muchos los arquitectos que durante este período orientaron su mirada hacia otros espacios de producción arquitectónica. La sucesión de dictaduras militares en Argentina desde finales de la década de 1960, y en particular en 1976, implicó la ruptura de la continuidad en estas investigaciones. Muchos de los profesores involucrados perdieron sus espacios de trabajo y se quebró un camino que, más allá de las diferencias teóricas y metodológicas que podamos plantear desde el presente,

---

<sup>20</sup> En total se definieron seis tipos de vivienda: “mesopotámico chaqueño”, “santiagueño chaqueño”, “andino cuyano”, “puntano cordobés”, “pampeano” y “patagónico”. Cada uno de éstos a su vez tenía sus subtipos.

proponía una búsqueda distinta que intentaba quebrar el discurso universalista y homogeneizador de una arquitectura hegemónica.

## **Cierre**

### **Intersecciones y persistencias**

Como hemos planteado a lo largo de este capítulo, la “vivienda”, la “casa” o la “habitación” se constituyeron a lo largo del siglo XX como objetos de investigación sumamente fértiles para el trabajo interdisciplinario. En particular hemos tratado de identificar dos momentos de auge: las décadas de 1930 y 1940, por un lado; y las de 1960 y 1970, por el otro. Cada uno de estos momentos tuvo sus particularidades en relación con sus enfoques y plataformas explicativas, pero también una continuidad que implicó que ciertos conceptos fueran retomados y revisados. Por otra parte, existió un interesante ida y vuelta entre investigadores que provenían de espacios disciplinares diferentes.

Las vinculaciones entre arquitectos, antropólogos, arqueólogos y geógrafos en la década de 1930 se articularon en torno a las ideas de Ricardo Rojas vinculadas a una mirada que, con un objetivo claramente nacionalista, buscaba reconocer la existencia de ciertas formas de producción arquitectónica que no eran las europeas. El intercambio, por otra parte, se expresó en diferentes ámbitos y la participación de Ambrosetti en la “Revista de Arquitectura” o los vínculos entre el arquitecto Héctor Greslebin y el antropólogo Eric Boman, son sólo dos de los ejemplos posibles. Algo parecido podríamos decir sobre el modo en que el Instituto de Investigaciones de la Vivienda retomó en la década de 1970 los trabajos realizados desde la antropogeografía.

La ruptura en la discusión de estas cuestiones, producto tanto de cambios en la agenda científica como de cuestiones académicas y políticas, tuvo como consecuencia la falta de una continuidad que permitiera la consolidación de un campo de estudios. Como un correlato, la inmensa producción académica resultante, que hemos citado parcialmente en este capítulo, se encuentra hoy en día mayormente dispersa. En todo caso, en sus distintos momentos, las investigaciones permitieron avanzar en la ruptura de la idea de la “arquitectura monumental” como único objeto de estudio posible, ampliando de esta manera el escenario de la producción arquitectónica.

De la misma manera que es fundamental poner en valor las tradiciones académicas en las que se insertan las nuevas investigaciones, desde una mirada actual sobre la problemática es necesario revisar ciertas categorías que han demostrado una notable persistencia y que, en algunos casos, se constituyen como una pesada herencia. Las referencias a lo “natural”, lo “espontáneo”, lo “anónimo” o lo “primitivo” como explicación imponen un velo que impide reconocer los sentidos profundos, las dimensiones sociales y simbólicas que subyacen en cualquier producción espacial. Por otra parte, han contribuido a la construcción de miradas ahistóricas y esencializadas que exacerbaban la existencia de una supuesta “pureza”. Si bien esto no es válido para la inmensa mayoría de la producción académica actual, también es cierto que estas ideas sí ingresaron en el público más amplio y en algunos casos se constituyeron como parte del sentido común.

## La invención del desierto puneño y su pobre arquitectura

---

Dentro del proceso de expansión territorial de finales del siglo XIX, la región conocida como Puna de Atacama fue la última en convertirse en un territorio bajo control del Estado Argentino. Como ya hemos mencionado, este no era el primer cambio jurisdiccional que había tenido esta área. En 1825 con la independencia de Bolivia, pasó a formar parte del territorio de este país hasta que en el contexto de la Guerra del Pacífico fue anexado por Chile. Recién en el año 1900 luego de un laudo arbitral fue incorporada por Argentina y convertida en un nuevo Territorio Nacional con el nombre de Los Andes. A diferencia de lo que ocurrió con el resto de los Territorios Nacionales en la Patagonia o el Chaco, Los Andes nunca llegó a convertirse en provincia, fue disuelto en 1943 y dividido entre Jujuy, Salta y Catamarca. La particularidad de esta incorporación y que la diferencia de los casos de la Patagonia y el Chaco, es que Argentina nunca había demostrado demasiado interés sobre esta área, ni tampoco había generado políticas activas para lograr su incorporación (Benedetti 2005). Si en los otros casos el Estado argentino se embarcó en cruentas campañas de conquista, en la Puna de Atacama se trató mayormente de un éxito diplomático.

A partir de su incorporación, la Puna de Atacama comenzó a ser recorrida, reconocida, descrita, cuantificada y adjetivada por una cierta cantidad de viajeros de distintas formaciones, financiamientos e intereses. El nuevo territorio se presentaba como un espacio desconocido y que necesariamente debía ser “alumbrado”. Estos viajeros cumplirían precisamente con la función de generar un conocimiento sobre ese espacio que permitiera generar políticas de Estado, pero también despertar la imaginación de quienes los leían desde los grandes centros urbanos. Todos ellos fueron gigantescos productores de imágenes sobre aquel lugar “desierto”. Narrar un espacio, describirlo y medirlo, constituye, en palabras de Andermann (2000) una “toma simbólica de posesión del espacio”. Son los relatos de estos viajeros los que nos interesa analizar en este capítulo.

La temática sobre los viajeros en la Puna de Atacama ha sido tratada ya ampliamente por otros investigadores (p.e. Benedetti 2003 y Castro 2007) y desde sus aportes partiremos. Nos interesa, sin embargo, enfocarnos en un punto particular dentro de los relatos: sus

miradas sobre las “casas” puneñas<sup>1</sup>. Un repaso sobre cualquiera de estos relatos nos muestra cómo constituía, junto con el medio físico, los pobladores y las formas productivas, uno de los puntos recurrentes en las descripciones. ¿Por qué eran las casas tan significativas para estos viajeros? ¿Qué era lo que mostraban al describirlas?

A lo largo del capítulo veremos cómo existía una continuidad, una interrelación a partir de la causa-consecuencia, en las imágenes que estos viajeros generaron sobre el medio natural, la población indígena y sus “casas”. Basados mayormente en un determinismo ambiental, los relatos enfatizaban la idea del primitivismo de la población como consecuencia de la vida en un espacio estéril y aislado, y las “viviendas” como expresión material de ese atraso. Estos discursos sobre el territorio construyeron un cierto imaginario que actuó como justificación de las acciones del Estado. Ni la Puna, ni su población podían entrar en el imaginario de un país que se pensaba, construía y soñaba con la mirada en Europa y con un modelo básicamente agroexportador de pampa húmeda.

Este capítulo, más allá de la significación que pueda tener en sí mismo, es funcional al armado y a los objetivos de esta tesis. La construcción externa del espacio puneño ha descansado históricamente sobre la idea de lo “vacío”, y de las “casas” de los pobladores como “lo posible”. En este sentido, se ha invisibilizado toda capacidad de la población puneña de decidir su destino desde sus propias concepciones. Frente a la construcción externa de la Puna como un “desierto” que intentaremos poner en evidencia en las próximas páginas, a lo largo de los capítulos que siguen nos proponemos poner en evidencia la existencia de una geografía intensamente vivida con territorios y lugares densamente significados.

### **Desplazamientos, encuentros y producción de espacios**

El estudio de los relatos producidos sobre el territorio por parte de los viajeros formó parte de los intereses de la Geografía Histórica fundamentalmente a partir de las influencias de las geografías poscoloniales que le “habrían permitido historizar e incorporar el estudio de las representaciones a los procesos estudiados en dicho campo” (Zusman 2006:171). Siguiendo también a Perla Zusman, es a partir de estos aportes que le “se otorga relevancia

---

<sup>1</sup> En general, los relatos oscilan entre “vivienda” y “casa”, profusamente adjetivados por cierto, para designar a los asentamientos de los pobladores.

al estudio de las representaciones geográficas, es decir, a un conjunto de imágenes sobre los trópicos o los desiertos, sobre las sociedades, sobre las formas de organización política, sobre las mujeres y los hombres del mundo” (2006:177). En buena medida, los relatos de estos viajeros eran parte de un proceso de producción de geografías coloniales que a su vez estaban relacionadas con el contexto político de un momento histórico (Zusman 2006). Los relatos se constituyen como un camino posible de análisis de cómo se producían ciertas imágenes que participaban de la construcción de un territorio funcional a los intereses, en este caso, del Estado. En este sentido, las representaciones están relacionadas y justifican las intervenciones que luego se materializan en el territorio.

Debemos partir de entender al desplazamiento “como una práctica social y no solo como ‘ese trámite indispensable para alcanzar un destino’” (Zusman et al. 2007:10). Es el recorrer, más que la estadía, lo que se subraya en los relatos, el observador aparece habitualmente caminando, yendo más que estando. No casualmente si revisamos algunos de los relatos, veremos que cada uno de los puntos se refiere a la travesía. No es un registro de la estadía sino más bien del trayecto: “De Susques a Rosario”, luego “De Rosario a Coranzulí” podría decir alguno. Las imágenes de los recorridos se suceden una atrás de la otra y se superponen creando escenarios. El acto del viaje de exploración implica abandonar el hogar, un lugar seguro, para ir al encuentro de un espacio desconocido para el viajero y que debe ser observado, descrito y relatado. El viaje implica ir al encuentro del “otro” construido como tal a través de un conjunto de representaciones simbólicas y dentro de una interacción desigual (Pratt 1997). Pero a su vez, implica la construcción de lugares. Las “representaciones sobre los ‘otros’ configuran los lugares donde estos se materializan” (Castro 2007:94). La Puna, en tanto lugar, se constituyó en buena medida desde las representaciones creadas por los relatos sobre la otredad.

A partir del análisis de un fragmento del relato de Richard Burton sobre África Central, Pratt observó la existencia de tres medios para crear valor cualitativo y cuantitativo: primero, se construye un paisaje “estetizado” en el que, a modo de una pintura, “la descripción está ordenada en términos de primer plano y fondo” (1997:350), el texto se compone como un cuadro que busca recrear una cierta imagen; luego, se busca “densidad de significado” a partir de una escritura que abunda en adjetivaciones que delimitan y dan cuerpo a lo sustantivo; finalmente, se presenta una “relación de dominio” donde existe un observador y alguien o algo que es observado y descrito.

En este sentido, los relatos son “registros de la realidad provistos de perspectiva –y no como fuentes objetivas de información– y también, como instrumentos que participan de la producción de un espacio de conocimiento y, al mismo tiempo, de un espacio de poder” (Castro 2007:95). Tal es así que los relatos se constituyen como una forma de conquista del espacio físico y simbólico. Como sostuvo Pratt, los “ojos imperiales pasivamente observan y poseen” (1997:27). El cronista toma posesión del espacio durante su recorrido desde lo visual, luego nombra, describe y así controla y delimita los lugares con una cierta carga de significado que se superpone con fuerza sobre los sentidos existentes.

Al mismo tiempo, la crónica tiene un destinatario. El relato de los viajeros alimenta la fantasía de los lectores, mientras que quien se desplaza se constituye como una especie de héroe civilizatorio que se adentra en las entrañas de lo desconocido y lo oscuro para darle una forma que puede ser digerida por un público que está sentado en su casa. El relato crea un regocijo en el lector de la ciudad, por un lado por la curiosidad que despierta pero fundamentalmente porque fortalece, en la comparación, el ideal de progreso. Frente a la realidad primitiva y extrema que se describe, particularmente en el caso de la Puna, los espacios de la civilización se vuelven un ideal a defender, sostener y propagar. Podemos apropiarnos de lo que observó Pratt, cuando sostuvo que “la entidad llamada Europa fue construida desde afuera en la misma medida que desde adentro” (1997:25). En este sentido, los relatos de los viajeros construyeron ciertos lugares como la Puna pero también participaron en la construcción y fortalecimiento de sus propios lugares, de su hogar, desde la confrontación con la otredad.

### **Sobre viajeros, funcionarios y científicos**

Las primeras décadas del siglo XX presentan una notable cantidad de viajeros de diferente tenor que recorrieron la recién incorporada “Puna de Atacama”. Del corpus de textos de estos viajeros hemos seleccionado cuatro que consideramos que son representativos de diferentes momentos, formaciones, adscripciones institucionales e inquietudes: Daniel Cerri, Eric Boman, Eduardo Holmberg (h) y Luciano Catalano. Con esto buscamos dar cuenta tanto de los matices en las miradas como de los muchos elementos comunes que se presentaban. Creemos que sería un error homogeneizar las distintas miradas dentro de una categoría de “viajeros funcionales a los intereses hegemónicos”, lo que no implica que

dejaran de compartir muchos intereses y en general partieran, si cabe, de paradigmas comunes.

Tomaremos como base la clasificación propuesta por Benedetti (2003), que ha distinguido tres grupos de viajeros en función de las inquietudes que los movilizaban:

- 1- Aquellos que recorrieron el territorio dentro de una misión oficial con el objetivo de relevar las riquezas y organizarlo administrativamente.
- 2- Aquellos técnicos que debían evaluar las potencialidades mineras.
- 3- Aquellos científicos que tenían como objetivo realizar estudios etnográficos o geográficos, sin depender necesariamente de un organismo oficial.

### *Las formaciones e intereses*

De todos estos viajeros hemos tomado dos viajeros correspondientes al primer grupo, Cerri y Holmberg, y uno para cada uno de los dos restantes: Catalano y Boman, respectivamente. Dentro del cuerpo de relatos de viajeros hemos tomado estos cuatro en primer lugar porque cubren ampliamente el espectro de intereses y procedencias de formación e institucionales, contemplando al mismo tiempo distintos momentos. En este sentido, estamos considerando tanto a los funcionarios oficiales en funciones políticas y técnicas, como otros que tenían una mayor vocación científicista. En paralelo, contemplamos tanto relatos surgidos en los primeros años luego de la anexión como otros algo más tardío. En relación con nuestros intereses, estos cuatro textos son los que contemplan las descripciones y caracterizaciones más minuciosas sobre la “vivienda” en la Puna.

Tanto Daniel Cerri como Eduardo Holmberg participaron de misiones oficiales que tenían como objetivo el reconocimiento del territorio que acababa de ser incorporado y que era completamente desconocido para los organismos y funcionarios del Estado argentino. Ambos tienen un estilo de escritura ameno basado en el relato de las circunstancias de sus viajes e incluyen tanto descripciones ambientales como de la población y sus costumbres, al mismo tiempo que analizan las posibilidades y políticas que deberían aplicarse. Tal como lo planteó Benedetti (2003), la desazón y la falta de esperanza sobre las posibilidades de este territorio son una constante en sus textos.

En particular Daniel Cerri (1841-1914) realizó dos “viajes exploratorios” en marzo y abril de 1900 y octubre-enero del 1900-01 en calidad de primer gobernador del Territorio de Los

Andes (Cerri 1993 [1903]). A partir de estos viajes recopiló la información que se publicó en 1903 con el nombre de “El Territorio de Los Andes. Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador el General Daniel Cerri”. Antes de asumir como gobernador del territorio, había tenido una intensa actividad como militar, participando en la batalla de Pavón, la guerra del Paraguay y la “conquista del Desierto” (Göbel y Delgado 1993). Como plantearon Göbel y Delgado, en su texto Cerri “reproduce, en un estilo directo y ameno que en partes hace traslucir cierta ingenuidad del autor, lo observado y lo sucedido durante sus viajes” (1993:II).

Eduardo Holmberg, por su parte, era el hijo del naturalista del mismo nombre y recorrió la Puna de Atacama como parte de la misión que el Ministerio de Agricultura le había encargado a Oscar Doering (Benedetti 2005). Recorrieron este territorio en el año 1900 y de allí surgió la publicación: “Viaje por la Gobernación de Los Andes (Puna de Atacama)” que apareció el mismo año. En relación con el tipo de misión que debían realizar, las observaciones de Holmberg estaban orientadas hacia los aspectos ambientales de la Puna, lo que no impidió que dedicara una parte importante de su obra a describir la situación en la que se encontraba la población, y cuáles eran sus posibilidades reales de entrar en “la senda del progreso”.

Eric Boman (1867-1924) formaba parte del grupo de arqueólogos-etnógrafos que pasaron por la Puna de Atacama en las primeras décadas del siglo XX. Su texto fue el resultado de las investigaciones que realizó en 1903 como miembro de la Misión Científica Francesa dirigida por Créqui de Montfort y E. Séneca de la Grange. Boman ya había recorrido la región en 1901 como parte de la Misión Sueca dirigida por Nordenskiöld. Las observaciones surgidas de su trabajo en 1903 se publicaron en Francia en 1908 con el título de: “Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama” y constituye una obra sumamente visitada sobre la temática. Tal como la planteó Sanhueza Tohá, el de Boman era “el clásico discurso del etnólogo decimonónico, que organiza y construye su relato en función de la identificación de sociedades o culturas en estado “puro”, y por tanto aisladas y marginales, requisito indispensable según sus postulados, a todo objeto de estudio antropológico” (2001:76). Veremos más adelante como Boman pretendía en su relato una cierta objetividad y distancia científicista con su objeto de estudio: las poblaciones pasadas y actuales de la Puna.

El caso de Luciano Catalano (1870-1960) es diferente al de los anteriores especialmente por el cierto optimismo que tenía sobre las posibilidades a futuro de la Puna de Atacama. Esto es indisociable del hecho de que Catalano recorrió la Puna casi treinta años más tarde y su visión y el contexto eran diferentes. Las posibilidades técnicas y el trabajo se constituían en su interpretación como herramientas que podían generar una transformación en el territorio. Es decir, el progreso no vendría en forma espontánea, ni sería inevitable, sino que se debía actuar y el Estado tenía una responsabilidad al respecto. Catalano realizó cinco comisiones oficiales por Los Andes desde 1923 hasta 1927 “en lapsos variables entre tres y más de seis meses de permanencia continuada en cada una de esas expediciones” (Catalano 1930).

De estos viajes surgió su texto más conocido: “Puna de Atacama (Territorio de Los Andes). Reseña geológica y geográfica” que escribió en 1927 aunque se publicó en 1930. En tanto era geólogo y sus viajes fueron financiados por la Dirección General de Minería, Geología e Hidrología del Ministerio de Agricultura de la Nación (Benedetti 2005) su texto se orientaba hacia la descripción de las características geológicas y las potencialidades de la explotación minera, fundamentalmente de los boratos, para el desarrollo del territorio. De todas maneras, se permitió incorporar dos secciones al comienzo de su texto que excedían su objetivo central: “Evolución económica de nuestro país” y “La educación oficial en Los Andes”. La lectura del texto de Catalano nos muestra no sólo a un técnico relevando ciertos aspectos de la geografía de la Puna, sino a alguien que pareciera sentirse parte de una misión civilizatoria. Resulta interesante, en todo caso, que Catalano planteó una ligera crítica a las políticas que el Estado había aplicado en Los Andes, a casi treinta años de su creación, especialmente las educativas. Si bien realizaba la importancia de la obligatoriedad de la enseñanza básica objetó el modo en que se había llevado a la práctica.

### *Ser parte de una misión*

Si bien muchos de los viajeros no pertenecían a una institución ni estaban dentro de una misión oficial e incluso aquellos que sí lo estaban tenían en algunos casos tareas sumamente técnicas y puntuales que realizar en su recorrido, se percibe en todos los relatos que analizamos la conciencia de tener una cierta “misión”, el formar parte de un proyecto que excede a la tarea puntual que debían realizar. Esto es comprensible en el caso de Daniel Cerri que realizaba su viaje en calidad de primer gobernador del Territorio de Los Andes y planteaba que: “como se trata de regiones que son casi totalmente desconocidas,

he creído prestar un modesto servicio al país con su publicación” (1993 [1903]:6). Claro que cuando escribió esto ya no estaba en funciones y de todas maneras era consciente de que realizaba un aporte a algo mucho más grande. Un caso ilustrativo en este sentido es el de Luciano Catalano. Si bien su recorrido, como ya comentamos, estaba enfocado en la observación de las características geológicas del Territorio de Los Andes, dedicó toda una sección de su texto a la situación de la educación oficial. Al comienzo de su texto, Catalano sostuvo que:

“como una tarea accesoria y concomitante a las de nuestra comisión de estudios de geología económica en el territorio nacional de Los Andes, creí útil y oportuno cerciorarme del estado de la enseñanza primaria oficial en dicho territorio, a los fines de contribuir a un conocimiento social del mismo, y servir, de paso, aunque modestamente a solucionar inconveniente o señalar anomalías que pudieran desaparecer por la acción de la autoridad competente en el orden educacional” (1930:5).

Resulta difícil relacionar la educación con la geología si no se tiene en cuenta la pertenencia de estos personajes a un proyecto atravesado por la idea de “progreso”, y que ese progreso estaba, en sus discursos, sustentado en la educación. Pero fundamentalmente tenemos que considerar que la exploración formaba parte del proyecto de apropiación, y de transformación del espacio por parte del Estado. Tal como lo planteó Navarro Floria:

“Las prácticas de conquista y exploración del territorio, personificadas en el Estado y en instituciones funcionales a él, constituyen una secuencia lógica y metodológica de operaciones por las cuales se ponían en juego el instrumental técnico y conceptual de la apropiación del espacio, se estructuraba una representación del espacio y del tiempo y se organizaba la realidad misma. Explorar, renombrar, describir, sistematizar lo descripto, cartografiar, son entonces los momentos salientes del relato científico sobre los nuevos espacios nacionales” (2006).

Vale recuperar otro párrafo muy significativo que también corresponde a Catalano:

“y así como la conquista del Desierto, mediante admirables pero dolorosas campañas de nuestro glorioso ejército, incorporó a la Nación política y económicamente las más ricas zonas agrícola y ganadera de las Pampas del oeste y sur, de igual manera el Huaytiquina conquistará el desierto montañoso del noroeste, la región puneña argentina, sin otras armas que las del progreso, la técnica y el trabajo, sin derramamiento de sangre, y sin más pólvora que la necesaria para abrir brechas en las rocas que se interpongan a su marcha triunfal” (1930:92).

Si la Conquista del desierto “fue erigida en mito fundacional del régimen conservador” (Andermann 2000:129), en Catalano, cincuenta años más tarde, se volvía una suerte de ejemplo a seguir, aunque no exento de alguna revisión. Como indicamos más arriba, el contexto de pertenencia de este autor no era el mismo que el de sus antecesores. En el caso de la Puna de Atacama, se trataba de “las armas del progreso” las que debían usarse para

que este territorio pudiera sumarse a la “marcha triunfal”. La “conquista del desierto montañoso del noroeste” estaba inserta dentro del proyecto global de país que se había diseñado. Pero esto requería que la Puna fuera “convertida”, de alguna manera tenía que ser “nacionalizada” y, como veremos luego, sus pobladores debían ser transformados en “ciudadanos”. Tal como planteó Andermann, se “nacionaliza mediante imágenes estéticas el espacio tras haberlo sometido a un interrogatorio utilitarista” (2000:123)

### **Un espacio triste y monótono**

Como ya hemos indicado, el área que ocupaba el Territorio de Los Andes era prácticamente desconocida para el gobierno argentino. Una de las primeras decisiones que se tomaron fue la de encargar una serie de expediciones que tenían como objetivo generar un conocimiento sobre su clima, fauna, flora, población y, especialmente, las potencialidades productivas. Estas expediciones fueron encaradas tanto por expertos de organismos nacionales como por científicos argentinos y extranjeros más o menos independientes (Benedetti 2003). De todas maneras, en los relatos se observa un cierto conocimiento anticipado, o por qué no, un prejuicio sobre lo que iban a encontrar. Si bien no existía un conocimiento específicamente sobre la Puna de Atacama, el gobierno argentino, y las instituciones que financiaba, ya habían encarado desde algún tiempo antes expediciones al área conocida como Puna de Jujuy, que ya formaba de su territorio, y las descripciones resultantes eran convergentes (Karasik 2003).

Uno de los principales elementos comunes que vamos a encontrar en todos los relatos es el profundo extrañamiento con las características del paisaje puneño. Son muchas las referencias que dan cuenta de la desazón que les produjo la “esterilidad” de la Puna. Es así como Cerri recuperó una expresión del naturalista Doering que en ocasión de recorrer el área afirmó: “No puedo ocultar la triste impresión que en mi ánimo ha producido la monotonía y aridez de la zona conocida” (1993 [1903]:19). Por su parte, Holmberg sostuvo que “la inmensa desolación del desierto produce aquí las primeras impresiones. Ni un árbol asoma su verde follaje en el fondo pálido de las arenas” (1988 [1900]:27). La idea de lo “triste” aparecía reiteradamente asociada al paisaje, a sus pobladores e incluso a los “tristes poblados de la Puna”. Pero está relacionada fundamentalmente con aquello que está falto de vida, lo árido y lo desolado. Al respecto fue contundente Eric Boman con sus expresiones,

“La impresión que produce la Puna en el viajero es tan extraña que no se la creería real. Uno se siente alejado de la tierra; casi parece que se atraviesa, al paso lento de la mula extenuada, un país lunar. La desnudez de esta naturaleza es horrorosa: se transforma todo el sombrío, taciturno; no se ríe ya; se tiene el pecho atenazado por este aire respirable apenas. Donde quiera que se dirija la mirada, se ven los mismos tonos sombríos, grises, indefinidos: la estepa inmensa, triste, color amarillo sucio con manchas verdinegruzcas, en donde las montañas grises, de contornos brutales, parecen ser un caos de rocas partidas, si se las mira de cerca, y nubes precursoras de tempestad en el horizonte, si se las ve de lejos. La armonía falta por completo” (1992 [1908]:414).

Aquí la idea de la “tristeza” también estaba presente, “no se ríe ya”, pero se trataba directamente de una imposibilidad física provocada por una naturaleza “horrorosa”. A tal punto que la metáfora de Boman convertía a la Puna en un paisaje que ni siquiera era terrestre. Esta descripción se completaba un poco más adelante,

“Los europeos no pueden quedarse mucho tiempo en la Puna sin sentirse invadidos por una melancolía que provoca a veces desarreglos (mentales) cerebrales. Una de las cosas que tiene más influencia sobre el europeo es tal vez la ausencia de vegetación verde” (1992:416).

### *Paisajes del progreso y paisajes del atraso*

El “europeo” podría haber sido puesto en términos del “civilizado” y ese hombre civilizado no podía estar en un lugar como la Puna, sencillamente no le era posible físicamente. Veremos más adelante como esa naturaleza “horrorosa” se relaciona con lo “primitivo” de sus habitantes. Lo que nos interesa ahora es observar cómo la Puna se fue constituyendo como un “paisaje del atraso”. Podemos tomar las palabras de Gutiérrez para el caso de la Patagonia y hacerlas propias:

“La resignificación de esos territorios como desiertos motoriza en las clases dominantes el concepto de oposición irreducible entre salvajes y civilizados. Se consolida la idea de un conflicto que debe ser resuelto para, de una vez por todas, encauzar esos “desiertos” hacia el “progreso”, según se lo define en los círculos de la burguesía y la intelectualidad metropolitana” (2003).

Si el interior del país representaba lo “primitivo” en los discursos de las clases dominantes frente a la “civilización” que encontraba su máxima expresión en Buenos Aires, la Puna se presentaba en las descripciones como lo más primitivo en el más profundo de los interiores. Este “paisaje del atraso” requería que se lo pusiera en la senda del progreso, que por otra parte ya recorría de un modo optimista el resto del país:

“nuestro país se halla en estos dos últimos aspectos del progreso industrial. Mucho dista aún para que se coloque a la altura y situación de los conocimientos económicos que se tienen en las grandes naciones del mundo. Sin embargo, por esa senda va encaminado. La fuerza de la razón y su propia vida le obligan a seguir esa ruta y a adoptar los más adelantados métodos reinantes. De no ser así, se estancaría o llegaría a la muerte” (Catalano 1930:4).

El camino trazado no se presentaba como una de las opciones, era el único posible. En Catalano, básicamente son tres los pilares de ese progreso para la Puna: la aplicación de métodos modernos a la actividad agropecuaria existente, la minería y el ferrocarril de Huaytiquina que sería el encargado de llevar la producción. Como hemos mencionado antes, dentro de los técnicos, científicos y funcionarios que recorrieron este territorio, Catalano era el más optimista.

Algunas décadas antes, Cerri también había puesto sus pocas esperanzas en la minería luego de concluir que las características ambientales de la Puna hacían imposible cualquier otra opción como la agricultura o la ganadería,

“En las entrañas de esas montañas existen materias desconocidas, que sólo esperan al hombre de ciencia para que pregone su utilidad (...) Aquel inmenso bosque de montañas, desnudas, donde la naturaleza ha sido bien mezquina en el reparto de sus dones, pero en cambio relumbran los metales que no necesitan ni lluvias ni rocíos” (1993:78).

Sin embargo cuando dio cuenta del proceso de elección del lugar donde se establecería la capital del territorio, sus expectativas eran mucho menores,

“en Susques o Coranzulí no hay ni que pensar; son puntos extremos sin esperanzas de un porvenir más o menos lejano. No viven allí más que cabras, llamas y algunas ovejas” (1993:62).

Otros como Holmberg, coincidían con el diagnóstico sobre la realidad de la Puna, pero creían que existían posibilidades:

“ahora que en grandes líneas hemos visto esta curiosa Gobernación de los Andes, y podemos darnos cuenta de la triste situación de sus habitantes, volvamos la mirada al porvenir, y ya que no nos es posible adivinarlo, reunamos todos, grandes y pequeños, los esfuerzos de la buena voluntad en beneficio de aquellos que hoy tienen el amparo de la azul y blanca, para que al comenzar su vida de argentinos, la primera idea, el primer convencimiento que se despierte en ellos, sea el de que quien se acoge a su sombra, lleva al hogar de sus hijos la esperanza, el bienestar y la protección de sus conciudadanos” (1988 [1900]:75).

En cualquier caso, las posibilidades de algún tipo de futuro para la Puna de Atacama estaban en manos del Estado y su capacidad para civilizar y domesticar el territorio. Los pobladores puneños eran presentados como incapaces de tener un futuro por sí mismos sino eran alentados y educados, en tanto que “la ignorancia, la pobreza y quizás la indolencia son la rémora que retarda el adelanto de la región” (Catalano 1930:45). La Puna

se construyó con un gran espacio a ser intervenido, transformado y colocado en la senda del progreso desde las imágenes de los viajeros. En este sentido,

”El viaje naturalista y la anexión territorial son dos actos complementarios dentro de un proyecto mayor que amplifica una soberanía y somete el espacio a sus propias pautas de orden y representación, tanto políticas como textuales” (Andermann 2000:121).

### **La población huraña**

Tal como había ocurrido antes con los relatos sobre la Patagonia o el Chaco (Lois 2002; Gutiérrez 2003; Navarro Floria 2006), la Puna fue caracterizada permanentemente como un “desierto”. Estos adjetivos funcionaban en conjunto con expresiones del tipo “allí no hay nada” dando cuenta de la ausencia total de vida. Paradójicamente todas las descripciones, incluso aquellas orientadas a estudios geológicos, dedicaban una gran cantidad de páginas a describir las “extrañas” costumbres de los pobladores puneños. Con una notable mezcla de curiosidad y espanto cada uno de los viajeros, en su propio estilo, caracterizó y al mismo tiempo construyó un cierto imaginario sobre lo que se suponía que era “un indio puneño”.

Si el extrañamiento con el ambiente de la Puna de Atacama había sido enorme y tuvo como consecuencia la creación de imaginarios basados en el “espanto”, la mirada sobre la población indígena no fue diferente. Ese “otro interno” fue visto como la contracara del argentino deseado, la expresión de aquello que el país había conseguido dejar atrás. Tal como ocurría con la Patagonia, en los discursos se presentaba a la Puna como “desierta”, libre de población, pero al mismo tiempo como un espacio salvaje a causa de la presencia de la población indígena y de la completa ausencia de las referencias del progreso (Navarro Floria 2006). La Puna era en definitiva una región abandonada por la civilización. Tal como planteó Karasik,

“las descripciones del ambiente y de las poblaciones aparecen como narraciones terriblemente desalentadoras de la incorporación. La descripción de la hostilidad del ambiente de la Puna de Atacama, de las limitaciones a la subsistencia humana y a la “producción de riqueza”, así como de las características sociales y culturales de la población, se plantea en términos de límite casi insuperable para la existencia social” (2003:245).

En su recorrido Boman tuvo un “contacto” anticipado con los “indios de la Puna”: “en San Antonio de los Cobres, he visto los primeros indios de este distrito: seis prisioneros de Susques y de Coranzulí, cinco de ellos por rebelión. Se distinguían por su actitud huraña y desconfiada” (1992:420). Más adelante confirmó sus observaciones e incluyó en ellas a

todos los indígenas del altiplano: “En cuanto a su carácter, los indios de la PUNA DE JUJUY se parecen a todos los otros indios del altiplano: son huraños, reservados, falsos, astutos, perezosos, tímidos, pusilánimes, sometidos al que manda” (1992:470. Resaltado en el original). Si entendemos que las imágenes de los naturalistas se constituyeron como justificación de las acciones del Estado sobre el territorio, la población de la Puna era una limitación para el desarrollo y de una u otra manera debía ser “convertida”. Aquellos pobladores sin patria, debían ser convertidos en “ciudadanos”. Veremos luego, cómo la educación oficial y la influencia de personas de otras regiones eran consideradas como los únicos caminos posibles.

Algunas descripciones eran un tanto más “positivas”, Holmberg encontró que

“el indio de las puna es en conjunto hermoso y no escaso de originalidad en su traje y costumbres, lo que le da cierto interés. Es alto, bien proporcionado, aunque escaso de carnes, musculoso y de tez bronceada. El cabello es lacio, grueso, y lo lleva largo de 8 a 10 centímetros, a fin de que lo abrigue” (1988:69).

Es interesante observar que esta descripción, al margen de reflejar con una claridad notable el exotismo de la mirada, aparece sin rupturas en el texto luego de la descripción de la fauna de la Puna, sólo media un punto aparte. El recorrido de Holmberg en el relato era: topografía-geología-hidrografía-flora-fauna-población como eslabones de una cadena explicativa. La población forma parte del medio ambiente que se desea dar a conocer.

### *El problema de la higiene*

Los aspectos relacionados con la limpieza eran algunos de los que más llamaban la atención de los viajeros cuando recorrían el área puneña. De acuerdo al propio Holmberg: “La miseria y la poca higiene de nuestros anfitriones es proverbial” (1988 [1900]:26); algo parecido en Catalano: “La gente jamás se lava; no se cambia de ropa interior, en caso de tenerla” (1930:7). Para Boman, “afortunadamente el clima es demasiado frío para que los parásitos dotados de una movilidad mayor puedan vivir ahí; sin esto sería imposible entrar en una casa de estos indígenas que no se bañan ni se lavan desde su nacimiento hasta la muerte, y que no se desvisten para acostarse” (1992 [1908]:445).

Aquí nos aparece una idea que desarrollaremos en el próximo punto, la conexión existente entre las condiciones de vida de las personas y sus “casas”. Para estos viajeros orgullosos del progreso, la suciedad, la miseria y la fealdad son parte del mismo discurso higienista de

la época. En su planteo, estos indígenas debían ser antes que nada, instruido en los “saludables hábitos de la civilización”. Un poco más adelante veremos cómo, para Catalano, la influencia de personas de “afuera” había permitido que incorporaran hábitos de limpieza.

### *El “carácter” como una consecuencia del medio*

Ahora, ¿cómo explicaban estos viajeros la condición de los “indios de la Puna”? Es posible reconocer dos tipos de explicaciones: el aislamiento histórico de la población que impidió las influencias positivas y el medio ambiente que “determinó” el carácter de estos indígenas. El determinismo ambiental era una constante dentro del pensamiento naturalista de los científicos de raíz iluminista formados en las escuelas de finales del siglo XIX. Tal como sostuvo Lois,

“se resignificó la idea de desierto adicionándole al sentido iluminista tradicional – ausencia de civilización- y al determinismo geográfico sarmientino de matriz romántica, la legitimidad de la científicidad derivada de la aplicación de términos de ciencias naturales a fenómenos sociales” (2002).

Su autoridad como científicos y el uso de los métodos de la ciencia, les permitía justificar la conexión que se presentaba como innegable entre ambiente natural y persona. Esto guardaba relación con la idea evolucionista de que existían ciertos ambientes geográficos que favorecían el desarrollo y el progreso de las personas. Boman sostuvo que “para comprender la vida humana en un país, hay que darse cuenta del medio en el que está ubicado el hombre” (1992:396). Algo parecido planteaba Holmberg vinculando ya directamente el ambiente puneño con el carácter de la población: “La aridez del suelo, el silencio de los valles desiertos, la nieve y el frío, han influido en el carácter dándole su mística melancolía” (1988:71). Más claro aún es lo que sostenía Carrasco en un apéndice al texto de Cerri que contenía los datos del censo del Territorio de Los Andes de 1901:

“Es sabido que las condiciones físicas de un país son las que influyen de una manera capital en la cantidad, calidad, riqueza y costumbres de sus habitantes. Basta pues conocer esas condiciones para darse clara cuenta de todo cuanto atañe a la población de la antigua Puna de Atacama hoy Territorio de Los Andes” (en Cerri 1993:80).

La otra idea central en las explicaciones era la del aislamiento. No importaba que dentro de los mismos textos se hiciera referencia a los múltiples contactos de los pobladores con personas de Bolivia o Chile para comerciar. Cuando hablaban de aislamiento se referían a la falta de contacto con pueblos más “civilizados”. Uno de los párrafos de Boman era por demás ilustrativo:

“(…) hay todavía, en la Puna de Atacama, indios que han vivido allí desde la época de la conquista sin mezclarse con los otros conservando sus antiguas costumbres y sus antiguas creencias (…) toda la población de la Puna, casi sin excepción, se compone de indios puros, pertenecientes a la raza andina; sólo en casos muy raros puede haber en sus venas una pequeña proporción de sangre blanca” (1992:417).

En otro momento sostuvo que los “indios de Susques” eran un objeto de estudio excelente para un etnógrafo. Su curiosidad científica se veía exacerbada por la “pureza” de los indígenas que encontraba en la Puna. Los pobladores eran medidos, registrados y relevados con la misma lógica con que se registran las precipitaciones anuales o la altura de los cerros y, como veremos luego, de la misma manera en que son medidas y diseccionadas las viviendas para su análisis.

Las fotografías que se agregaban en las publicaciones contribuían a la construcción del relato. Los pobladores eran expuestos, en el caso de Boman, delante de la Capilla componiendo una imagen que exagera el exotismo (Figura 1). En una de las fotografías utilizadas por Catalano para ilustrar sus descripciones (Figura 2) daba cuenta del “tipo” indígena de la Puna con el siguiente epígrafe:

“Tipo indígena de la puna argentina. Don Manuel Rodríguez, nativo de Antofagasta de la Sierra (Los Andes), de 52 años de edad. Don Manuel es “fabriquero” (sacristán); suele cristianar a los nativos regionales; dice misa y ha sido juez de paz suplente de Antofagasta de la Sierra. El gorro que cubre la cabeza “chulo”, las rodilleras, las medias con una separación y las “ojotas”, o calzado de cuero crudo a manera de sandalia son contruidos por los indígenas. Otro tanto sucede con la mayor parte de las prendas de vestir (saco, pantalón, “chalinás” o bufandas, ponchos, mantas, et. Y demás utensilios de uso doméstico (lazos, correas, matras, cojines, mandiles, bolsas, piolas, etc.)” (1930:55).

Los discursos sobre las prácticas primitivas de los pobladores de la Puna tenían una doble finalidad. Por un lado, justificaban la intervención de todo el aparato del Estado en la región. Por el otro, funcionaban como testimonio de todo lo que la sociedad civilizada había conseguido dejar atrás. De alguna manera, aquel que desde su vida cotidiana en las ciudades accedía a estos relatos podía sentirse satisfecho con todos los beneficios que el progreso de la Nación le estaba aportando, él no estaba expuesto a los rigores de una naturaleza indomable puesto que afortunadamente la técnica la había puesto bajo control.

### *La transformación de la población*

Si bien los relatos de algunos viajeros, como Boman, se paraban desde una objetividad científica exenta de todo interés que fuera más allá del conocimiento e incluso no formaban parte de misiones oficiales, sus observaciones estaban completamente atravesadas por los

intereses de un Estado que pretendía “nacionalizar” el territorio y a su población. En este contexto, la cuestión de si “estos indios” podían o no ser “transformados” era central. Aunque todos los viajeros coincidían en que los pobladores de la Puna debían ser civilizados, las miradas no eran uniformes y había quienes eran más “optimistas” que otros. Particularmente Boman, en una sentencia definitiva se preguntaba y respondía,

“Los indios de la puna y del altiplano en general pueden asimilarse a la civilización europea? Pueden aprender el método de trabajo de los europeos, pueden ser absorbidos en la masa de la población de un estado “civilizado”? En general, creo que no (...) los indios no proporcionan sino la mitad del trabajo que se puede exigir a los mestizos, y por otra parte, sólo trabajan cuando los obliga una necesidad imperiosa. Cuando han reunido algunas piastras, después de uno o dos meses, abandonan el trabajo y vuelven a la vida contemplativa, cerca de sus rebaños. Su carácter no se modifica tampoco por el contacto con gente de otras razas” (1992 [1908]:472-473).

La cuestión en juego es si podían llegar a la “civilización europea”, siendo ese el destino pretendido desde una mirada claramente anclada en las teorías evolucionistas de la época.

Un poco más adelante se volvía a preguntar:

“Estos indios, pueden elevarse por encima de su nivel intelectual y moral actual? En general, me parece que se quedarán estacionarios siempre, inferiores a los mestizos, que los explotan, y de los cuales son siempre tributarios, de un modo u otro” (1992 [1908]:473).

El esquema de la evolución parecía ser indios-mestizos-europeos con una clara connotación racial en la caracterización. A los indios de la Puna se los ubicaba en el escalafón más bajo de la escala, y de hecho para Boman, sus posibilidades de “elevarse” eran casi nulas. Para otros, en cambio, la posibilidad estaba abierta. Catalano creía que

“la presencia de personas ajenas a la región y que trabaja en la construcción del ferrocarril a Chile, influyen algo contra el desaseo usual. Y, aunque de tiempo en tiempo, ya se ve gente nativa del lugar que lava sus ropas y algo del cuerpo. No creo que sean reacios a los buenos hábitos: lo que les hace falta es el ejemplo y una prédica constante y tesonera”. (1930:7).

Y un poco más adelante,

“el Estado, pues, es el que debe tomar a su cargo el estudio de la utilización del agua de los ríos puneños, llevando a la región, - conjuntamente con el aliento vivificador del ferrocarril, - los elementos y enseñanzas requeridos para el inteligente aprovechamiento de la tierra. Así se resolvería uno de los aspectos de la miseria de aquellos pobladores y haría posible el arraigo de hombres de otras regiones de la República, quienes, - a modo de inyección vivificante, - vigorizarían aquel organismo adormecido por siglos de inacción” (1930:45).



Figura 1. Fotografía de la Capilla de Susques y sus pobladores tomada por Boman (1992 [1908])



Figura 2. Fotografía del “tipo indígena de la Puna argentina” tomada por Catalano (1930)

En cualquier caso, las posibilidades dependían de que el Estado tuviera una acción concreta, y drástica sobre la población. Es aquí donde encontramos las conexiones más claras entre el discurso de los viajeros y la generación de políticas para el territorio. La justificación de la intervención del Estado en la región parecía estar sustentada en las

“necesidades” de una población sumida en el atraso que en los relatos se esforzaban en representar. Necesidades que eran construidas como tales por los mismos observadores.

### **La “expresión del atraso”. La mirada sobre la arquitectura**

Hasta ahora hemos analizado el modo en que los relatos construyeron un cierto imaginario sobre el ambiente de la Puna y la población indígena que allí habitaba asociándola con ciertos caracteres altamente cargados de negatividad. Las conexiones entre ambas descripciones, las ambientales y las culturales, se hacían evidentes en los relatos. Es casi una cuestión de causa-consecuencia. Ahora nos enfocaremos en la tercera parte de nuestro planteo, las descripciones de los espacios de habitación de los pobladores. Veremos cómo están interrelacionadas con las observaciones de la naturaleza y de sus habitantes, y cómo con el tiempo sus discursos de “primitivismo” y “miseria” se fueron naturalizando a la hora de pensar la arquitectura de la Puna, a tal punto de volverse casi una obviedad.

Dentro de los muchos aspectos que podían describirse de las características de las casas de la Puna, cada uno de estos observadores seleccionó algunos en relación con sus propios intereses. Como planteábamos al comienzo, sus miradas apuntaban, como un lente, en aquellas cuestiones que más le llamaron la atención o, especialmente, en lo que les era funcional para sostener su discurso. Es así como se pueden considerar dos tipos de formas de mirar y describir las casas: una más bien perceptiva y adjetivada que pretendía dar cuenta de un modo más bien literario de la situación “miserable”; la otra con una mirada atravesada por el positivismo científico brindaba ciertos datos objetivos como ser medidas, materiales y técnicas de construcción desde un enfoque que se pretendía desinteresado. Veremos de todas maneras como tal división no era tan clara y los intereses de unos y otros estaban completamente entrecruzados.

El espanto era el elemento común en las miradas de Cerri, Holmberg y Catalano. De acuerdo al primero,

“sus miserables habitaciones son pircas con un techo compuesto de paja y arbustos malamente colocados, con el objeto ostensible de ampararse de los ardientes rayos solares más que de las lluvias tan raras en esas altas regiones” (1993:41).

Holmberg por su parte describió dos de los poblados que visitó:

“Santa Rosa de Pastos Grandes, con una capillita y siete ranchos al pie del nevado del mismo nombre, y Pastos Grandes, junto al salar también de Pastos Grandes. En esta otra población hay tres familias en sus ranchos de aspecto miserable” (1988:32).

Finalmente Catalano marcó especialmente como “niños de siete a catorce años, de ambos sexos, todos amontonados en repugnantes viviendas” (1930:6). Estos son sólo tres ejemplos de las muchas alusiones que aparecían en los relatos. Es interesante observar cómo las casas son el escenario en el que ocurre la miseria. Es allí donde se protegen y viven de un modo promiscuo. El llamar “rancho” o “choza” a las casas y la abundante adjetivación, “miseras” o “repugnantes”, les ayudaban a dar un cuadro de la situación que pretendían evidenciar: el atraso y la dejadez en la que vive esta gente.

Las descripciones de Boman en cambio se pretendían desinteresadas y “objetivas”,

“las casas son rectangulares, casi todas de las mismas dimensiones, alrededor de 6 m. de largo por 3 m. de ancho, edificadas de adobes (...). El techo de paja está soportado por una cimera a dos aguas. La cumbrera y las vigas reposan directamente sobre los piñones y sobre los muros. Cumbrera, contrafuertes, cabriadas y paneles son todos de madera de cactus-cirio, única madera de construcción que existe en Susques” (1992:429).

Tal como planteó Andermann respecto a este tipo de observaciones, “el espacio lejano pierde paulatinamente su carácter enigmático y potencialmente hostil y adquiere un tinte familiar: la mirada “desinteresada” de la ciencia termina por producir un efecto estético, un goce que nos va acercando al paisaje desconocido” (2000:123). Holmberg asumió por momentos este tipo de descripción para, partiendo del determinismo ambiental, explicar por qué las viviendas se construían de esa manera:

“En las punas, buscan para hacer sus casas los parajes resguardados de los vientos: las habitaciones son pequeñas, a fin de que recojan bien el calor; bajas, pues la altura es superflua y por la razón anterior; y, aunque las lluvias son casi nulas, frecuentemente el ángulo de la techumbre es agudo, como en las comarcas lluviosas, debido a la nieve. Las paredes son siempre de piedra, viéndose algunas de adobe, los techos de pastos de puna y sostenidos por travesaños o tirantes de cardón” (1988:74-75).

En otro párrafo,

“Tomando de tipo el hogar rústico, cuya construcción no ha sido determinada por más reglas que las impuestas por la naturaleza, - el rancho por ejemplo,- vemos que en las regiones lluviosas es de techos bien inclinados, en las zona calurosas de paredes que apenas ocultan el interior a las miradas de los extraños, permitiendo el paso del aire al través; en otras usando apenas un resguardo contra los rocíos de la noche, o, como en San Luis y San Juan donde las lluvias son raras, construyendo los techos completamente horizontales” (1988:74).

En estas descripciones la idea de que las casas no tenían más reglas que las de la naturaleza estaba en relación con lo primitivo de sus habitantes dominados todavía por la naturaleza tanto en su carácter como en sus costumbres y producciones. Las fotografías que

acompañaban estos textos ayudaban a crear esa imagen. En la que usó Cerri para mostrar el pueblo de Susques, eligió una toma distante que abarcaba las montañas de los alrededores y el poblado que aparecía perdido entre los cerros formando parte de la misma cosa.



Figura 3. Fotografía de Susques tomada por Cerri (1993)

### *La mirada higienista*

La “objetividad” de Boman no duraba mucho tiempo y especialmente cuando se vio afectado personalmente se permitió observar que,

“afortunadamente el clima es demasiado frío para que los parásitos dotados de una movilidad mayor puedan vivir ahí; sin esto sería imposible entrar en una casa de estos indígenas que no se bañan ni se lavan desde su nacimiento hasta la muerte, y que no se desvisten para acostarse” 1992:445).

Tal como ocurría con los pobladores, las casas también eran atravesadas por una mirada higienista que no encontraba límites en su espanto. Las casas eran expresión y causa de los problemas observados, pero también eran un escenario excelente que el observador utilizaba para ubicar allí sus críticas. Catalano lo planteó en la misma línea cuando analizó el modo en que vivían los niños que iban a la escuela:

“habitan, pues, durante el período escolar y cerca de la escuela, míseros ranchos de adobe o simples pircas de piedra, sin puertas, sin techo muchas veces, sin pisos, llenas de agujeros por donde penetran los helados vientos de la Puna; en fin, carecen de todo lo que pudiera llamarse la menor comodidad y viven en la más absoluta carencia de higiene” (1930:6).

La miseria y la falta de higiene estaba asociada también con la forma en que estaba diseñada y construida la casa, la falta de aberturas, pisos o techos, pero fundamentalmente

con los materiales que se utilizaban. El adobe, la piedra y la paja fueron asociados irremediabilmente con la pobreza. Eran la representación más acabada del atraso, de lo primitivo, frente a los nuevos materiales “modernos” que se usaban en la ciudad. Es interesante observar que la vinculación entre el adobe y la pobreza se sostiene incluso hoy en día como una pesada herencia en muchas miradas actuales sobre la arquitectura de la Puna y otras regiones<sup>2</sup>.

De acuerdo a Holmberg,

“en sus ranchos de techos bajos y sin ventilación alguna, viven amontonados hombres, mujeres, viejos, chicos y enfermos, haciendo vida común con los perros, revueltos entre cueros de guanacos, vicuñas y chivos que apestan, entre tinajas inservibles, desperdicios de las últimas comidas, aparejos de mulas, zapallos y otras cosas”. (1988:26).

En otro párrafo Catalano insistió con sus observaciones:

“Impresiona mal el ánimo el presenciar la salida de esos niños y niñas de la escuela y dirigirse a sus ranchitos de no más de un metro de altura, donde viven en inmoral promiscuidad y donde, en sucios tarros o desportillados cacharros, preparan su sumaria comida que, como se ha dicho, casi sólo consiste en harina de maíz tostado o cocido con agua” (1930:6).

La idea de lo inmoral y lo promiscuo aparecía repetidamente en los textos asociada con el modo en que se habitan las casas y con la falta de higiene. En realidad forman parte del mismo concepto, la promiscuidad es una expresión de la falta de “higiene del espíritu”. Finalmente, otro párrafo de Catalano, probablemente el más impresionado con la vida cotidiana de los pobladores:

“la mayoría de esos niños (...) carecen de la menor noción de los principales e indispensables rudimentos de la civilización. Su cama es el suelo; lecho firme y libre de los peligros de caídas y roturas, aunque no exento de frialdad y dureza” (1930:6).

El vivir sobre el suelo, para el cronista, era una expresión del estado primitivo en que vivían estas personas, de su falta de civilización.

### **La triple condición**

Las casas eran presentadas con lo que entendemos es una triple condición: eran tanto expresión, como escenario y causa. Expresión porque sus características reflejaban el estado primitivo en que vivían los pobladores, y son la consecuencia de la escasez de

---

<sup>2</sup> No parece casual que el censo del Indec del 2001 a la hora de clasificar las viviendas por sus características constructivas observa que en Susques más del 60% corresponden con la escala más baja. La mayor parte de las construcciones de Susques están hechas en adobe, piedra y paja.

recursos que se tenían en un medio tan “estéril”. Al mismo tiempo eran escenario porque es allí donde los cronistas ubicaban las prácticas atrasadas de sus pobladores. El modo en que estaban organizadas las viviendas les resulta funcional en su discurso sobre la falta de civilización. Finalmente, eran causa porque eran presentadas como un espacio que no favorecía al progreso de los pobladores. El cambio de las casas por otras más “modernas” seguramente, en su mirada, hubiera sido una influencia positiva sobre los pobladores.

Las descripciones que se realizaban de los pueblos y sus casas construían un escenario en el que la intervención del Estado se hacía indispensable para sacar a los pobladores de esa situación. Cada uno de estos textos colaboró en la construcción de un cierto imaginario sobre la Puna, sus pobladores y su arquitectura, que funcionó como una justificación de las acciones que con el tiempo el Estado argentino fue tomando en el territorio. Las tres partes de las descripciones que hemos seleccionado, el medio natural, los pobladores y su arquitectura, estaban absolutamente encadenadas dentro de los textos y las adjetivaciones utilizadas eran prácticamente las mismas. El atraso de las casas de unos “indios hurafios” en una naturaleza “horrorosa” constituían una fórmula que era totalmente funcional a la mirada de un Estado que pretendía intervenir en ese territorio.

Las imágenes creadas sobre la Puna, en las que estos viajeros tuvieron una participación fundamental, han demostrado ser lo suficientemente poderosas logrando tener una gran persistencia. Es notable como muchas de las observaciones que se realizan actualmente sobre la Puna de Atacama siguen teniendo la misma carga valorativa y tienen como una pesada herencia la mirada de estos viajeros de principios del siglo pasado. La asociación de la Puna con lo árido, la altura y el malestar físico, en síntesis el mismo ambiente “hostil”, siguen apareciendo con fuerza en las descripciones como si fueran algo obvio. La denominación de “ranchos” a las viviendas de adobe y los prejuicios sobre el uso de ese material para la construcción siguen casi tan fuertes como entonces. En las próximas páginas nos ocuparemos de contraponer las construcciones nativas a estas miradas externas. Observaremos entonces el modo en los pobladores de Susques perciben, conciben y viven sus propios espacios.